

Polémica

**ARTURO ARDAO
Y CARLOS REAL DE AZUA**

INTRODUCCIÓN

DRAMATIS PERSONAE

Al finalizar los originales de *Tercera posición*, Carlos Real de Azúa fechó cuidadosamente la última página, para establecer el comienzo y el término de su trabajo. La redacción abarcó diecisiete meses exactos: del 1° de setiembre de 1961 al 28 de febrero de 1963. Las fechas importan, porque certifican que si bien es cierto que uno de los personajes centrales de su vasta disquisición fue Fidel Castro en su discurso de la Universidad de La Habana, 1° de diciembre de 1961, el punto de arranque en la escritura lo precedió en tres meses, sin contar que el pensamiento y el método venían de mucho más lejos.

Por falta de editor, por falta de impulso o de autopromoción, el libro permanecería inédito hasta hoy. Al autor, quizá, le había bastado con aclararse intelectualmente el tema, la tarea como tal estaba perfectamente concluida y podía archivers. Aunque cultivara la ineditéz, no habría paz en el tema para el belicoso escritor.

El 29 de octubre de 1965 se terminaba de imprimir, en los Talleres Gráficos de Monteverde y para la Editorial Alfa de Benito Milla, el libro de Aldo Solari titulado *El tercerismo en el Uruguay*. Se calcula que, en términos imprenteros, consumen alrededor de un mes las tareas de compaginación, encuaderna-

ción y distribución comercial. Fresca pues la tinta, la primera pieza apareció en **Marcha** el 17 de diciembre de 1965, N° 1285, escrita por el doctor Arturo Ardao y presentada al lector del semanario como el comienzo de un examen sistemático y ordenado de las ideas y la información contenida en el citado libro. Días más tarde, en el matutino **Epoca** del martes 4 de enero de 1966, intervino Real de Azúa, con un análisis caudaloso y bifronte: por un lado el libro de Solari y más vastamente el tercerismo, por otro una sutil respuesta al análisis de Ardao. En un Uruguay que inauguraba la violencia política después de décadas de paz cívica, la placidez del verano de 1966 se tornó caliente en el terreno de las ideas. El encontronazo fue seguido por un prolongado epílogo que protagonizó un imperturbable Ardao, que hacia mediados de año cumplió el plan que se había trazado. Ausente del país, Aldo Solari no participó en la polémica y se mantuvo en silencio, hasta que un proceso paralelo – verdadero río subterráneo – lo sacó de sus casillas.

Tres abogados, tres profesores universitarios, tres colegas apenas separados por unos pocos años en la fecha de sus respectivos nacimientos; tres terceristas identificados por el fondo mismo del asunto, quedaron enfrentados y enconados por un juego de matices que se extendía de la mística a la política. Probaron, en definitiva, que en el Uruguay no existía “el” tercerismo sino los terceristas, es decir, variantes personales de un tronco que incluso podían negar que fuera común, celosos defensores de las variantes individuales, de cada una de las raíces que consideraban propias. La polémica fue, sigue siendo, documento suficiente para probar que el libro de marras tocó un nervio sensible en el campo de las ideas políticas en el país, particularmente en la izquierda independiente.

Aldo Solari había ascendido a la categoría de profesor agregado de sociología en la Facultad de Derecho con la presentación de una tesis y un trabajo de metodología general de la enseñanza de la asignatura. Esto fue en 1953. La tesis fue

publicada en el mismo año por la Facultad y se tituló *Sociología rural nacional*. El libro, como tal, tuvo escasa repercusión pública en su momento y nunca se lo reeditó. Fue, sin embargo, un esfuerzo notable de poner al día, vertebrándolo en torno a una disciplina académicamente nueva en el país como era la sociología, un tema de buena prosapia, ya que arrancó de Félix de Azara, preocupó a multitud de observadores (entre ellos a Martínez Lamas, Luis Alberto de Herrera, Chiarino y Saralegui), pero que no había recibido una consideración organizada. Su mérito, para estudiantes e interesados, estaba en la actualización de la bibliografía y la ordenación de los datos, antes tan dispersos, acerca de la población rural, su distribución y composición, la estructura de nuestra sociedad rural, el régimen de la propiedad rural, movilidad, migraciones y el tema de la educación, que sería con el tiempo una especialidad del joven sociólogo.

En 1956, con la reforma del plan de estudios de la Facultad de Derecho, que así quería demostrar su voluntad de justificar el segundo miembro de su nombre, “y Ciencias Sociales”, dividió la cátedra de sociología en dos, un año para sociología general a cargo de Isaac Ganón, y otro de sociología nacional cuyo catedrático fue Aldo Solari. Si se agrega que dicha reforma introdujo por primera vez en el Uruguay otra de las disciplinas sociales como fue la ciencia política, incorporación que posteriormente fue imitada por la Facultad de Ciencias Económicas y que obtuvo Carlos Real de Azúa, tenemos a los personajes ubicados en sus respectivos asientos académicos, ya que Arturo Ardao enseñaba en la Facultad de Humanidades.

La reforma de ese plan de estudios, la creación del Instituto de Ciencias Sociales dependiente de la Facultad de Derecho y cuyo director fue Aldo Solari, el movimiento de revistas que se produjo durante el segundo quinquenio de los años cincuenta (entre ellas **Nuestro Tiempo**, **Tribuna Universitaria** y **Nexo**) de contenido y orientaciones tan distintas a las que

predominaban hacia 1950, con sus preocupaciones estéticas, plásticas y literarias, señalaban que la clase intelectual uruguaya prefería radicarse socialmente, contemplaba con nuevos ojos e instrumentos científicos la realidad del país, a la que criticaba bajo las tonalidades de las ideas que comenzaron a introducir jóvenes economistas como Enrique Iglesias, historiadores como Barrán y Nahum, ensayistas como Methol Ferré y hasta marxistas como Vivian Trías. El estancamiento económico y el cambio social habían logrado adquirir sus intérpretes y analistas, uno de ellos Aldo Solari.

Sociología rural latinoamericana (1963) amplificó sus tesis de diez años atrás, ahora dentro de la ideología desarrollista. *Estudios sobre la sociedad uruguaya* (1964) congregó ocho trabajos sobre movilidad social, estructura de la población activa, sistema de clases. Uno de ellos, precisamente, fue publicado por primera vez en **Tribuna Universitaria**. El segundo volumen de esos *Estudios* apareció al año siguiente; recogió el más ácido y urticante, "Réquiem para la izquierda", publicado originalmente en la **Gaceta de la Universidad**. Era un análisis preliminar del resultado de las elecciones de 1962, cuando fracasó el invento, algo artificioso, de la Unión Popular, protagonizado por la alianza de Vivian Trías y Enrique Erro. Algunas líneas eran estocadas a fondo: "una parte de la izquierda uruguaya no escapa a un cierto rasgo iluminista y aristocratizante." Otras eran lúgubres, mortuorias, como la que dedicó a la moderación del electorado uruguayo: "Cabe preguntarse si esa voluntad de moderación y de mediocridad, en las condiciones del Uruguay y del mundo contemporáneo, no terminará en el suicidio." Fue un dictamen, casi una profecía a la vez dura y ambigua, que muchos no le perdonaron al sociólogo.

En esas condiciones afrontó Aldo Solari el compromiso que se impuso de examinar *El tercerismo en el Uruguay*, cuatro capítulos sobre las "imágenes" de la tercera posición y un poblado apéndice documental. Un esquema facilitará la lectura

del texto, cuyas principales líneas de argumentación podrían desplegarse de la siguiente manera:

1) "... la independencia espiritual no sólo es característica del tercerismo, sino que, en definitiva, sólo existe y se da auténticamente en él" (pág. 23 de la primera edición).

2) "... La ideología tercerista aparece como una forma del no conformismo en materia política" (pág. 24).

3) El no conformismo vendría a ser una variante cómoda del conformismo, sobre todo entre los estudiantes; en este sentido, es una ideología "altamente gratificadora" (págs. 24/25).

4) El antiimperialismo de los terceristas es tan vago como el concepto de imperialismo (pág. 27). En sus inicios, la Revolución Cubana fue el sueño dorado de los terceristas; su vuelco hacia el marxismo-leninismo significó profundos desgarramientos y divisiones de lealtades en la conciencia de los terceristas (págs. 30/31).

5) El nacionalismo es un ingrediente de la ideología tercerista (pág. 38).

6) Sin embargo, es dudoso, desde el punto de vista lógico, que el nacionalismo conduzca al tercerismo, necesariamente. "Parece evidente que no" (pág. 43).

7) "El tercerismo no sólo no es incompatible con la democracia según sus representantes, sino que es el único que es compatible con una auténtica y genuina concepción de la democracia. Esa auténtica y genuina concepción de la democracia no es sin embargo idéntica en todas las posiciones terceristas" (pág. 59).

8) "Un ingrediente fundamental del tercerismo es la concepción de Estados Unidos y del imperialismo norteamericano" (pág. 65). En definitiva, el tercerismo condena los valores de la sociedad moderna o industrial (pág. 67).

9) Es una ideología de muy pocos adherentes (pág. 75). Es una ideología de elites y no de masas (pág. 76). Sigue en varias páginas una crítica a los intelectuales terceristas, la inteligencia.

10) El tercerismo surgió con la guerra fría y la coexistencia pacífica le planteó conflictos difíciles de resolver (pág. 86).

11) Pese a Carlos Quijano, el tercerismo no ha presentado una inserción en lo económico (pág. 115). *“La ideología del desarrollo como la tarea esencial, única manera de afirmar el nacionalismo de manera efectiva, no es mencionada casi en nuestros textos terceristas”* (id.).

12) *“... es posible que el tercerismo haya cedido al moralismo pequeño burgués predominante en la sociedad uruguaya”* (pág. 122). Es declarativo, verbal, políticamente inocuo, teórico y meramente crítico (id. y ss.). Aunque es la única alternativa que se opuso al comunismo, *“El drama del tercerismo es el drama de la sociedad uruguaya”* (pág. 132).

En la página 126, Aldo Solari se detuvo y confesó: *“Es probable que esta caracterización del tercerismo sea cruel y caricaturesca.”* Faltó agregar: provocativa y desafiante.

Hacia 1965, Arturo Ardao era director del Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y profesor de Historia de las Ideas en América en la misma Facultad. Era redactor y cofundador de **Marcha**, junto con Quijano y Julio Castro. Había sido militante estudiantil, fundó el periódico **Jornada** y bibliográficamente se inició con Julio Castro escribiendo en 1938 un libro sobre Basilio Muñoz, el líder de la Revolución de Enero de 1935. Pocos años después entró en la normalidad profesoral, dedicándose a la historia de las ideas filosóficas en el Uruguay: *Filosofía preuniversitaria* (1945), *La Universidad* (1950), *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay* (1950), *Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico* (1951), *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX* (1956), *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay* (1962). Dentro de la corriente historicista, Ardao perteneció a la promovida por el español José Gaos y el mexicano Leopoldo Zea, que valorizaron el pensamiento asistemático, incidental y el que fue producto de la asimilación latinoameri-

cana, en particular uruguaya, de las grandes corrientes europeas del siglo XIX. Hablando de Bertrand Russell, dijo algo que lo ubica históricamente: *“hasta qué punto somos herederos y beneficiarios de la centuria del Iluminismo, de la vasta empresa de liberación y ensanche de la mente y la existencia del hombre, entonces iniciada.”*

Excepto en dos oportunidades, y una fue a propósito de las ideas filosóficas de Batlle y la segunda precisamente sobre el tercerismo, los objetivos de Ardao nunca fueron polémicos. Siempre escribió con mesura, desapasionamiento y ateniéndose gravemente a una sólida documentación; pulcro, metódico, claro, ordenado, clasificaba corrientes y períodos con ecuanimidad y sentido didáctico, tanto se tratara de la incorporación – muy conflictiva– de las ideas filosóficas a nuestro país en el siglo XIX, como durante el siglo XX, un tanto más apático y tolerante en el terreno de las ideas.

Por el camino de la mesura, la objetividad y la sólida documentación, quedaron muchos dramas de lado, como fue el de la crisis de la fe religiosa en la segunda mitad del siglo XIX, tratado con cierta ajenidad distante, como si fuera una fatalidad histórica que la ceguera de los protagonistas les impidió contemplar con serenidad y resignación. Esto habría de distanciarlo, en la ocasión polémica del tercerismo, de Real de Azúa, un temperamento siempre angustiado por la coyuntura, jamás distanciado del acontecimiento, atento al conflicto de la modernidad y consciente del carácter perenne de sus disfraces y manifestaciones periódicas, como si el curso de los acontecimientos humanos –ese proceso que suele abultarse llamándolo Historia– estuviera sujeto a una revisión nunca clausurada, ontológicamente imposible de cerrar, en trámite permanente.

Ante un Aldo Solari ausente y silencioso, los antagonistas se enfrentaron en esas condiciones filosóficas y hasta psicológicas tan dispares, tan desparejas, tan disímiles. Eran dos estilos de pensamiento: el historicista, lineal y progresivo de Arturo

Ardao, y el dialéctico, conflictivo, coruscante, arborescente e interminable de Carlos Real de Azúa. Era imposible que se entendieran estos dos antagonistas, entre otros motivos porque Ardao provenía del liberalismo y el Siglo de las Luces, y Real de Azúa de la crítica al liberalismo que promovió al fascismo, al cuestionamiento de la modernidad que durante toda su vida de *philosophe* estuvo rumiando de manera inconsolable, inquieta, dialógica, inestable. El lector tiene ahora a su disposición todas las piezas de aquel enfrentamiento de ideas, personalidades, formaciones, modos y estilos del pensar de hace treinta años. Profesor Ardao, adolescente discutiendo y fermentando Real de Azúa. El lector de hoy ha de colocar su propia perspectiva sobre lo que ya es historia.

A Real de Azúa se le da por suficientemente presentado en el estudio preliminar del primer tomo. En el momento de iniciarse la polémica, Arturo Ardao, el mayor, tenía cincuenta y tres años; Real de Azúa cuarenta y nueve; Aldo Solari era el menor: cuarenta años.

Mientras se tramitaba la polémica, durante 1966, un río subterráneo coloreaba el análisis de Arturo Ardao. Desde las páginas literarias del semanario **Marcha**, Angel Rama inició una campaña denunciando el financiamiento secreto de la CIA a las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura, el que a su vez financió el Seminario sobre la Formación de Elites en América Latina y que tuviera lugar en junio de 1965 en Montevideo, bajo el patrocinio de la Universidad de la República y el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de California. La denuncia había sido publicada por el **New York Times** en abril del mismo año y fue posteriormente confirmada, lo que determinó el ocaso del Congreso por la Libertad de la Cultura, dejando varias víctimas por el camino: Emir Rodríguez Monegal y su revista **Mundo Nuevo**, Benito Milla y su editorial Alfa de Montevideo y todos los que estuvieron en la organización del evento montevideano.

El mismo número 1303 del 13 de mayo de 1966, en que Arturo Ardao anunciaba el fin de la serie de notas que había dedicado durante meses al libro de Solari, se publicaban las réplicas de este sociólogo y su editor Milla a las denuncias propaladas por Angel Rama en el número anterior. La situación era embarazosa para todos los participantes, incluyendo al propio Angel Rama, que había dirigido para Milla una colección literaria en Alfa, había luego constituido su propia empresa editorial, Arca, que publicara los dos tomos de *Estudios sobre la sociedad uruguaya* de Solari, seguramente bajo el amparo o iniciativa del hermano de Angel, Germán Rama, sociólogo y colega de Solari. La Revolución Cubana, entonces en auge, había desatado una lucha por el control intelectual en América Latina, contestada clandestinamente por los servicios de inteligencia norteamericanos. Contrariamente a lo que postulaba Aldo Solari (ver punto 10 del esquema), la coexistencia pacífica carecía de efectos tranquilizadores en América Latina como se verificaría más tarde con las teorías foquistas y los movimientos guerrilleros que incluso llegaron al Uruguay. Sin embargo, el tercerismo inició un proceso de declinación y ocaso, sobre todo en uno de sus baluartes, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, FEUU.

Buena parte de los ingredientes que configuraron la ideología tercerista surgieron entre los dirigentes del Centro Ariel (Carlos Quijano), el periódico **Jornada** (fundado por Arturo Ardao), la Asociación de Estudiantes de Medicina y la similar de Derecho, más la presencia de los anarquistas durante los años cuarenta y cincuenta que actuaron como fermento del movimiento estudiantil, con sus alianzas y manifestaciones de apoyo a los sindicatos obreros. Opuestos tanto al capitalismo como al comunismo, a los Estados Unidos como a la Unión Soviética, los militantes estudiantiles comenzaron a hablar de una tercera posición. La Segunda Declaración de La Habana, diciembre de 1961, en la que Fidel Castro se proclamó marxista-

leninista, trastrocó los destinos de los terceristas estudiantiles y poco a poco el tercerismo de la FEUU se fue desintegrando hasta convertirse en una ideología residual, cada día más minoritaria, aislada y carente de influencia. El historiador norteamericano Mark J. Van Aken en *Los militantes*, una crónica muy vivaz, documentada y crítica del movimiento estudiantil uruguayo hasta 1966, ha trazado esa curva descendente.

Igual que en un cuadro estadístico bien confeccionado, todas las columnas cierran en torno a 1966: el libro de Solari, la polémica entre Ardao y Real de Azúa, la decisión de este último de mantener inédito y archivado el gigantesco ensayo finalizado el 28 de febrero de 1963. Su momento había pasado. La polémica fue como el resplandor final del sol en el poniente.

Lo cual no equivale a decir, de ninguna manera, que los terceristas cambiaran de opinión, se transmutaran o abjuraran de sus ideas. Simplemente dieron un paso al costado y mantuvieron sus convicciones, no siempre calladamente. Este es un epílogo que algún día convendrá investigar de manera concienzuda.

Por lo pronto, los polemistas abandonaron lentamente la escena política, profesional y académica. El primero en desaparecer fue el más joven, Aldo Solari, que emigró y fue reclutado por la CEPAL en su sede de Santiago de Chile. Todavía publicó, para la editorial Alfa de Benito Milla, el volumen titulado *El desarrollo social del Uruguay en la posguerra* (1967), pero ya su onda de influencia local se había atenuado por un contexto continental que asordina su contribución. En la CEPAL produjo *papers* y administró proyectos; su carrera de funcionario internacional culminó como Representante Residente de las Naciones Unidas en Ecuador. Se jubiló al cumplir los sesenta años, el límite de edad. Regresó al país con la democracia, era batllista y el gobierno de Sanguinetti lo nombró miembro del CODICEN. Murió en febrero de 1989.

Benito Milla y su contendiente Angel Rama también emi-

graron, a Caracas. En una pacífica sangría, el Uruguay iniciaba la pérdida de sus animadores culturales. Milla y Rama murieron en el extranjero.

Carlos Real de Azúa perdió todos sus cargos docentes cuando la Universidad fue intervenida en 1974. Forzado a la jubilación, se convirtió en escritor independiente, en *visiting professor* de la Universidad de Columbia y participó con sorprendentes ponencias en simposios y congresos. Como un testarudo, siguió acumulando libros inéditos. Murió en julio de 1977, de soledad.

Arturo Ardao también debió emigrar cuando la Universidad fue intervenida: enseñó en la Universidad de Caracas hasta 1988, en que regresó al país. Laborioso, imperturbable y metódico continuó acumulando libros a partir de sus clases e investigaciones, muchos de los cuales no ingresaron al país durante la dictadura. Siguió preocupado con su América Latina: *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas* (1978), *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (1980), *Andrés Bello, filósofo* (1986), *Romania y América Latina* (1991). Con *Espacio e inteligencia* (1983) incursionó directamente en el pensamiento propio, con una antropología filosófica cuya originalidad todavía no ha merecido atenta consideración local.

En cambio, ha recibido homenajes y reconocimientos. En 1987 obtuvo el Premio a la Labor Intelectual que otorga cada tres años el Ministerio de Educación y Cultura; en 1989, el Premio Rodó que concede también cada tres años el Municipio de Montevideo; en 1992, el doctorado honoris causa de la Universidad de la República.

Es el único sobreviviente de la polémica del tercerismo. En su apartamento de Pocitos prosigue su obra, incansable. La memoria intacta, la mente lúcida, recuerda cuando tuvo a su cargo, de 1949 a 1950, el curso de sociología en la Facultad de Derecho y el trámite del concurso de oposición que llevó a la cátedra a Isaac Ganón, origen de su refutación acerca del positivismo de Batlle y Ordóñez. Comenta también algunos de

los entretelones de su polémica con Real de Azúa y vigila que todas las piezas que la componen se encuentren en orden. Esto fue el 27 de diciembre de 1993, MP.

Ruben Coteló

Arturo Ardao

SOBRE EL TERCERISMO EN EL URUGUAY

Marcha, Nº 1285, 17 de diciembre de 1965

Con el título de *El tercerismo en el Uruguay*, acaba de aparecer un libro del Dr. Aldo E. Solari, Director del Instituto de Ciencias Sociales de nuestra Facultad de Derecho.

El libro se presenta como "Ensayo". En los últimos tiempos, en nuestro país, se tiende por algunos a considerar este noble género como sinónimo de improvisación más o menos ocurrente, cuando no de divagación sin pruebas. Así anda, en general, lo que se llama "ensayística" uruguaya contemporánea. Pero el autor de este libro, no sólo escribe con la responsabilidad de un importante cargo científico universitario, sino que declara expresamente realizar un "estudio" que, si da entrada a "ciertas impresiones personales", ha querido atenerse ante todo "a las fuentes documentales", a fin de mantenerse "en el plano más objetivo posible".

No somos críticos. Carecemos de la necesaria vocación, aunque ello resulte casi patológico en el Uruguay de mediados del siglo XX, al que parece destinada aquella ironía de Feijoo sobre su España de mediados del XVIII: "*Hemos llegado a unos tiempos en que se puede decir que desdichada la madre que no*

tenga algún hijo 'Crítico'. No, pues, por ejercicio crítico, profesional o aficionado, escribimos esta nota.

El caso es que: 1) Pese a abrir en cierto momento todo un abanico de tercerismos, el autor concentra el grueso de su "estudio" (o "ensayo"), en uno solo de ellos: el que, según sus mismas palabras, ha tenido por órgano al semanario **Marcha**. 2) Perteneciendo a esta hoja la mayoría de los textos del llamado "Apéndice documental" que incluye el libro, la mayoría de ellos a su vez, son de nuestra pluma, aunque no sean sino una ínfima y la menos representativa parte de cuanto hemos escrito en la materia a lo largo de los años. Y el autor no ha sido precisamente lo que puede llamarse ecuaníme con nuestro tercerismo, al cual, aunque desde afuera, alguna vez adhirió. En un pasaje reflexiona él mismo: "Es probable que esta caracterización del tercerismo sea cruel y caricaturesca."

Que quede, pues, constancia de que no somos nosotros los que hemos tomado iniciativa. Es ésta una respuesta.

Vamos a pasar por alto las "impresiones personales" del autor, sobre las que tanto habría que decir, y cuya discusión, llegado el caso no rehuiríamos, aunque escapan a nuestro interés. No vamos a pasar por alto, en cambio, los **errores científicos** en que dichas impresiones se apoyan. Aquí, con mayor motivo e interés, estamos dispuestos, llegado el caso, a proseguir cualquier debate. Como en el libro se alude muchas veces a ideas y criterios del Dr. Quijano, que quede constancia también de que nos abstenemos de entrar en ese campo: demasiado tercerismo anda en juego para todavía deducir "tercería" en ajenos pleitos. Es ésta una respuesta a la que personalmente nos vemos impelidos por lo que en lo personal el asunto nos atañe. Mucho nos importan las razones políticas, pero en esta oportunidad anteponeamos a ellas las intelectuales y docentes. Y resulte o no cruel lo que vamos a decir, no es nuestro propósito hacer nada que se parezca a una caricatura.

Los **errores científicos** del libro pueden ordenarse en tres

grupos: errores de hecho, de método y de concepto. En cada uno de esos tres *grupos* hay un sendo error básico, consignado ya, para no perder tiempo —y seguramente no por curiosa coincidencia— en la primera página del Prefacio y por lo tanto del libro mismo:

a) **Error básico de hecho:** "Parece innecesario subrayar la importancia del tema en el Uruguay. Desde hace más de 20 años la cuestión suscita las más ardientes polémicas..." Pues bien: hace 20 años el tercerismo no sólo no suscitaba polémicas, ni ardientes ni frías, sino que todavía no había aparecido en el Uruguay, ni en el resto del mundo.

b) **Error básico de método:** "... este estudio se ha debido limitar a las fuentes documentales, sobre todo escritas, pro o contra el tercerismo, y fuera de ellas a ciertas impresiones personales. He tratado de basarme lo menos posible en estas últimas y descargar todo el peso sobre las primeras, para mantenerme en el plano más objetivo posible..." Pues bien: pese al reiterado "posible", las fuentes documentales han sido no sólo escasas y tomadas al azar, sin criterio lógico ni cronológico, sino también desbordadas ampliamente, abrumadoramente, por las llamadas impresiones personales.

c) **Error básico de concepto:** "El objetivo de este estudio es una ideología: el tercerismo tal como se ha manifestado en el Uruguay". Pues bien: el tercerismo no es ni ha sido una ideología.

Esos errores básicos van detonando, cada uno en su sector y página a página, una serie de errores en cadena que sólo se detienen en la última. Haremos a continuación algunas observaciones sólo sobre esos errores básicos, para decir algo al final sobre lo que el autor llama la *ideología del desarrollismo*, que a su juicio "aparece como bandera del imperialismo" y se halla "vinculada" a la Alianza para el Progreso, "Ideología" desde la cual, con fervor de catecúmeno, critica severamente, más toda-

vía que al tercerismo uruguayo en general, al tercerismo de **Marcha**.

I. ERROR BÁSICO DE HECHO

Por más que se empeñe, el autor no podrá indicar una sola de esas "ardientes polémicas" sobre el tercerismo, que según afirma han tenido lugar en el Uruguay hace ya "más de 20 años".

Como fenómeno político contemporáneo, configurado por una posición (la llamada tercera) en materia de política internacional, el tercerismo es un fenómeno mundial aparecido en el primer semestre de 1947. Le falta, pues, algún tiempo todavía para cumplir 20 años.

No apareció antes el tercerismo, ni siquiera algo confundible con lo que desde entonces fue y se llamó el tercerismo: queremos decir, para ser categóricos, que no apareció ni siquiera algo análogo a él. Erra, por lo tanto, el autor, no sólo cuando hace aquella afirmación de la primera página, sino también cuando dice más adelante: "*Pero aunque el tercerismo tiene antecedentes precisos pero aun lejanos en la década de 1930, es durante y a partir de la segunda guerra mundial que comienza a definirse con claridad*" (pág. 12).

No tiene antecedentes precisos, ni imprecisos, tan lejanos, ni empezó "*a definirse con claridad*", ni sin claridad, durante la Segunda Guerra Mundial, como tampoco inmediatamente después de ella, finalizada en Europa en mayo y en Asia en agosto de 1945. La tercera posición —y en consecuencia el tercerismo— apareció en todo el mundo recién cuando en la política internacional de posguerra quedó el planeta bi-partido en torno a dos grandes centros de poder: Washington y Moscú. Ello no ocurrió hasta 1947.

En la década del 30 y durante la Guerra, hubo no dos, sino tres grandes tendencias internacionales: las democracias occidentales; el fasci-nazi-falangismo; el comunismo soviético. De

esas tres grandes tendencias, por otra parte, sólo la última apareció referida a un único centro de poder: Moscú. No se habló entonces, no pudo hablarse de tercerismo, ni con relación a las grandes tendencias internacionales, que de por sí eran ya tres, ni menos con relación a centros internacionales de poder, que eran todavía muchos más: Londres, París, Washington; Berlín, Roma, Madrid, Tokio; Moscú.

Cierto es que, en el plano estrictamente ideológico —no ya de política internacional— fue común en el área occidental, como reafirmación de la democracia, la fórmula: "Ni Roma ni Moscú" (en cuanto Roma era la cuna doctrinaria del fascismo y Moscú la Meca del comunismo). ¿Pero qué tiene que ver eso, y tantos otros fenómenos correlacionados, con el tercerismo que vendría después? Muy despistado se halla el autor del libro que comentamos, cuando entre los antecedentes del tercerismo recuerda la frase de Herrera: "*Allá los rubios del norte y los amarillos del este*", referida —recuerda él mismo— a la lucha entre Estados Unidos y el Japón, que se enraizaba en una posición histórica de neutralidad muy tradicional en ciertos sectores del Partido Nacional (pág. 12). Este error, que llevaría a hablar con igual derecho del "tercerismo" de Yrigoyen o de Alfonso XIII cuando la Primera Guerra Mundial, deriva de la gruesa confusión entre tercerismo y neutralidad, y aun neutralismo, sobre la que volveremos.

Terminada la Guerra, corre un período de mediados del 45 a principios del 47, en que tampoco se habló, ni pudo hablarse de tercerismo, porque, aniquilado el Eje, si bien quedaron en pie dos grandes tendencias —las democracias occidentales y el comunismo soviético— no resultaron de inmediato referidas a dos centros de poder: por un lado, es cierto, Moscú; pero por otro lado, Washington y Londres, y todavía el empeño de Francia (es decir de De Gaulle), por devolver a París su anterior posición internacional. Es la etapa de los *Tres Grandes*: Washington, Londres, Moscú (en términos de capitales, en lugar de gober-

nantes), prefigurada desde la época de la Guerra en las Conferencias de Teherán, noviembre-diciembre de 1943; Yalta, febrero de 1945; y Potsdam, julio-agosto de 1945. La aspiración francesa a ampliar el Club hasta *Cuatro Grandes*, por la adición de París, no sólo no prosperó, sino que la dirección de la historia se invierte desde mediados de 1946 –concretamente desde la Conferencia de Paz de París de agosto de ese año– hasta la reducción definitiva del Club en marzo de 1947 a sólo *Dos Grandes*: Washington y Moscú.

Es entonces, y sólo entonces, que hace su entrada en la historia el tercerismo. Mientras no se haya entendido esto, de tercerismo nada se habrá entendido. El tercerismo contemporáneo sólo ha sido tal, en cuanto tercera posición en materia de política internacional entre los *Dos Grandes Imperios* de la Casa Blanca y el Kremlin, surgida en el momento justo –y no antes– en que por primera vez se cumple la genial profecía formulada por Tocqueville en 1835:

Hay actualmente sobre la Tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen adelantarse hacia la misma meta: son los rusos y los anglo-americanos... Su punto de vista es diferente, sus caminos son diversos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado por un designio secreto de la Providencia a sostener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo. (Parte final del Tomo I de La democracia en América.)

Para no remontarnos más atrás:

—1945, derrotado el Eje, es el año del apogeo de la ecuación *Tres Grandes*, a la vez que de los frustrados conatos de De Gaulle por convertirla en la ecuación *Cuatro Grandes*;

—1946, activo ya el proceso reductor, es el año de las afanosas tentativas de Churchill, desalojado del poder, por reforzar o estabilizar por lo menos, aunque transformada,

aquella ecuación *Tres Grandes*: discurso de Zurich en setiembre sobre constitución de los Estados Unidos de Europa, después del de Fulton en marzo, donde lanzara la célebre expresión “Cortina de Hierro”;

—1947, en fin, es el año del surgimiento definitivo –con la obvia relatividad de todo lo histórico– de la ecuación *Dos Grandes*, y con ella del tercerismo.

Todavía en el segundo semestre del 46, la posibilidad de que el mundo occidental quedara sometido al rectorado de la mayor de las dos grandes potencias anglo-sajonas, se veía sólo como un riesgo, aunque cada vez más notorio. Abundan los textos nacionales y extranjeros que así lo documentan. “*La dominación del mundo por los soviets* –escribía Quijano el 23 de agosto– *sería una desgracia; pero una desgracia ha de serlo también, y no tenemos vacilación en decirlo, la dominación del mundo por las potencias anglo-sajonas. Más, si esas potencias anglo-sajonas quedan reducidas a una: Estados Unidos.*” En setiembre, el ex-Vicepresidente de Estados Unidos en la penúltima presidencia de Roosevelt, y gran compañero y amigo de éste, Henry Wallace, iniciaba con un discurso en Madison Square Garden, una memorable y prolongada campaña contra la política del Departamento de Estado que amenazaba cada vez más con llevar al mundo a la polarización Washington-Moscú.

A principios de 1947 el riesgo se vuelve inevitable y a la vez inminente, hasta que se produce en marzo el hecho decisivo, con profunda conmoción de la opinión universal: el día 12, la Casa Blanca lanza lo que se iba a llamar la “Doctrina Truman”. En síntesis, concesión de ayuda económica y bélica a Grecia y Turquía, para la defensa de sus territorios, con expresiones alarmistas sobre el avance del comunismo en el mundo.

Por dos grandes razones el hecho resultó decisivo en el proceso que conducía a la polarización temida: primero, porque marcaba el comienzo preciso de lo que se iba a llamar la *Guerra*

Fría entre Estados Unidos y Rusia; segundo, porque se producía a través de la intervención de Estados Unidos en el fondo mismo del saco del Mediterráneo, en una zona de tradicional influencia británica, objetivándose de ese modo la abdicación de Londres como centro autónomo de poder internacional, puesto en lo sucesivo bajo el protectorado yanqui. Unos meses atrás brillaba todavía por encima del Támesis un destello de política internacional independiente; en pleno gobierno laborista, ese destello se apagaba del todo. Es éste el momento exacto en que uno de los *Tres Grandes* es despedido del Club: desde ahora quedan frente a frente los *Dos Grandes*, cumpliéndose al fin, cabalmente, la profecía de Tocqueville.

Ese decisivo hecho tiene un rico correlato histórico, del que apuntaremos apenas algunos de sus aspectos esenciales: a) la "Doctrina Truman" es inseparable de la presencia del general Marshall en el Departamento de Estado, y por lo tanto, de la injerencia desde ese momento irreversible del Pentágono en la conducción de la política exterior norteamericana; b) la abdicación del Támesis ante el Potomac es, a su vez, inseparable de la profunda quiebra económica de la Europa asolada por la Guerra, de donde que a la Doctrina Truman siga pronto el Plan Marshall de ayuda para la recuperación del Viejo Continente; c) es la eufórica hora del "Imperio Norteamericano" —expresión creada con sentido de crítica por Henry Wallace— al estilo Romano Antiguo, con el Atlántico por neo-Mediterráneo, desde el doctrinarismo de Walter Lippman, al gigantismo cinematográfico de evocaciones de Cecil B. de Mille.

Ahora, *recién ahora*, va a entrar en escena el *tercerismo*. Ello ocurrirá en todo el mundo, y el caso del tercerismo uruguayo no será más que una minúscula (sí, minúscula) partícula de un vasto fenómeno universal. Para sorpresa de los antiterceristas vernáculos y tal vez de muchos terceristas, el verdadero fundador del tercerismo fue nada menos que un ex-Vicepresidente de

Estados Unidos, ex-Ministro a la vez en el gobierno del propio Truman, como Secretario de Comercio: el ya recordado Henry Wallace.

Lanzada en marzo la "Doctrina Truman" se trasladó en abril a Europa para emprender una campaña de resistencia. Con toda lógica eligió como punto de partida a Londres, el ex tercer Grande recién dado de baja. Rooseveltiano de cepa, su finalidad era crear lo que llamaba el New Deal mundial, para elevar el nivel económico de los pueblos arruinados, creando a la vez un factor de equilibrio internacional para la colaboración con la Unión Soviética en el mantenimiento de la paz: "*Están los británicos en una situación peculiarmente poderosa para provocar un New Deal —les dijo—, porque se encuentran como un puente entre Estados Unidos y Rusia y ninguno de los dos puede permitirse ignorar a ustedes*".

Toda la sustancia del tercerismo —tercera posición de política internacional entre las poderosas dos de la Casa Blanca y el Kremlin, con el objetivo esencial y perentorio de asegurar la paz, en función de una filosofía antiimperialista— se halla tempranamente condensada en esas palabras de Wallace. Alguna vez recordamos en estas páginas que la primera "Liga Antiimperialista" del mundo actuó en Estados Unidos, con sede en Boston, de 1898 a 1903, creada y sostenida por norteamericanos, habiendo sido uno de sus presidentes nada menos que el filósofo William James, violento censor de la política del "garrote" de Teodoro Roosevelt en tierras latinoamericanas del Caribe. Debemos recordar hoy que el primer propulsor del tercerismo en escala mundial, secundado por otras prestigiosas figuras norteamericanas como Norman Thomas, fue el grande e injustamente olvidado Henry Wallace, tal vez el mejor amigo de Latinoamérica que en cualquier tiempo haya pasado por los altos puestos del gobierno de la Unión.

Continuó su prédica por los países escandinavos y por Francia. En seguida, en el mismo abril del 47, inició desde los

propios Estados Unidos una serie de artículos, uno de los cuales terminaba con este admirable conjunto de profecías, luego cumplidas todas:

“Una vez que se concedan préstamos norteamericanos a los gobiernos no democráticos de Grecia y Turquía, todos los gobiernos reaccionarios y los dictadores agitarán el fantasma comunista y pedirán que el gobierno y el pueblo norteamericano corran en su ayuda. Mañana Perón y Chiang Kai Shek pueden ser los que estén de turno. Los dólares americanos serán el primer pedido, después los técnicos y oficiales del ejército, y más tarde los soldados. Esta política es totalmente fútil. Ningún pueblo puede ser comprado. América no puede permitirse gastar billones y billones de dólares para propósitos no productivos. El mundo está hambriento e inseguro, y los pueblos de todas las latitudes demandan cambios. Los préstamos americanos con propósitos militares no los detendrán. Una vez que América se coloque en oposición al cambio, será la nación más odiada del mundo”.

A continuación, una campaña oratoria en el interior del país. Evocaremos sólo el episodio de la Universidad de Austin, en Texas, por lo que tuvo que ver con él, hace dieciocho años, el actual titular de la Casa Blanca:

“Desde Detroit fui en avión hasta Austin, para hablar en una reunión de masas en la Universidad. Había sido organizada por el grupo local de Veteranos, que invariablemente reúne a los veteranos más capaces y progresistas de todas las comunidades. El grupo es pequeño y tuvo dos días para preparar la asamblea. Cuando se arregló, comenzaron las presiones para dificultar mi visita. Los diarios previnieron contra mí a los tejanos: el representante local en el Congreso, Lyndon Johnson, indicó que el pueblo de Texas no tenía ningún interés en la reunión... Un auditorio de 10.000 personas aclamó toda alusión al liberalis-

mo, tan fuerte y tan largamente como habían hecho los progresistas de Chicago y Detroit.”

Cuando todo eso ocurría, el tercerismo no había hecho todavía en forma expresa su aparición en el Uruguay.

Arturo Ardao

SOBRE TERCERISMO EN EL URUGUAY

Marcha, N° 1286, 24 de diciembre de 1965

La citada crónica tejana de Wallace se publicó en esta hoja el 13 de junio de 1947. Unas semanas atrás, en uno de los artículos de la serie que llamó "*Inventario de mi viaje a Europa*", había dicho: "*Mucho antes de llegar a Gran Bretaña, comprendí que el mayor peligro para mi país era la equivocada creencia de que grandes sectores de otros pueblos lo seguirían ciegamente en su política de dejar de lado la UN y utilizar su poder material para 'ganar amigos e influenciar a las personas'... Nuestro mayor peligro es que se conciba un nuevo Imperio Americano... Una vez que se niega a los pueblos el derecho de comunicarse unos con otros, entonces las Naciones Unidas cesan de existir y la guerra se hace inevitable*".

Fue a continuación que empezó a difundirse un tercerismo doctrinario de fuente francesa, que tuvo sus primeros grandes representantes en el radical socialista Jacques Kayser y el líder socialista León Blum. Este tercerismo, sumado al de Wallace, contribuyó decisivamente a definir el nuestro, desde el momento en que la Doctrina Truman, formulada en marzo para

Europa, bajo la forma de ayuda a Grecia y Turquía, se prolongó en el *Plan Truman* para la América Latina, proyecto de ley por el cual se autorizaba al gobierno a suministrar armamentos y adiestrar a todas las fuerzas del hemisferio americano.

Nuevamente, detrás de Truman el Pentágono. No olvidemos la fecha. Sólo dos meses después de Grecia y Turquía, le tocaba el turno a nuestra América. En cierto modo, para buena parte del continente, aquí como allá el Imperio Americano de que hablaba Wallace aparecía como la rueda de recambio del Imperio Británico; y aquí como allá, toda una nueva era histórica quedaba inaugurada en el campo de las relaciones internacionales, por la conmixción del poder militar y el poder civil en el Imperio del Oeste, no menos, seguramente, que en el Imperio del Este.

El 20 de junio del mismo 1947 nuestro semanario daba cabida a una colaboración de Jacques Kayser, significativamente titulada *El tercer bloque*. Empezaba a organizarse el léxico propio de lo que todavía no se llamaba, pero pronto se iba a llamar, el *tercerismo*. En tal sentido el artículo de Kayser tiene una importancia histórica esencial.

Tuvo el tercerismo en todo el mundo dos resortes fundamentales: el *pacifismo* y el *antiimperialismo*. No en todos los casos coexistieron. Pero cuando se dio sólo uno, fue siempre el pacifismo; no como mera defensa o afirmación del valor o ideal de la Paz, al modo tradicional, sino como preocupación y ocupación angustiosas por y para impedir la transformación de la *Guerra Fría* entre los Dos Grandes, en simplemente la *Guerra*: más que Guerra Mundial N° 3, estaba ella destinada a ser el gran incendio del planeta.

Y cuando coexistieron, el pacifismo, con ese dramático apremio, tuvo prioridad —queremos creer que en todas partes— sobre el antiimperialismo. En lo que se refiere a esta hoja, habrá ocasión de verlo más adelante. En el caso de Wallace, a quien hemos llamado el verdadero fundador del tercerismo en el plano

mundial, las dos motivaciones se hicieron presentes en el expresado orden de prioridad: preservación de la paz; autocrítica de la política imperialista desde la ciudadela misma del más grande Imperio de la hora. Esa prioridad no era obstáculo para que, con toda lógica, ambos aspectos resultaran inseparables en su prédica, por la lucidez y el coraje con que supo asumir su responsabilidad de todavía posible hombre influyente en la dirección de una potencia cuya *política imperial* juzgaba la mayor de las *amenazas de guerra*.

El arriba mencionado artículo en *Marcha* de Jacques Kayser —antiguo compañero de estudios de Quijano en París y constante amigo de esta hoja— puede considerarse el texto fundador del tercerismo francés, no descartando la natural posibilidad de que alguno similar lo haya precedido. Pues bien: ese tercerismo francés, pronto convertido en centro doctrinario del tercerismo mundial, aparecía allí con referencia exclusiva a la defensa de la paz, aunque tácita, ya que no expresamente, actuara también un anhelo de autonomía nacional en el campo de la política internacional, que no dejaba de constituir una forma de antiimperialismo. No siempre este antiimperialismo fue radical.

En países imperiales (Francia misma seguía siéndolo), absorbidos o amenazados de absorción por Imperios mayores, se manifestará muchas veces en el seno del tercerismo un antiimperialismo sólo a segundo grado. Será el caso típico de De Gaulle hasta su tardía y forzada conversión a la “descolonización”. Pero será aún el caso de aquella ala del laborismo inglés formada principalmente por los economistas del partido y por un sector parlamentario, que, sin hacer abandono de la tradición imperial británica, rodeó en Londres a Wallace para apoyar ante el ala gobernante del mismo laborismo su campaña contra la expansión imperialista de Estados Unidos: se entendía que al aceptar el préstamo norteamericano cometía Gran Bretaña un grave error económico por no serle ese préstamo

necesario, pero que, sobre todo, era el suyo un funesto paso de subordinación política. El imperialismo inglés quedaba subsumido en el yanqui, del mismo modo —la diferencia, aunque muy grande, era sólo de grado— que tradicionalmente lo estaba el portugués en el inglés.

Forzoso es transcribir varios párrafos de Kayser para que se comprenda del todo la génesis mundial del *tercerismo* al finalizar aquel memorable *primer semestre de 1947*, no suficientemente valorado todavía, que más que nada por la claudicación de Londres —evitable o inevitable— cambió casi de golpe el horizonte universal de la posguerra.

“Al escoger entre X e Y —decía Kayser—, al colocarse deliberadamente en el marco de una clientela, la potencia mediana o pequeña favorece la formación y el antagonismo de los bloques. Al escoger, apuesta por la prueba de fuerza, por la guerra, y la hace de este modo más verosímil, pues anima y estimula al campo en el que se ha colocado, y provoca una alarma suplementaria en sus nuevos adversarios.

“¿Es indispensable optar? ¿Se ha convertido el mundo en un teclado que no tiene más que dos notas? ¿Será imposible hallar la armonía? Corresponde al conjunto de los Estados que no se han vuelto gigantes, la tarea de limitar los destrozos que produce el antagonismo de los gigantes. No lo conseguirán si escogen deliberadamente entre ellos, si apoyan en toda ocasión la actitud de uno contra el otro. Alienar la libertad por propia decisión, es dar una prima a la omnipotencia de los gigantes, es acelerar la evolución hacia la guerra”.

No se iba a quedar Kayser en el eufemismo de la X y la Y:

“De vez en cuando voces estadounidenses o voces rusas se dirigen a Francia tratando de arrastrarla. De Washington le dicen: ‘Hay que romper con Moscú, terminar con el flirt que nos impide asentar nuestro poder en Europa Occidental y cuyas consecuencias podrían ser amenazadoras para nuestra seguridad. No estamos seguros de vosotros’. De Moscú se le dice a

Francia: 'Os estáis haciendo prisioneros de los Estados Unidos; le ofrecéis de este modo a Europa como cabeza de puente que utilizará el día que desencadene la guerra de agresión contra nosotros. No estamos seguros de vosotros'".

Terminaba Kayser —en junio de 1947— con conceptos que muchas veces, años después, olvidados de Kayser, sostuvimos nosotros en estas columnas, frente a campañas antiterceristas que de buena o mala fe confundían tercerismo con neutralidad, con neutralismo y hasta con neutralización, adicionando la gratuita crítica de comodidad o indiferencia. Lo veremos al analizar la calificación de ideología que, con inadmisibles error del punto de vista de la ciencia social, se ha hecho del tercerismo. Entre tanto, léase el final del artículo de Kayser:

"Que en tiempo de guerra se esté forzado a optar, que la neutralidad se haya hecho imposible, es un hecho que experiencias recientes han establecido. Pero no estamos en tiempo de guerra, y, en el mundo entero, los pueblos desean el mantenimiento de la paz. Escoger ahora es ayudar a la división del mundo en dos, es ceder a los métodos simplistas de la fuerza, es participar en la evolución que puede conducir al desencadenamiento de la guerra mundial N° 3.

"Al contrario, afirmar sus derechos, asociar a todas las potencias llamadas 'medias' o 'pequeñas', crear un tercer estado, quebrar el dilema 'yo o tú' introduciendo un tercer término que, al ser complejo, sería más flexible que los dos primeros, ¿no es lo dicho un programa que podría unir a todas las buenas voluntades y salvar a la humanidad?"

"No se diga, sobre todo, que este programa carece de virilidad, que implica una pasividad ante la cual los gigantes no tendrían otra cosa que hacer sino afrontarse. La diplomacia, o mejor, la política del tercer estado, del tercer término, implica imaginación en los propósitos, tenacidad en la acción, constante voluntad de resistencia al 'chantaje', y perseverancia en la lucha por la paz".

El 27 de junio escribíamos por nuestra parte, refiriéndonos a la posición política a asumir por los países latinoamericanos: *"¿Cuál será ésta? ¿El apoyo al Plan Truman? ¿La búsqueda de una política propia? ¿O la tercera posición que en el número anterior de **Marcha** exponía Jacques Kayser?"*

Creemos —no podríamos asegurarlo con absoluta certidumbre— que era la primera vez que en la prensa nacional se introducía, con referencia al problema de la nueva época, la expresión *tercera posición*. Ni antes, ni durante, ni inmediatamente después de la Guerra pudimos ser terceristas, por la sencilla razón de que el tercerismo no existía, ni podía haber existido.

Ahora sí, desde marzo de 1947 en escala mundial, desde mayo de 1947 en escala latinoamericana, el tercerismo, como tercera posición frente a los *Dos Grandes*, se convertía en una consigna concreta para los que no se hallaban enfeudados ni a uno ni a otro de ambos centros de poder.

En lo que respecta a nuestra agrupación política de entonces, la *Democracia Social Nacionalista*, con ininterrumpida militancia antiimperialista social-demócrata desde su fundación por Quijano en 1928, el enfrentamiento de los dos Imperios la empujaba de antemano al naciente tercerismo. **Marcha** iba a ser lógicamente su órgano periodístico de expresión.

Entrado ya el segundo semestre de 1947, en nota que publicó esta hoja el 1º de agosto, declaraba el pionero tercerista Wallace: *"Colocar el progreso social de Francia y Gran Bretaña bajo precio es intolerable, y tanto la democracia como la UN serán debilitadas, mientras los dos mundos comienzan sus preparativos para la guerra"*. Y el 31 de octubre, bajo el título de *Ni protegidos de EE.UU. ni súbditos de Moscú*, exponía Quijano desde París, en estos términos, el tercerismo de León Blum:

"Aun defendiéndose de una simetría que repugna a la lógica estricta, lo vi exponer a León Blum, primero en el Velódromo de

Invierno y después en la entrevista que me hizo el honor de concederme, la preocupación por hallar un tercer camino que evite tanto la sujeción a las grandes fuerzas internacionales en presencia, como la entrega a los partidos extremos que se disputan el poder en Francia.” Las finales palabras de Blum recogidas por Quijano, fueron éstas: “La mayoría de los ciudadanos del mundo no queremos ser ni protegidos americanos ni súbditos soviéticos”.

El 7 de noviembre del mismo año 1947, en plena fase todavía de definición mundial del tercerismo, iniciábamos un editorial de **Marcha** con estas palabras:

“Europa Occidental se encuentra cada vez más impotente para constituir una tercera gran fuerza o entidad internacional, capaz de establecer el equilibrio entre Washington y Moscú.

“Tal vez en ningún país más que en Francia se sintió la necesidad de definir esa actitud tercerista. Y allí el reciente pronunciamiento electoral es expresivo por demás. Los partidos inclinados a ella resultaron avasallados por las tendencias extremas. Incluso el partido espiritualmente ligado al Vaticano, que es, sin duda, aunque de distinto carácter, el tercer gran poder junto a Estados Unidos y Rusia.

“La misma impotencia revela cada vez más, con mayor razón, la América Latina. Sus posibilidades al respecto se han dado en función de las del Occidente europeo. Sus tradicionales vínculos con él han propiciado un acercamiento o paralelismo en la esfera internacional, frente a análogos peligros de absorción. Más fuertes, sin embargo, han sido los factores negativos de orden económico y geográfico. Latinoamérica no ha podido escapar a la fatalidad histórica que la lleva a gravitar en la órbita internacional de los Estados Unidos.

“Si en Europa el caso francés sirve de índice, entre nosotros sirve de tal el caso argentino. Desde la terminación de la guerra a la fecha, hemos asistido a la progresiva subordinación de la Casa Rosada a la Casa Blanca, no obstante los pujos de aquélla

por definir una posición de independencia y equilibrio entre los dos polos de la escena internacional”.

Esas palabras no constituían, con todo, una franquía al pesimismo. Era así como terminábamos: “Esta amarga conclusión no es un llamado a la resignación y a la pasividad. Ella impone por el contrario, redoblar energías en la lucha, con la confianza ilimitada en esa conciencia de los pueblos que tarde o temprano es siempre la vencedora y que permanece hasta ahora inconquistable cuando todo cede a la conquista”.

Ese optimismo pudimos haberlo aprendido del inolvidable Wallace, quien a propósito de una de las escaramuzas de la misma lucha había escrito muy poco antes: “Los que creemos en Un Mundo hemos perdido un ‘round’, pero no la pelea”.

Tenía razón. Convencidos estamos de que el tercerismo —de Wallace a Blum, de Kayser a Quijano, de De Gaulle a Nehru, de Einstein a Russell, de Estocolmo a Bandung, de **Cuadernos Americanos** a **Marcha**—, incluyendo en ese intento heterogéneo pero congruente enunciado, el materialmente minúsculo tercerismo uruguayo (puesto que del *Tercerismo en el Uruguay* se trata aquí), ha sido el más poderoso factor de paz en el mundo en los últimos lustros, cualquiera sea lo que el futuro, lejano o próximo, le tenga reservado a la humanidad. Lo ha sido, con todo lo que ha tenido, como desde el principio quiso Kayser que tuviera, de “imaginación en los propósitos, tenacidad en la acción, constante voluntad de resistencia al ‘chantaje’ y perseverancia en la lucha por la paz”.

De profundo interés sería seguir el proceso del tercerismo mundial, latinoamericano y uruguayo, a lo largo de los años, y sobre todo, establecer su real situación presente, muy distinta de la de la primera hora. Ello escapa a nuestro actual objeto.

Lo expuesto respecto a su génesis histórica, muestra sobradamente lo que nos proponíamos en esta primera parte de nuestra nota: *el error científico* —en cuanto la tarea de la ciencia, social o no, empieza por el correcto establecimiento de los

hechos— de remontar su existencia en nuestro país, y aun las “ardientes polémicas” que en el mismo ha suscitado, a “más de 20 años” atrás . Y todavía —¡todavía!— situar sus “antecedentes precisos” en la década del 30. ¿Podría el autor del libro al que respondemos indicar alguna de aquellas polémicas o señalar alguno de estos antecedentes?

Arturo Ardao

SOBRE TERCERISMO EN EL URUGUAY

Marcha, Nº 1287, 31 de diciembre de 1965

II. ERROR BÁSICO DE MÉTODO

Al presentar en la introducción el *error básico de método*, transcribíamos estas palabras que figuran en la primera página del libro: “... *este estudio se ha debido limitar a las fuentes documentales, sobre todo escritas, pro o contra el tercerismo, y fuera de ellas a ciertas impresiones personales. He tratado de basarme lo menos posible en estas últimas y descargar todo el peso sobre las primeras, para mantenerme en el plano más objetivo posible...*” Quiera el lector tener la bondad de releer atentamente esas palabras:

Por nuestra parte, acotábamos: “*Pues bien: pese al reiterado posible, las fuentes documentales han sido no sólo escasas y tomadas al azar, sin criterio lógico ni cronológico, sino también desbordadas ampliamente, abrumadoramente, por las llamadas impresiones personales*”.

Las iniciales palabras del autor arriba transcriptas revelan el formal propósito de hacer obra científica, dando entrada sólo

por excepción a "ciertas impresiones personales". Ese plausible propósito aparece reiterado en diversos pasajes del libro. Así, por ejemplo, en las páginas 21 y 22:

"Es necesario tener presente, también, que para un estudio que quiere ser objetivo, es imprescindible partir de una definición lo más amplia posible del tercerismo, que comprenda todas aquellas formas que algunas personas o algunos grupos creen como las propias y las auténticas del tercerismo." En una reminiscencia académica, tal vez, del segundo corolario de la primera de las Reglas del método sociológico de Durkheim, el autor considera *"imprescindible partir de una definición lo más amplia, etc., etc."*, para un estudio, como el suyo, "que quiere ser objetivo". Esa definición después no aparece. Continúa:

"El analista no puede tomar partido por una de las diversas imágenes del tercerismo, ni por uno de sus diversos conceptos", "... el que realiza un análisis objetivo no tiene más solución que la de tratar de considerar esas diversas imágenes, mostrar hasta qué punto son concordantes entre sí y hasta qué punto son contradictorias". No obstante el carácter imprescindible de la definición abarcadora, se reconoce en la imposibilidad de abarcar el conjunto aun sin definición: *"El estudio que se hace a continuación no pretende agotar todas las formas del tercerismo. En primer lugar tiene una limitación que deriva de las fuentes utilizadas y del método que se ha empleado aquí".* ¿En qué consiste esa limitación? El autor la explica: *"Este trabajo se limita a cómo el tercerismo es expresado por los que de algún modo han tratado de conceptualizarlo, de racionalizarlo"*. Y aun dentro de éstos se atenderá a los que del tercerismo proporcionan las imágenes "principales". A nuestro semanario le corresponderá un sitio de honor.

Toda esa escrupulosidad metodológica se convierte en un verdadero modelo de prudencia científica, cuando el autor llega hasta el extremo de entender que le está vedado pronunciarse sobre si es válida o no la siguiente descripción que del fenómeno

imperialista en general, y de sus manifestaciones en América Latina en particular, hizo Quijano en un discurso pronunciado en 1950:

"La médula de nuestra acción es el enfoque antiimperialista de los problemas. Tenemos la conciencia de nuestra pequeñez nacional, medimos las fuerzas entre las cuales por imposición de la geografía vivimos, creemos que a la lucha de clases en el campo interno, corresponden en el internacional la lucha de esfuerzos entre los poderosos y los débiles. El imperialismo, no es la primera vez que lo decimos, no constituye un hecho que dependa de la buena o mala voluntad de gobernantes foráneos. Es un hecho económico sustancialmente, y por derivación un hecho político. América Latina es hoy, por imposición de aquella geografía antes aludida y por la imposición de las formas económicas de supercapitalismo avasallador que domina en otros países, una especie de zona de influencia de uno de los pocos grandes. Continente productor de materias primas, semicolonial, de masas populares atrasadas y sin clarificada conciencia nacional, regido por oligarquías venales, escépticas o corroídas por la ambición simiesca de asemejarse al extranjero, admirado y también envidiado".

Después de transcribir ese pasaje, dice el autor del libro, en la pág. 29:

"El diagnóstico contenido en esta cita es tan claro que no requiere mayores comentarios". A punto y seguido hace, con todo, algunos, que hay que suponer menores: *"El imperialismo —escribe, haciendo una reiteración de las palabras de Quijano— es una consecuencia de un capitalismo avasallador, su raíz última es un hecho económico. Sobre él se levanta una superestructura política que lo hace todavía más peligroso para los países que sufren su efecto. Por un lado las masas populares carecen de una clarificada conciencia nacional; por el otro, las oligarquías que rigen a los países latinoamericanos son venales, menos capaces todavía de defender el interés nacional. Está*

implícito el argumento de que, en definitiva, ejercen el poder por la imposición o la tolerancia interesada de las fuerzas del imperialismo".

En ese momento justo se manifiesta en su cabalidad el puro hombre de ciencia. A punto y seguido también, reflexiona: "*La naturaleza del análisis intentado en esta obra excluye todo juicio sobre la validez de los conceptos expresados*".

La ciencia pura puede, llegado el caso, hacer una ligera concesión y en esta ocasión la hace. A punto y seguido otra vez, en el mismo pasaje de la pág. 20 observa: "*Parece interesante señalar, sin embargo, que aunque la descripción se considere verdadera para el conjunto de América Latina, es en el Uruguay, donde justamente el fenómeno no parece tan nítido, por lo menos en los términos que se utilizan, y es justamente en él que estos conceptos se emiten. Es un punto importante al que se volverá más adelante para comprender el tercerismo*".

Existiendo tanta declarada voluntad de objetivismo científico, con expresas alusiones al método, pieza fundamental de la tarea de la ciencia, todo ello de parte de un autor que dirige en la Universidad un Instituto de Ciencias Sociales, es en cumplimiento de un deber más que en ejercicio de un derecho, que al comienzo observamos así su afirmación de descargar todo el peso sobre las fuentes documentales: "*Las fuentes documentales han sido no sólo escasas y tomadas al azar, sin criterio lógico ni cronológico, sino también desbordadas ampliamente, abrumadoramente, por las llamadas impresiones personales*".

Hay en esa observación nuestra dos partes que veremos por su orden:

a) *Las fuentes documentales han sido escasas y tomadas al azar, sin criterio lógico ni cronológico.*

Cierto es que se hacen numerosas referencias a los "textos terceristas". Pero casi siempre genéricas e indeterminadas. En definitiva, los textos especificados son sólo trece (11 artículos y 2 fragmentos, de un discurso y de un manifiesto), incluidos en

el llamado "Apéndice documental", y glosados algunos de ellos en el cuerpo del libro, más apenas cuatro citas de otros.

Decir que esas fuentes documentales son escasas, cuando tanto énfasis ha puesto en ellas, es decir poco. Tales fuentes resultan escasas (mantengamos este término moderado), no sólo en número sino también en procedencia: de las 13 piezas del Apéndice, 9 proceden de **Marcha** y 4 de **Jornada**, órgano de la FEUU. En cuanto a las cuatro otras citas, de dos de ellas (págs. 47 y 60), no se indica ni autoría ni procedencia, circunstancia inexplicable en un "estudio" científico, desde que su valor documental queda reducido a cero (a una de ellas le falta aun el respectivo comillado, lo que hay que atribuir a errata de imprenta); y las otras dos consisten en sendas cortas frases de los diarios **El País** y **El Día** (pág. 89), frases que constituyen por sí solas todo lo que de la invocada documentación contra el tercerismo contiene el libro.

Más grave que el ser escasas las llamadas "fuentes documentales" sobre las que se ha *descargado todo el peso*, es el haber sido tomadas al azar, sin criterio lógico ni cronológico.

Sin criterio lógico, porque el Apéndice no sólo no responde a ningún plan, en función de la gama de tercerismos que el mismo autor admite existir, como tampoco en función de sus fases históricas, sino que incluye una pieza que no es, en absoluto, un documento tercerista: la titulada "El antiimperialismo de Carlos Quijano", págs. 149-150. Es el fragmento de un discurso, fragmento al que pertenece el pasaje que el autor transcribe en el cuerpo del libro y que a nuestra vez hemos transcripto más arriba. La inclusión de este documento como tercerista, cuando ninguna referencia directa ni indirecta se hace en él al tercerismo, patentiza la gruesa confusión del autor entre tercerismo y antiimperialismo, hermana o prima hermana de tantas otras confusiones de que hablaremos en el capítulo próximo. El mencionado es un típico texto antiimperialista, al modo de tantos y tantos que el propio Quijano y sus compañeros y

discípulos venían emitiendo desde mucho antes de que el tercerismo existiera. Más aun: es un típico texto antiimperialista, al modo de tantos y tantos que, en cuanto al antiimperialismo, emitían por las mismas fechas —como antes, desde el estudio clásico de Lenin sobre el tema, y como después— los entonces antiterceristas del marxismo-leninismo.

Sin criterio cronológico, a la vez, no sólo porque sin ninguna explicación los textos se detienen en 1954, sino también porque de los cuatro correspondientes a la FEUU, el primero y el cuarto son de 1953, el segundo y el tercero de 1950.

b) *Las fuentes documentales han sido desbordadas ampliamente, abrumadoramente, por las llamadas impresiones personales.*

Nada objetaríamos si se tratara efectivamente de un “ensayo”, como editorialmente es denominado el libro. Y nada objetaríamos en ese caso, nada más que porque ya estamos curados de espanto en materia de “impresionismo” ensayístico uruguayo, en especial cuando el tema es precisamente lo uruguayo. Couture hacía una vez ironía del “palpite jurídico”. No alcanzó a conocer, creemos, el “palpite sociológico”.

Objetamos porque se trata de una obra emanada de un centro científico de la Universidad. Y objetamos sobre todo porque, en el mismo Prefacio de página y media donde el autor manifiesta *descargar todo el peso* sobre las “fuentes documentales”, para ser lo “más objetivo posible”, dando paso sólo por excepción a “ciertas impresiones personales”, dice casi a renglón seguido:

“Es casi imposible encontrar un intelectual que no sea tercerista o antitercerista y por lo tanto, es dable esperar que una indagación sobre el tercerismo diga algo sobre los intelectuales en el Uruguay y particularmente sobre los que se consideran como perteneciendo a la izquierda.

“Una indagación de esta naturaleza tiene, pues, que llevar más lejos que el estudio del tercerismo como tal, aunque éste

constituya su eje. En ese aspecto, implica un margen aun mayor de conjeturas, muchas de las cuales sólo pueden ser confirmadas o refutadas por investigaciones especiales que no han sido hechas todavía. Si me ha parecido razonable proponerlas igualmente es, en parte por lo menos, como una incitación a realizarlas. Es mi convicción personal que nos falta mucho para conocer el verdadero rostro del Uruguay, pese a lo que en ese sentido hemos probablemente avanzado en los últimos años”.

Por un lado, “estudio”, “indagación”, “fuentes documentales”, “plano objetivo”, dominando a las “impresiones personales”; por otro lado, en el mismo escueto Prefacio, la confesión del desenlace en ese amplio margen de *conjeturas* no basadas en investigaciones previas, propuestas “en parte al menos”, sólo como una incitación a realizarlas, si bien con el loable propósito de que el Uruguay conozca su verdadero rostro.

Carlos Real de Azúa

EL TERCERISMO REPLANTEADO

Epoca, 4 de enero de 1966

El "*muere y transfórmate*", a medias evangélico y a medias nietzscheano, parece venirle bien. Pero también podría encarlarle como anillo al dedo aquella irónica rectificación del aforismo que divulgó Sarmiento: "*Las ideas no se matan (o se degüellan): se mueren solas*".

Haber situado la cuestión del "tercerismo" sobre el espectro cuyos extremos marcan esas dos frases, haber revuelto —ya— el avispero ideológico del país con su libro **El tercerismo en el Uruguay** (Editorial "Alfa", 1965), conseguir que un sector pequeño pero políticamente vivo de nuestra sociedad sea llevado a repensar un tema de tanta importancia, constituye un mérito y representa una labor cuya positividad nadie debería discutirle a Aldo Solari. Como esto todavía no se ha subrayado y como yo mismo no le ahorraré objeciones, siento en este momento el deber de destacarlo. Un crítico del 900 diría ahora: "*A tout seigneur, tout honneur*".

La franqueza y aun podría hablarse: el desgarró con que Solari transita por su asunto no son habituales. Incluso cuando nos parece equivocado no deja de ser penetrante; incluso cuando simplifica —y muchas veces simplifica abusivamente— no deja de tocar en cuestiones concretas y neurálgicas. Llevado por cierto brío acometedor en eso que él llama la busca de una redefinición, se larga por la pendiente de los "*pareceres*" pero ni aun entonces puede liberarse de sus cautelas metódicas. Todo el libro es un campo de batalla entre su voluntad de afirmación y su tiroteo de "*es probable*", "*parece razonable*", "*podría suponerse*" y otras mil variantes. Este conflicto entre la aseveración y la duda, entre la impresión y el dato, hace a su obra una de las más típicamente "*ensayísticas*" de la cultura uruguaya de estos años. Porque eso es típicamente el "*ensayo*" cuando los logros del conocer no llegan a la seguridad de la ciencia o no caen al abismo del disparate (que aun él puede ser genial). Yo no sé qué criterio de "*ensayo*" manejan quienes han negado tal categoría al libro de Solari. Probablemente tendrán que demostrar que Montaigne y Bacon, los fundadores del género, consultaron concienzudamente variados repositorios, realizaron "*investigaciones*", descansaron en otra cosa que en su personal cultura y en su observación del mundo y de los hombres. O que lo mismo hicieron los posteriores maestros del ensayo. Digamos un Lamb o un Hazlitt, un Carlyle o un Pater, un Wilde, un Chesterton, un Connolly, un Huxley, un Orwell, para escoger sólo ejemplos en una de las literaturas que más rica ensayística ha producido.

ENTRE LA DESILUSIÓN Y EL MASOQUISMO

Quien dice enfoque ensayístico dice impregnación subjetiva de todos los planteos y este rasgo de género también el libro de Solari lo ratifica con holgura. En su prefacio dice el autor: "*en alguno de los sentidos del término, soy un tercerista*". El verbo como se ve está empleado en presente por más que quede por

indagar a cuál de esos sentidos él se adscribe. El punto de partida, de cualquier manera, es el de alguien que se dice y se siente comprometido en una actitud y no se apea preliminarmente de ella. No faltarán quienes —es previsible— vean en ese embanderamiento inicial una postura más cómoda para la empresa de liquidación a la que en muchos de sus pasajes la obra parece acercarse. Creo, con todo, que la cuestión puede plantearse con más generosidad y, tal vez, con más sutileza.

Porque el trabajo de Solari arrastra un extraño aire de afinidad con varios de este tiempo y sobre todo con uno, no hace mucho difundido entre nosotros. Me refiero a “*Crítica a la izquierda latinoamericana*” que con el seudónimo de “*Espartaco*” publicó, como es secreto a voces, el destacado economista chileno Aníbal Pinto Santa Cruz. Obra de un sociólogo profesional aquél y de un economista éste, a las dos las une una empecinada voluntad de claridad y replanteo por una revisión del patrimonio ideológico de los sectores progresivos de Latinoamérica, de su viabilidad y de su eficacia. Lógico resulta entonces que la tarea se inicie con el examen de lo que cabe llamar las verdades aceptadas, los estereotipos prestigiosos, los intocables lugares comunes. Cuando tal operación se hace urgente se perfila un síntoma claro de que algo (o todo) no marcha bien y hay algo enloquecido adentro de los relojes que marcan nuestro tiempo y el tiempo de nuestros adversarios. La “*Crítica*” de “*Espartaco*” fue redactada en los días en que se completaba el cerco en torno a la Revolución cubana y en que “*la nueva frontera*” de Kennedy pareció abrir una brecha por la que las aspiraciones constreñidas de nuestro continente podrían comenzar a irrumpir. El libro de Solari no aspira a un planteo tan global de la situación latinoamericana, pero también es imposible desvincular su tono flagelatorio —y a veces autoflagelatorio— de una serie de fenómenos de este último lustro. De ellos —aun a mero título de ejemplo— creo capitales el perfeccionamiento del aparato militar gorila en casi toda Amé-

rica del Sur. El conflicto chino-soviético y los tropiezos de la “*Tierce force*” de De Gaulle. La caída de Goulart y con ella, el archivo de todas las terapéuticas pacíficas enderezadas a eliminar los obstáculos sociales al “*desarrollo*”. Y aun las recientes tesis freístas de lucha antiimperialista dentro del área y bajo la autoridad imperiales. Pero también —y recuérdese su comentario **Réquiem para la izquierda**—, las elecciones uruguayas de 1962 y el fracaso de la Unión Popular y sus tendencias internacionales implícitas.

Que todos estos hechos y sobre todo los últimos han ejercido en Solari un arrollador impacto; que todos ellos y sobre todo los últimos han dolido a quien aparece tan frecuentemente en una postura de ligereza y de desglose, podría abonarse con cien ejemplos. Aunque ninguno creo mejor que sus cálculos (pág. 75) sobre el volumen electoral (2% según él) del “*tercerismo*”. Si el asunto tuviera en verdad importancia, el autor pudo acometer el tema por inversa vía a la que lo hace. Esto es: calcular el peso de sufragios de los grupos de los dos partidos tradicionales y de los menores *absolutamente incondicionales* de los dos mayores núcleos de poder que se disputan la tierra. Yo no dudo que el amplio porcentaje restante hubiera dado algo muy difícilmente reconocible como “*tercera posición*” y que la misma desemejanza hubiera resultado si todavía el examen se completara con un sondeo de las discordias entre las actitudes de los partidos en materia internacional y las de los votantes (o su falta de tales). Pero estoy seguro que toda la confusión y ambigüedad resultantes darían un panorama mucho más matizado y veraz (no digo más estimulante, no digo más esperanzado) que el de los falaces cálculos con los que el mismo parece descalificarse y aislarse.

RAÍCES DEL TERCERISMO

Solari abre su libro con un desarrollo somero pero en general acertado sobre los orígenes, crecimiento y crisis del tercerismo. Como en esta cuestión “*de hecho*” se le ha cuestionado severa-

mente y como ella representa el punto casi único en que coincido con él, me parece decente fundamentar mi adhesión, adelantándome tal vez a las razones que él mismo pudiera aportar.

Hacer partir el tercerismo del año 1947, desvincularlo de toda la historia ideológica del siglo, es algo que parece poco razonable. Sostener que alguna cosa no tiene *absolutamente ninguna relación* con cualquier otra representa una actitud científica que, para usar el término más suave, no resulta prudente. A ello se oponen ciertos caracteres incuestionables de lo histórico y sobre todo del área marginal a una *"historia de hechos"*: ideas, tendencias, costumbres, actitudes, ideologías. Esos caracteres: continuidad, complejidad, interdependencia, *arborescencia*, si infinita hacen que a muy pocas de estas modalidades de la vida humana pueda extenderseles certificados de nacimiento indiscutible. Ni el liberalismo ni el socialismo ni el nacionalismo ni el liberalismo ni el humanismo, tienen un origen preciso: fijado un punto de partida, siempre se puede ir tras él, hasta llegar a Adán o al antropoide. Yo no digo que el *"tercerismo"* sea una corriente tan trascendental como las que recién enumeré pero, de cualquier manera, posee algo en común con ellas: es de naturaleza *"ideológica"*, por más que puede pensarse que es sólo el esbozo o el torso, o la seña de una ideología.

Ni Cole ni Lasky, ni Toffanin ni De Ruggiero, ni Lovejoy ni Hazard, maestros de historia de las ideas, se preocuparon tanto por los *"starts"*. El últimamente nombrado se concedió un período de treinta años (*"La crisis de la conciencia europea"*) para fijar los tramos iniciales de un fenómeno que como el *"iluminismo"* fue tanto más unívoco y deslindable que este vago y discutible *"tercerismo"*.

Pero hoy tan toscos instrumentales parecen haberse afinado y en este mundo de precisiones será posible ponerle a las ideas—como a los escritos en algunos expedientes— año, mes, día y

hora de presentación. El historiador, como solía decirse, verá crecer el pasto bajo sus pies.

Esta tentativa, esta pretensión implica algo más serio que ella misma, sólo al fin ingenua. No me cuento, por cierto, entre los enemigos de la operancia independiente de lo espiritual pero—y en esto creo que Max Scheler realizó la distinción más certera— si hay una forma de lo espiritual en cuya autonomía no creo es la de las *"ideologías"*. Y querer dotarlas de tal precisión de nacimiento importa, para comenzar atenerse *sólo*—atenerse *únicamente*— a sus formulaciones explícitas, escritas o verbales, vertebradas, racionalizadas. Únicamente en esta perspectiva es posible darle importancia desmesurada a tal discurso o a tal artículo, a tal vicepresidente o tal columnista de París. Dejo de lado, es claro, el caso incomparable de Marx, pero además de que Marx representa la formulación personal e identificable de esa corriente socialista que a él preexistía, también es casi seguro que ni Henry Wallace ni Jacques Kayser pudieron ni acercársele. Y, hablando en general, asume los trazos del más ambiguo *"idealismo"* desvincular los orígenes de una ideología de los intereses, las emociones, las actitudes que la han promovido o, por lo menos, fortalecido.

Y cierto es que esas actitudes, emociones, intereses y tendencias son bastante, pero bastante anteriores a la formulación cabal de cualquier tercerismo en la quinta década de nuestro siglo. Con la primera guerra mundial se acompañó la primera instancia de esa dualización ideológica del mundo. Como la del *"liberalismo"* y el *"absolutismo"* en el siglo XIX no tuvo ese alcance, esa área, esa persistencia, puede decirse que con ella se inició esa onerosa, cruel, intromisiva empresa en medio de la cual hemos nacido, crecido y, casi seguramente, moriremos.

Desde que esta dualización fue efectiva y desde que ella implicó consecuencias prácticas de adhesión, ¿qué otra cosa que una tercera postura representa cualquier neutralismo que responda con un *"no"* a esas incitaciones al embanderamiento?

La admirable política internacional de Yrigoyen, por ejemplo, tuvo que negarse a solicitudes muy distintas a las que actualmente asedian una postura internacional independiente, pero formalmente su gesto era el mismo que el de hoy, y en este asunto los gestos tienen importancia decisiva. Pascal decía que persignándose con constancia se podía llegar a la fe; también cerrando los oídos al sonsonete de las propagandas mundiales la tradición del tercerismo fue establecida.

Este neutralismo, como se sabe, adquirió en la segunda guerra mundial una significación aun más amplia. Si al final todos marcaron el paso a la imposición norteamericana, Latinoamérica, sobre todo hasta 1942, fue un continente difícil para los estrategas propagandísticos del Occidente. Ni aun lo repudiable y disonante con nuestras modalidades que toda la causa del Eje representaba oscureció en algunos gobiernos y núcleos de opinión la voluntad de hurtarse al dilema o plegarse a él sólo temporalmente y con cautela. Si tanto llevan y traen Solari y sus contradictores los editoriales de *Marcha*, ¿qué otra cosa que un incipiente tercerismo representan muchas advertencias que en ellos campean (desde 1941 a 1944, sobre todo) cuando, al adherirse a la causa aliada se agregaba enseguida: “sin detrimento de nuestros intereses permanentes”? Aquí en forma más tenue, en otras partes con mayor decisión, las crecientes tendencias nacionalistas que darían su sello al Tercer Mundo de la posguerra ensayaron lo que parece su postura connatural: mantener la cabeza fría, apegarse a los imperativos concretos e inmediatos que de cada nación surgen, descreer sanamente de las ideologías, las músicas y los floripondios que las áreas dominantes emitían constantemente con el fin de enrolarnos. Alguna vez (en “*Política internacional e ideologías*”, publicado en el suplemento de los veinte años de *Marcha*) examiné lo que de limitado y estrecho arrastraba la famosa frase de Herrera que Solari también cita: “*allá ellos, los amarillos y los rubios del norte*” (1941). Muy otra cosa, en cambio, es

negarle su carácter representativo de una posición que, pese a todos los pesos, es un antecedente inexcusable del tercerismo.

En un plano diferente, el de la actitud internacional de los Estados, tampoco es difícil encontrar en Latinoamérica antecedentes de ese “*bargaining power*”, de esa “*política de regateo*” cuya presencia (tan discutiblemente) echa de menos Solari entre nosotros y que sería por otra parte –valga el ejemplo preclaro de Egipto– la típica conducta internacional de las naciones terceristas.

El maniobrar entre las potencias en pugna y extraerles las mayores ventajas posibles no estaba, sin duda, tan afinado como en nuestros días pero, valiéndose de esa latitud, México recuperó su petróleo en los preliminares mismos de la guerra (1938). La línea internacional del Brasil de Getulio Vargas batió en esos años todas las marcas de lo aparentemente ondulante y contradictorio; pero ¿es posible negar que si se la contempla con la debida perspectiva y se la ilumina con el destino y obra posteriores de su autor, esa misma independencia, esa misma habilidad para la intimidación y el regateo, esa misma voluntad de actuación autónoma y de no dar nada sin la correspondiente contrapartida fue su norte permanente, inmutable? Liberal y antiliberal, fundador del parodístico “*Estado novo*”, pronuncia el 11 de junio de 1940 a bordo del “*Minas Gerais*” un discurso que hizo correr frío por las médulas del State Department. Después entra en el juego y obtiene “*Volta Redonda*”, envía su división a Italia y es el primer latinoamericano que mete a su país en el ruedo de los grandes. Mientras tanto busca, contra todos los obstáculos, fortalecer en su pueblo la conciencia orgullosa de “*la brasileñidad*”. Lo demás es historia reciente y no faltará quien diga que, para nuestro fin, inútil.

Pues no se trataba, todavía, de la pugna entre Washington y Moscú. Pero ¿es que el “*tercerismo*” o “*tercera posición*” es nada más y esencialmente una abstención y –lo que es más grave–

una equidistancia, respecto a las partes del conflicto soviético-estadounidense?

Aquí está el meollo del asunto.

(Esta es la primera de una serie de notas sobre el reciente libro de Aldo Solari **El tercerismo en el Uruguay**)

Carlos Real de Azúa
UNA HISTORIA COMPLICADA

Epoca, 5 de enero de 1966

Como creo haberlo demostrado en mi primera nota, el tercerismo —y esto además por su misma ambigüedad, por su intrínseca imprecisión— no soporta una cronología exclusiva ni un contorno seguro. Corriente ideológica en proceso —“*in fieri*” diría el feliz término latino— no resulta hoy (y todavía) adecuado para ninguna entomología, para ninguna filatelia de las ideas. Han sido tan variadas las fuentes que lo nutren y siguen manando con tanta fuerza que no habrá imagen estable que consiga apresararlo, que pueda fijarlo, ya tieso, tras una vitrina pretendidamente científica

¿Cómo desvincularlo, por ejemplo, de una voluntad de “*descolonización mental*”? Desde que hizo crisis el imperialismo y aun desde numerosos precursores, los sectores pensantes de Latinoamérica, Africa y Asia han querido pensar con su cabeza, han rechazado la dócil “*mente-captez*” de sus antecesoras. Esté aquí en juego o no lo esté la famosa “*desalineación*” (por algo preferí otros términos) el acercamiento a una postura independiente y original es un capítulo de ella. Algunas objeciones a

Solari han hecho caudal de antecedentes europeos y norteamericanos, pero es en el área del Tercer Mundo donde esas señas de rebeldía incipientes y casi siempre frustradas encontraron su terreno congenial. Muy pronto se vio que, ante los intereses que llevaban a la dualización del mundo, el sometimiento de las burguesías occidentales a los dictados de Washington no ofrecía (por lo menos hasta la tentativa degaullista) el menor resquicio. También se vio que el socialismo europeo pese a objeciones teóricas y a sesudos planteos no modificaría un tilde del texto que Estados Unidos iba dictando. De la oposición a su graciosa majestad de los Guy Mollet, los Willy Brandt y los Harold Wilson no nació, ciertamente, el tercerismo.

Estoy hablando alternativamente de Tercerismo y de Tercer Mundo. Y no es por casualidad, pues creo (y esto ya es adelantar una posición) que si algún sentido tiene hoy el tercerismo es el de ser la ideología todavía borrosa de ese mundo. Lo que quiere decir también que de ser una postura intelectual y evidentemente minoritaria ha ido haciéndose, sin perder del todo su carácter original, una "política", con todas las impurezas, lastres y renunciaciones que ella implica pero con una fertilidad, con un poder creador que antes no tenía.

LAS PRUEBAS DEL TERCERISMO URUGUAYO

Este planteo, realizado desde el Uruguay, tiene bastante de exótico. Y no me parece dudoso que de esta excentricidad deriven muchos de los desajustes de la obra de Solari como de las iracundias que amenaza provocar. Sería cuento largo el anotar las refracciones que sufrieron en la conciencia política del tercerismo uruguayo los sucesos que en los últimos veinte años alumbraron la realidad del Tercer Mundo y promovieron la noción de sus comunes intereses. Qué ecos suscitó, por ejemplo, el largo período varguista del Brasil. Qué reacciones despertó el peronismo y cómo se siguió y hasta qué punto esa

revaloración del decenio 1945-1955 que hoy, en los sectores progresistas, no tiene casi contradictores. Qué se pensó de la disidencia yugoslava (1948) por más que ésta interesara sobre todo a los sectores comunistas, y de Indonesia (1949) aunque ella, como su precursora la India (1947) o como el movimiento afro-asiático organizado desde esa área a partir de la conferencia de Bandung (1955), no constituyan para el tercerismo materia polémica o por hallarse demasiado próximos hayan sido acogidos por una conciencia internacional mucho más afinada y madura. En cambio, dejando de lado por ahora a la revolución cubana, verdadera piedra de toque para una crisis de redefinición, la revolución egipcia (1953) y el posterior advenimiento de Nasser representó para el tercerismo uruguayo la más penosa experiencia de confusión. Sólo la del peronismo la iguala porque en el caso egipcio la modalidad antisemita que la revolución adoptó parece haber compensado con creces una lejanía geográfica y cultural capaz de atemperar las reacciones.

No sería difícil sostener que para un tercerista de otros continentes aquella modalidad es adjetiva y esencialmente secundaria; no sería difícil sostener que por mucho que nos gustara que no existiese su presencia no tiene por qué modificar una actitud global. Pero tanto el caso egipcio como el caso peronista exhiben apariencias comunes que tuvieron que chocar con las propensiones originales del tercerismo intelectual de la primera hora. No hace mucho, en algunas notas de mi **Antología del ensayo uruguayo contemporáneo** me refería a las fórmulas con que ese tercerismo (autor de los textos que Solari recoge) tuvo que recurrir. Eran las limpias banderas empuñadas por manos sucias. O la posibilidad de que fines buenos fueran servidos por hombres sin tacha aunque también utilizados por otros que estaban lejos de serlo. O el distinguo entre lo permanente: la liberación nacional, la promoción antiimperialista y lo accesorio: las formas autoritarias y caudillescas que las servían. En general, el temple legalista y

moralista del primer tercerismo, heredado de la izquierda tradicional, desquició sus instrumentos de aprehensión para tal tipo de movimientos. La presencia protagónica de un caudillo, el peso decisivo del sector militar, la politización coordinada de toda la sociedad hacia un fin común, el partido político, legal o prácticamente, único, la virtual desaparición de toda libertad de prensa, el manejo de una pasión nacionalista exaltada hasta el paroxismo, repelían y repelen aún al primitivo núcleo tercerista. Un núcleo disidente, "*ma non troppo*", de este Uruguay. Este Uruguay que (como Solari varias veces lo anota con satisfacción) es tan nativamente liberal, estable, moderado, demócrata y enemigo de todo exceso. También Solari registra (p. 40) que para los terceristas de 1947, nacionalismo y fascismo eran la misma cosa y aun podría haber llevado la identificación mucho más adelante. Yo recuerdo, porque es una de esas impresiones que no se borran, una nota periodística de 1955. En ella el autor aprobaba que el gorilaje libertador argentino hubiera arrebatado el diario "*La Prensa*" de manos del pueblo en la personería de la CGT para entregarla al cipayo y multimillonario Alberto Gaínza Paz. El sueltista, es cierto, planteaba su aspiración de que en el diario, así purificado su benévolo señor, escuchara más las aspiraciones populares que en el no muy distante pasado. Fue sin duda un consejo que el altivo oligarca debe de haber tomado muy en cuenta.

Y para cerrar estos recuerdos, aventuremos una opinión: es más que probable que el tercerismo no haya nacido en olor de santidad democrático. Por lo menos de lo que entiende por democracia la prensa *ubedé* y aun algunos nostálgicos del liberalismo de "*la belle époque*".

EL TERCERISMO Y SUS POLÉMICAS

No todo esto ha dejado su rastro en los documentos y actos que se han llevado y traído y en otros que aparecen salteados.

No veo, por ejemplo, que se haya traído a colación el importante texto que representa el manifiesto publicado por **Marcha** el 8 de agosto de 1947 y que lleva las firmas de Servando Cuadro, Arturo Ardao, Washington Reyes Abadie, Lincoln Bizzozero y Hugo R. Alfaro. Allí se habla explícitamente, aunque en forma no muy eufónica, de la tercera actitud. Ni advierto tampoco que se hayan mencionado las empresas de Servando Cuadro, tanto su "*Federación hispanoamericana*" del mismo y crucial 1947 como su prédica de **Marcha** entre 1948 y 1952. Alguna vez llamé a Cuadro la figura más profunda, original y dramática – si no la más sólida ni la más documentada – de nuestra izquierda. Ahora agrego también de: nuestro tercerismo. No desespero que un día se perciba su estatura.

En toda esta primera etapa que no me atrevo a decir que estoy evocando, el tercerismo, aún en barrunto, tuvo que sufrir ataques enconados. Yo no sé bien qué es lo que se considera "*polémicas*", ya que se ha negado que ellas existieran. Tal vez no hayan llegado a la violencia que la mención de ellas amenazó provocar. Tal vez hayan sido como aquella réplica de Franz que tras una hora de silencio, hizo retirarse a Fritz, a quien no le gustan las discusiones. Pero es indudable que el tercerismo sufrió ataques violentos desde la primera hora, lo que no dejaría de constituir una firme muestra de su inicial vitalidad. En **El Sol** del 8 de mayo de 1951, por ejemplo, entonces bajo la dirección de Damonte y Koifman, F. Ferrandiz Alborz publicó una nota de título relativamente hermético. Se llamaba "*Acevedo Díaz y la tercera posición*". Basada en una glosa del famoso cuento "*El combate de la tapera*" comparaba a los terceristas con los perros del relato, dedicados a lamer los cadáveres al concluirse la terrible lucha.

Un poco antes, en Documentos del Ateneo: apoyo a la UN, se recogió una resolución de ese centro, aprobada el 12 de octubre de 1950. En ella se lee lo siguiente: "*Hay un antiimperialismo rico de palabras y paupérrimo de hechos, que se esconde detrás*

de conjeturas que no prueban nada, que magnifica todo lo que pudiera confirmar sus preconceptos, que excluye sistemáticamente las razones que invalidan sus ideas hechas, que si no silencia totalmente los desmanes y depredaciones de la URSS, no les concede nunca la peligrosidad que encierran. Es este antiimperialismo, de mucho predicamento entre los jóvenes de nuestro país, el que echa a correr la especie absurda de que el conflicto actual entre libertad y tiranía, entre el sentido democrático y liberal de la vida y el totalitarismo autoritario y regresivo, es una mera lucha de dos imperialismos rivales, igualmente voraces e igualmente malos, en la que no tenemos que mezclarnos, en la que no está en juego nuestro destino, etc..."

El texto lleva, entre otras firmas menos memorables, la de Carlos Vaz Ferreira.

La cuenta podría seguirse, pero ya es suficiente. Como es fácil advertirlo, tienen antecedentes muy dilatados las actuales ramplonerías de nuestra prensa grande y teleinspirada.⁽¹⁾

(Esta es la segunda de varias notas dedicadas a **El Tercerismo en el Uruguay** de Aldo Solari, Alfa, 1965)

⁽¹⁾ Cerrada esta nota, advierto la injusticia que representaría dos silencios. Me refiero al manifiesto de la Juventud del Partido Nacional (herrerista) de julio de 1952, sustanciosa declaración pese al lamentable destino posterior de casi todos sus emisores. Y, sobre todo, a la revista **Nexo**, publicada entre 1955 y 1958 por Roberto Ares Pons, Washington Reyes Abadie y Alberto Methol Ferré. Importa posiblemente la más orgánica tentativa de pensamiento «tercerista». También habría que mencionar, aunque su filiación sea menos precisa, **Nuestro Tiempo**, editada entre 1954 y 1957, por Carlos M. Rama, Enrique Broquen y Mario Jaunarena.

Carlos Real de Azúa

LOS TRES DESENFQUES DE UN PLANTEO

Epoca, 7 de enero de 1966

Parece, con todo, hora de dejar los antecedentes y abordar el núcleo central de **El tercerismo en el Uruguay**. Todo lo que tras este punto pueda decirse será discusión de "pareceres", lo que no me resulta tan despreciable como a otros. Y si esto me sucede es porque ocurre que en torno a ellos —a veces Solari sólo dando pie— tiene que colaborar en una tarea de clarificación y redefinición. Una tarea que creo muy urgente y de una significación práctica, militante en extremo considerable. Si así no fuera, podría ser infinitamente más breve.

¿SUSTANTIVO O ADJETIVO?

¿Es el tercerismo una ideología perfilada y concreta, una corriente política de inequívoco contenido? ¿O no será más bien un término cómodo y no demasiado esclarecedor, un molde que debe llenarse y aun puede serlo con variadas sustancias? Entre este sentido, que cabría llamar formal, abstracto y el primero, el ensayo de Solari oscila incesantemente. En alguna ocasión

reconoce—lo que es cierto—que el tercerismo presenta evidentes vacíos e insuficiencias.

En otra lo ve—a mi juicio correctamente—como una consecuencia, un corolario táctico de un sano nacionalismo (p. 114). Tres páginas más adelante parece volver a considerarlo una ideología pretendidamente completa.

El punto es demasiado decisivo como para que puedan aceptarse en torno a él imprecisiones tan graves. Si el tercerismo—como personalmente creo—es uno de los calificativos de determinada postura ideológica política que desde hace dos décadas busca formalizarse en el mundo, ¿se puede pretender que dé esa respuesta intergiversable que Solari le reclama? ¿No será que no puede, que no tiene que darla? Entre otras razones por no ser un protagonista identificable del debate político mundial y sí sólo una sombra, una proyección, un adjetivo—esclarecedor por circunstancial—del auténtico protagonista. Y ese protagonista—creo haberlo ya aventurado—en el área del Tercer Mundo es el esfuerzo de su conciencia política por promover, desde la “*praxis*” de su liberación y de su búsqueda de formas socioculturales idóneas, una corriente ideológica propia. Por lentamente que esa corriente engrose, por grandes que sean los retrocesos que sufra, ahí está el sujeto cierto de reflexión, de repensamiento. Buscando su cauce con el máximo margen de latitud que lo histórico permite, no preexistiendo a nosotros sino reclamando de nosotros, de todos, de cada uno, el más alto esfuerzo de devoción y de lucidez para echarse a andar por los tiempos.

¿UN TERCERISMO URUGUAYO?

No me parece que a Solari le acucie mucho esta tarea en lo que contiene de programación y no de esclarecimiento, de “*filosofía política*” en el sentido clásico de la expresión. O tal vez no consideró este ensayo la mejor oportunidad de acometerla.

Demasiado agudo es, sin embargo, para no comprender que

sin un esquema de valor descriptivo y relativamente circunscripto, su reflexión no hubiera dado muchos pasos. Para salvar la dificultad recurre, entonces, a dos arbitrios. El primero es localizar en el Uruguay su examen; el segundo es dar por supuesto, por irrefutable determinada conformación del tercerismo.

Es cierto—y esto representa una de las cautelas profesionales del científico social y aun de cualquier científico—que toda investigación debe recortar un sector de lo real que sea abarcable. La exigencia se hace más perentoria cuando el historiador o el sociólogo han de enfrentarse a fenómenos socioeconómicos o socioculturales de amplitud mundial y aspiran a pasar de las generalidades y quieren llegar a un contacto vivo y desafiante con su tema. Si trazo una historia mundial del colonialismo (y pienso en el excelente manual de Jacques Arnault) tendré que descansar en lo que ya otros investigaron; si elijo un área más restricta podré alcanzar conclusiones verdaderamente esclarecedoras. Y para continuar con el mismo ejemplo del colonialismo (fenómeno a la vez fáctico e ideológico) esto ocurrirá (o podrá ocurrir) si el analista fija su mirada sobre el Congo, o Sumatra, o Nicaragua o Ceilán. Del examen de un segmento particular—al modo de la “*reducción fenomenológica*”—será posible casi siempre alcanzar la esencia del fenómeno. En cambio, es más que dudoso que pueda llegar a tan sabrosos resultados quien hiciera una historia del colonialismo en Dinamarca. Esta explicación aparentemente ociosa, apunta una verdad bastante sabida: en la ciencia, como en la fotografía, hay enfoques que pagan el revelado y otros que no lo pagan. El caso de las “*ideologías*” no es una excepción a la regla. Para no ser largo en este punto pienso que los estudios de ellas que verdaderamente tienen sentido son los que [...] ⁽¹⁾ períodos y lugares en que una ideología madura y se hace funcional. ¿Puede

(1) Tres o cuatro palabras ilegibles en el ejemplar de *Epoca* consultado.

excusarse de un estudio del liberalismo inglés quien quiera entender –verdaderamente– el liberalismo? Es probable, con todo, que tal índole de enfoques no sea, a la luz de lo que hoy sabemos de las “*ideologías*”, el único capaz de remunerar un esfuerzo serio. A la luz de ese que hoy sabemos se nos hace también decisivamente interesante estudiar su índole “*afuncional*”, su efecto distorsionador en los medios que las recibieron por ministerio de la enajenación mental de las “*minorías cultas*” y de la solapada seducción imperialista. Cuando Celso Furtado, por ejemplo, analizaba los efectos del libre cambio económico en el Brasil, cuando los historiadores revisionistas de la Argentina han vinculado el proceso del liberalismo económico y político y las brutales consignas de Sarmiento, reclamando el genocidio de su pueblo, su labor de esclarecimiento ha sido intelectual y políticamente decisiva.

En el medio de estos dos extremos, los premios de otros exámenes son menos seguros. Y creo que esto es lo que ocurre justamente con el del tercerismo en el Uruguay. Sé lo que Solari podrá alegar: es el que tenía cerca, es el Uruguay y no Transjordania lo que, primeramente, le interesa. También sé que cabe invocar –y él justamente lo hace– la alta receptividad del Uruguay a las ideologías universales, su fácil, peligrosa capacidad de sentirse implicado en muchas cosas bastantes distantes a lo que a más a mano le interesa. Me atrevo, con todo, a sostener que en lo que el tercerismo hay de mejor y en lo que especialmente podrá llegar a convertirse este interés de espectadores, esta propensión a balcónear poco tendrá que ver. Y que salvo para sectores por demás incipientes el tercerismo ha tenido esta naturaleza, me resulta difícil de rebatir. Tal naturaleza se recoge fácilmente en los textos que Solari agrega (hay que hacer notar que el más reciente es de 1954) y de otros con que se le ha replicado. Para que ocurra otra cosa, mucho tendrá que cambiar la orientación general del país mucho que transformarse la conciencia de sus mayorías –aun tan maltratada como

hoy lo está– de constituir una especie de pequeña Europa, equilibrada y prestigiosa, enquistada en el flanco de un continente con el que poco tiene que ver. Mientras esto no suceda es comprensible que las manifestaciones terceristas y sus textos tengan ese carácter puramente crítico y literalmente excéntrico que en verdad tienen.

Resumiendo: hay derecho, sin duda, a realizar un estudio sobre el tercerismo en el Uruguay. Pero si ese estudio se realiza tampoco hay duda que arrastrará los mismos rasgos de operación reductiva y hasta un poco caricaturesca que si se analiza, largamente, el liberalismo en el Paraguay. Los lógicos hablan de “*falacias reductivas*”. Al estudio de Solari habría que llamarlo falacia reductiva por localización. Si una doctrina de índole tercerista tiene un destino, parece seguro que él terminará de perfilarse en ciertas zonas decisivas del resto del mundo y, así, ejercerá su impacto en el país. Lo mismo ha pasado con todas las ideologías universales. Otro cantar y otra cuestión es si no servirá mejor la promoción de nuestra realidad que todas las anteriores y si tendremos que recibirla, tan miméticamente como en general lo hemos recibido todo.

ENTRE LA VERDAD Y LA CARICATURA

Aunque acepta que existan otras posibles (p. 22), Solari ha preferido (insisto en el verbo) manejarse con cierta imagen del tercerismo. Cada uno espera poder estimarlas en forma independiente; pero, ahora, vale la pena mencionarlas en conjunto. El tercerismo es, para Solari un movimiento que expresa un anhelo de independencia y libertad de opinión (lo que me parece indiscutible). Pero además es obsesivamente (vuelvo a insistir que es su opinión) antiimperialista y antiyanqui. Mantiene relaciones más que equívocas con el nacionalismo y el internacionalismo. Se mueve dentro de un estilo y unos valores democráticos entendidos en el sentido más tradicional de la

palabra. Es anticomunista. Desdeña en general precisar los aspectos económicos de su doctrina y es hostil a las tesis "desarrollistas" y aun a la industrialización.

Importa ante todo una negativa de opción en la pugna mundial de las superpotencias (Estados Unidos y el bloque soviético). Traduce esto en una actitud de "equidistancia" entre ambas. Y, último rasgo, que tal vez es el más ominoso para él, congregando tras de sí los más activos sectores estudiantiles y a la mayoría del sector intelectual. En este punto, Solari parecería estar pensando en una especie de superseleccionado que, por serlo, no tiene nadie con quien jugar. Y entonces, como es obvio, no lleva público. No hace recaudaciones. Pero también hay un último punto y muy importante: no parece tener para Solari nada que ver con el marxismo y sus variedades; nada que ver tampoco con las realidades religiosas y culturales del mundo.

Todas estas presencias y estas omisiones no son inútiles de considerar.

(Esta es la tercera de varias notas dedicadas a **El Tercerismo en el Uruguay**, de Aldo Solari. Editorial Alfa, 1965.

Carlos Real de Azúa

EL ANTIIMPERIALISMO, ¿UNA OBSESIÓN?

Epoca, 8 de enero de 1966

Muchos habrán hecho —o podido hacer— mi reflexión. Muchos, también, la hubieran encontrado pretenciosamente hinchada, grotescamente trascendental. Mientras tecleo esta nota pasa a dos cuerdas de mi casa, por 18 de Julio, el desfile de Reyes de Coca-Cola. Y pienso: esto es imperialismo. Esta perfecta adecuación de los reflejos de un mundo de consumidores. Esta siembra de alicientes y seducciones. Este ritmo brioso y regular de la marcha, al que jamás llegarán nuestros claudicantes corsos municipales. Esta internacional, ubicua presencia de un solo producto; el segundo astronauta de Occidente que llegue a la Luna plantará allí su bandera.

Esta pulida eficacia de la propaganda y de la organización, este manejo sin fallas de todo lo que divierte, distraiga, dé escape. Esta implacable racionalización vendedora de toda belleza, de todo localismo o de toda tradición. Y, sobre todo, esta triunfal irrupción que desde un cuarto de siglo hasta hoy ha hecho de casi todos los rubros capitales de nuestra industria y nuestro comercio "filiales" y "sucursales". Repásese cualquier nómina y se verá —desde las máquinas agrícolas o de escritorio

hasta los esmaltes para uñas— qué sociedad, qué empresa no encubre con un directorio nacional una dependencia al exterior, no depende de un asesoramiento técnico, no debe “royalties” y “patentes”, no pesa, cual más, cual menos, en nuestra balanza de cuentas.

El fenómeno no es nuevo sino viejísimo. Desde (ya va hacer pronto cinco siglos) el expansivo burgués europeo fijó la mirada fuera de sus habituales límites, el ancho universo fue para él “naturaleza”. “Natives” nos llaman todavía entre ellos los anglosajones. Y si lo dicen de nosotros ¿qué no dirán de los congoleseos o de los laosianos? Naturaleza, cosas. En el imperialismo nacimos, crecimos, sobrevivimos, malvivimos. En el imperialismo hemos flotado, como objetos en un líquido en suspensión, como si él mismo hubiera sido la red continua de los océanos, cuatro continentes, sin otras excepciones que las de algunas tierras semivacías: los Estados Unidos, Australia. Con el proceso imperialista están inextricablemente trabados nuestro desarrollo económico, nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestra cultura, nuestras técnicas, nuestras costumbres y nuestros reflejos. No todo contacto entre una sociedad central y otra marginal, entre una desarrollada (para un tiempo dado) y otra incipiente es “imperialismo”; pero nada surge de él sin que el imperialismo lo marque, lo inflexione. Si del Uruguay hablamos, nada podemos entender de nuestro pasado o nuestro presente sin tenerlo sin pausa ante nuestros ojos. Hispánico primero, lusitano-inglés, franco-inglés, inglés, norteamericano, técnicas, razones, designios variaron al infinito, ese infinito cabe bajo el rótulo general que el imperialismo le impone. Ni nuestra sociedad rural, ni las alternativas de nuestra independencia, ni el aplastamiento del artiguismo ni la Cisplatina y su fracaso, ni nuestro nacimiento como nación ni nuestras guerras civiles ni el surgimiento del Uruguay moderno pueden explicarse sin él. Nuestra historiografía clásica—que aún sobrevive muy oronda— tomaba al país como un proceso autogenerante sin

dejar de considerar (imposible no hacerlo) algunas intervenciones específicas: las invasiones inglesas de 1805-6, las intervenciones anglofrancesas de la Guerra Grande, los amenazantes reclamos europeos por concepto de indemnizaciones. Sin invertir totalmente la jerarquía, nuestra historia actual lo aborda todo de modo muy distinto. Y uruguaya, argentina o de cualquier otra zona del mundo marginal, no prescinde nunca del contexto mundial que, en cada etapa y lugar, la expansión imperialista representa. Esto no significa que no atienda a esos factores endógenos que eran los que al enfoque político o histórico clásicos más importaban, es obvio que esos factores siempre se suscitarán en un gran espacio físico y en una masa humana relativamente cuantiosa. Con todo, hay que evitar una confusión: el hecho de que los factores “endógenos” sean aun los más percibidos se debe en buena parte a que son los que el historiógrafo y el analista tienen más cerca, han sido peor estudiados y han resultado, a menudo, falseados o escamoteados.

UNA REDUCCIÓN INGENUA

Haya esgrimido o esgrima la fuerza o el consenso, haya reflejado o refleje la etapa naval mercantil, industrial, bancaria o total del capitalismo, haya sido protagonizado por España, Portugal, Holanda, Francia, Inglaterra, Alemania o los Estados Unidos, el imperialismo tendió a presentar, regularmente hasta hoy, todas las fases posibles: económica, social, política, cultural. Desde Hobson, en 1902, Lenin, en 1914, Bujarin, en 1917 hasta los planteos más recientes de Fritz Sternberg, Stachez y Baran (para citar sólo los principales), la “globalidad” del fenómeno imperialista constituye una verdad prácticamente incontrovertida.

En su naturaleza de réplica frente a él, también el antiimperialismo fue tomando conciencia, a lo largo de varias

décadas, de exigencias, de desafíos igualmente globales. Es cierto, como se ha dicho, que el antiimperialismo, aquí y en casi todos lados, ha sido anterior al "tercerismo" y aun a todas las corrientes de izquierda. Pero asimismo es verdad que las primeras formulaciones ideológicas que desde los países dominados buscaron cohesionar la lucha por la liberación, poco más tuvieron que hacer que visualizar el abanico de antítesis que a la acción de sojuzgamiento debía oponerse.

Con todo, hay una actitud que se conforma con menos. En un país dado, observa las calles de su capital y percibe que no están patrulladas por tropas extranjeras. Concurre a su parlamento y cree advertir que los legisladores hablan sin visibles interferencias. Conoce a sus gobernantes y es enterado de que éstos firman los decretos sin que nadie les lleve la mano. Recorre las principales empresas y se le comunica en muchas que el gerente sólo podrá conversar con él si maneja —digamos— el castellano.

La gama de estos "realismos" es infinita. Como del imperialismo se trata, hay quien exige para su configuración la explotación y dominación económicas más la pérdida total de la independencia política a manos de medios violentos. También se aceptan matices intermedios: la penetración económica consentida y crecido "quantum" de extracción de ganancias sin aparente lesión de la soberanía política; otro, el cuadro anterior más contralor político visible; otro, el empleo de la fuerza para mantener la condición de dominado e impedir que el estado nacional regule los bienes del país.

El conocido libro de Flagg Bemis, sobre la diplomacia estadounidense en la América Latina, es maestro en estas arteras reducciones. Y hace dos o tres años (si la memoria no me traiciona), Jorge Luis Borges, desde la Universidad de Austin (Texas) preguntaba desafiante con qué se comía (para abreviar) eso del "imperialismo yanqui".

Se me dirá que elijo ejemplos fáciles. Perdido en su jardín de

senderos que se bifurcan, Borges nunca supo nada de su continente hasta que él llega —justito— a las riberas del río de Pecos Bill. Se me dirá que de la Argentina sólo conoce (aunque tan hermosamente trascendida) la tradición distorsionada de su clase. Feroces mazorqueros, heroicos coroneles, frágiles cuellos segados hacia su "destino sudamericano". Y poco más tras esto y unos arrabales además del viejo Buenos Aires regustados con la fruición del señorito que se arriesga fuera de su mundo. Pero hay quienes tienen que ser sometidos a pautas más rigurosas. Y un texto reciente me da pie incomparable. En la recién aparecida revista **La Rueda**, Graciela Mántaras registra algunas declaraciones de sociólogos a propósito del sonado libro de José Luis de Imaz. La de Gino Germani no tiene desperdicio. Pero antes de comentarla hay que recordar que Gino Germani, extraño espécimen ítalo-argentino, es el supremo mandarín de una casta sociológica de "objetivistas" enemigos de todo compromiso y de diestros extractores de fondos de las grandes "fundaciones" sostenidas por los monopolios norteamericanos. Todos ellos —unos más, otros menos— detestan a Wright Mills, poco "científico", en su opinión y, sobre todo, militante. En esas declaraciones a que me refiero Germani dice, entre otras, lo siguiente "El imperialismo no está tanto en las empresas sino en la presión de la Embajada y en los militares y políticos argentinos; son los militares quienes obligaron al gobierno a ponunciarse como lo ha hecho en el caso de Santo Domingo, y no como en el Uruguay"

Hay que alegrarse que el displicente profesor Germani acepte que hay "presión de la Embajada" y que el imperialismo esté "algo" en las empresas copadas por la inversión yanqui. Lo más despampanante de su declaración y lo que la sitúa como modelo para mi caso es que Germani considere que el reaccionarismo cerril del ejército argentino, servidor de un Estado nacional entre 1945 y 1955, nada tiene que ver con el imperialismo de que habla. Para Germani es otra fuerza, y no la del

imperialismo, lo que protagonizó el lavado de cerebros de los militares sudamericanos desde los días de la segunda guerra mundial. Es otra fuerza la que los ha llevado uno a uno o en grupo a Fort Wenworth, a las bases aéreas de Texas, a la Escuela Interamericana de Panamá, la que ha promovido la reciente conferencia de Lima, la reciente operación Ayacucho y las reiteradas maniobras navales del Atlántico Sur. Para Germani, en suma, no es el imperialismo el coligante que aproxima, sobre seculares desconfianzas, a Onganía y a Costa y Silva y a los militares de Perú, Colombia, Paraguay y ha promulgado recientemente, por boca de Averell Harriman, la doctrina de los ejércitos sudamericanos como custodios del "desarrollo en la libertad", el orden social y el alineamiento con Occidente.

Pero así como angosta el sentido de las palabras, esta interpretación reductiva las amplía cuando le conviene. Y aquí hay que aludir a la cuestión del "imperialismo soviético". Milovan Djilas, en su estruendoso libro, dijo hace algunos años que nacía de las aspiraciones de la "nueva clase" a asegurarse un gran mercado socialista único con una red de compras a precios inferiores a los del mercado mundial. Otros analistas, no sospechosos de anticomunismo, han apuntado que en la planificación autoritaria de ese mercado los productos de los países satélites han sido sometidos a precios menores de lo debido y a condición que acrecentara el ingreso medio de la zona. Pero al margen de estos hechos no ciertamente despreciables, asimilar, digamos, la presencia soviética en Bulgaria o en Hungría con la presencia norteamericana en Haití o en el Congo es haber perdido el sentido de las palabras. Todo expansionismo no es imperialismo, y aunque nunca fue mi tarea defender la soviétización del Este de Europa, una cosa muy distinta es el segundo fenómeno ineluctable del mundo capitalista y otra ese expansionismo que se ejerce sobre pueblos geográficamente contiguos y culturalmente afines e impone una homogeneización económi-

ca y social que el imperialismo jamás intentó y que contraría, incluso, sus más radicales impulsos.

EL ANTIMPERIALISMO URUGUAYO

Una actitud que niegue algo que no rompe los ojos y otra que afirme que dos cosas aparentemente afines son idénticas, siempre juegan con ventaja en la mente del hombre medio contemporáneo. La propensión a la incredulidad y al negar (que siempre parecen más elegantes que la afirmación) es uno de los trazos más hondos de la modernidad; el ejercicio del cuidadoso distingo una de sus prácticas más olvidadas. Y volviendo a Solari, yo no digo que en su planteo del tercerismo incurra en los simplismos antes apuntados, pero vale la pena registrar las afirmaciones concretas sobre imperialismo y antiimperialismo que en su libro campean. Algunas se plantean en forma interrogativa, pero la actitud de quien las hace es suficientemente inequívoca.

Solari (pág. 37) piensa que el antiimperialismo "no da una respuesta suficientemente clara y unívoca a los problemas del mundo actual". Supone después que el antiimperialismo tiene peligrosas proclividades a la vaguedad, la abstracción y el irrealismo pues aunque admite que su percepción del fenómeno que enfrenta sea correcta, se pregunta si no "es poco realista" el tercerismo que lo enfrenta. También aventura que el imperialismo "no juega el papel o quizás un papel diferente que el que percibe la ideología tercerista". Mucho más adelante asevera que "el antiimperialismo es una realidad muy concreta, pero en el Uruguay, al menos, es una bandera demasiado abstracta, para círculos reducidos de personas de alto estatus cultural. El Uruguay no es América Central, no tiene esa permanente, pacífica y/o violenta penetración del imperialismo yanqui. El antiimperialismo implica en el Uruguay la traslación de una realidad mucho menos perceptible que en otros países latinoa-

mericanos y eso dificulta su conversión en una ideología de masas" (pág. 117). Y siempre en función uruguaya, páginas antes (72-73) Solari sostiene que el antiimperialismo desempeña "una función conservadora, aunque pueda parecer paradójal. La ideología convoca a una inmensa transformación que depende de la supresión previa de la gran peste: esa supresión está muy distante, entre tanto todo lo que no tiene que ver con esa finalidad es secundario. Nadie da demasiada importancia a cambiar lo que tiene ese carácter".

Todos estos asertos merecen ser apreciados. Y en lo que ellos no hayan sido ya considerados en las reflexiones que los preceden, parece claro que esa apreciación alargaría extremadamente esta nota. Por ello tendré que realizarlo junto con otras, bastante conexas, sobre las afirmaciones que, sobre el nacionalismo, Solari realiza.

(Esta es la cuarta de una serie de notas sobre el libro de Aldo Solari **El tercerismo en el Uruguay**)

Arturo Ardao

TERCERISMO EN EL URUGUAY

Marcha, N° 1288, 14 de enero de 1966

III. ERROR BÁSICO DE CONCEPTO

Algún lector podrá pensar que después de lo establecido en los capítulos precedentes, éste sobra. Los graves errores de hecho y de método que se han visto —en una obra que pretende la objetividad científica— son inseparables de un desarreglo conceptual que acaso rebasa a la noción misma de error. En cierto sentido no le faltaría razón a ese lector, y podríamos dar nuestra tarea por terminada. Sin embargo, en otro sentido, es recién ahora que ella comienza. Porque es ahora que se entra en los aspectos sustanciales de la cuestión.

Al formular en nuestra introducción el **error básico de concepto**, transcribíamos estas palabras con que comienza el Prefacio y por lo tanto el libro: "*El objetivo de este estudio es una ideología: el tercerismo tal como se ha manifestado en el Uruguay*". Y acotábamos: "*Pues bien: el tercerismo no es ni ha sido una ideología*".

Ese error básico de concepto no sólo está en el origen de los errores de hecho y de método, sino que es la fuente de otros numerosos de concepto que pululan en el libro. No es nuestro

propósito hacer su censo. Pero será forzoso detenerse también en algunos de ellos, por lo inseparables que resultan de aquel error básico hasta el punto de constituir en el fondo, parte de él.

El tercerismo no es ni ha sido una ideología, por la sencilla razón de que no es ni ha sido más que *una posición de política internacional*: la llamada *tercera posición* entre las de los *Dos Gigantes*, Washington y Moscú, ecuación de poder internacional sucesora definidamente desde 1947 de la ecuación *Tres Grandes*, que conoció su apogeo en 1945 y empezó a conmovirse en 1946.

Una posición de política internacional, en sí misma, no es una ideología, en ninguno de los diversos sentidos en que la ciencia social maneja este concepto. Sin ser ella ideología, puede ser el resultado de una ideología. Ni siquiera ese es el caso del tercerismo. Aunque detrás de cada tercerista pueda haber una ideología determinante de su posición, el tercerismo como tal, lejos de ser una ideología él mismo, *ha sido el resultado de las más diversas y hasta contrapuestas ideologías*.

¿Resultado de qué índole? Resultado político, pero sólo en el sentido de la estrategia, convertido muchas veces en resultado *diplomático* cuando el tercerismo ha sido ejercitado por un gobierno, como ha sucedido, en forma sistemática u ocasional, de Estocolmo a Belgrado, de París a Nueva Delhi, de Buenos Aires a El Cairo.

Curioso, por decir así, es el comienzo del primer capítulo del libro: *"El tercerismo como ideología, aunque tenga consecuencias desde el punto de vista de la política interna, de las que se hablará más adelante, es esencialmente una posición en política internacional"*. El tercerismo es **esencialmente una posición en política internacional**. Correcto. Pero a juicio del autor, lo es como ideología. Incorrecto. Como ideología lo encara de la primera a la última página. Incorrección permanente.

Claro está que el concepto de ideología no es unívoco. Mezclado al léxico político y social, se halla desde la época en

que los ideólogos de la escuela de Destutt de Tracy —para la cual *Ideología* no significaba otra cosa que ciencia de las ideas, entendidas éstas en su más lato sentido de representación psicológica— anduvieron en resonantes acuerdos y desacuerdos con Napoleón. Con otro sentido y en otro plano, Marx lo incorporó a aquel léxico de modo definitivo, para manejarlo no siempre exactamente con la misma acepción a lo largo de su obra, aunque siempre, sí, en relación expresa o tácita con el papel que en su doctrina desempeña la noción hegeliana de "conciencia falsa". De ahí la entonación peyorativa, más o menos acentuada que le da. Sin esa entonación, el término se expande e impone al margen de la literatura marxista, desde el siglo XIX.

El año 1936 marca en nuestro siglo el comienzo de un intenso ciclo de especulación doctrinaria e histórica en torno al concepto de *Ideología*, en el campo de la sociología política y de la sociología del conocimiento. Lo abrió entonces el ya clásico libro de Mannheim, *Ideología y Utopía*, con algún desenfoco, luego difundido, sobre el exacto uso que Napoleón hacía del término. La literatura sobre el tema se vuelve caudalosa. Alrededor de 1955, aumentando si se quiere en intensidad hasta los mismos días presentes, esa literatura toma un sesgo especial, con motivo de lo que se ha llamado por algunos, confundiendo realidades con deseos, "la declinación de las ideologías". Un valioso análisis de este último tema, así como del más general del concepto de "Ideología", lo constituye el libro de Alberto Ramón Real, *Las ideologías político-sociales. Su pretendida declinación*. Montevideo, 1964, libro que honra a nuestra querida Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, institución editora del mismo y en cuyo seno éste fue producido.

No es del caso entrar aquí en disquisiciones científicas sobre la noción de ideología. El Dr. Real (págs. 22 y 38 y ss.), se inclina por la excelente definición dada por Burdeau en 1959: "*un sistema de ideas o de postulados que se presenta como suficien-*

temente completo para servir de base a la totalidad de las soluciones requeridas por los problemas políticos". Pero aunque se adopte una definición más laxa, bástenos decir que de Marx a Mannheim, y de éste a los novísimos doctrinarios de la CEPAL –teóricos de “las ideologías del desarrollo”– jamás una mera posición en política internacional, en cuanto tal, ha sido concebida como una ideología. Desde los diccionarios corrientes a los especiales de filosofía o de sociología, y de éstos a toda la vasta literatura científica sobre el concepto de ideología, ningún sentido de éste se encontrará que pueda permitir aquella aplicación.

El propio autor del libro al que respondemos, ha reconocido que el tercerismo es *esencialmente* una posición en política internacional, según se ha visto más arriba. A la vez, analizando la composición del tercerismo uruguayo en el campo estudiantil establece las siguientes procedencias: herreristas, como primer aporte, empezando por la “derecha”; blancos y colorados de distintas observancias, socialistas y sin partido, como segundo aporte, constitutivo de lo que llama en conjunto “el grupo independiente” que abarca a su juicio “centro”, “centro-izquierda” y “extrema izquierda”; en fin, anarquistas, como tercer aporte, o según sus propias palabras, “tercer puntal del movimiento tercerista” (págs. 81 a 83).

Basta esa sola enunciación para comprender que el tercerismo está a distancia astronómica de constituir *una ideología*, por más elasticidad, con vistas a un uso personal, que a este concepto quiera dársele. Pero es el mismo autor, con esa bella consecuencia que caracteriza a todo el libro, quien así lo consigna. Léase:

“La esquemática enumeración que antecede indica que el tercerismo es sostenido dentro del movimiento estudiantil por grupos de muy diferente extracción ideológica, cuyo acuerdo se limita al campo internacional y, en cuanto predomi-

nan fuerzas de izquierda en el conglomerado, a un vago reclamo por una transformación social profunda” (pág. 83).

Ese fragmento está incrustado como un aerolito en un libro que de punta a punta enfoca al tercerismo *como una ideología*. Después de tan paladino reconocimiento, ¿será necesario detenerse a calcular la dimensión aproximada del error que constituye el espinazo del trabajo, al que tantos otros errores se adosan?

En tren de preguntar, preguntemos todavía: ¿en ningún momento se le ocurrió al autor pensar que *“ese vago reclamo por una transformación social profunda”* a que se refiere, no es propio del tercerismo en cuanto tal, sino sólo de esas *“fuerzas de izquierda”* que menciona, y que éstas lo sustentan *no por terceristas sino por izquierdistas?*; ¿en ningún momento se le ocurrió pensar que así como hay un *tercerismo de derecha*, según él mismo llama al de los herreristas, hay un *izquierdismo antitercerista*, como es el de los comunistas soviéticos, y que por lo tanto *nada* tiene que ver el tercerismo, *en cuanto tal*, con las ideologías de izquierda o de derecha?

En parte como fruto de la confusión originaria, y en parte como ingrediente inseparable de la misma confusión, incurre el autor en otras que se hace forzoso pormenorizar.

Confunde al tercerismo: a) con neutralismo; b) con anti-imperialismo; c) con grupo; d) con tercera fuerza, tercer bloque o tercer poder; e) con tercer mundo; f) con nacionalismo. Esta última es una confusión, además de lógica, psicológica. Queremos decir que en su caso, además de confundir una cosa por otra, el autor se mueve en pleno estado de confusión interior. Podría decirse que esto es aplicable al conjunto del trabajo, pero se vuelve especialmente notorio cuando se trata de la relación entre las nociones de tercerismo y de nacionalismo.

Veremos a estas confusiones por su orden.

RESPUESTA A UN TERCERO

Marcha, N° 1288, 14 de enero de 1966

Al libro sobre el tercerismo en el Uruguay del Director del Instituto de Ciencias Sociales, dedica Carlos Real de Azúa, en **Epoca**, cuatro notas incomparables (no entre sí).

En las dos primeras se aplica a defender al autor de cargos que le hiciéramos. No sin alguna pereza, respondemos. Respondemos sólo en lo que hemos sido aludidos. Quede constancia de que, una vez más, no ha sido nuestro el honor de la iniciativa.

Si no hemos hecho mal el recuento, en tres puntos hemos sido objetados:

1º - Dice C.R. de A.: "Yo no sé qué criterio de 'ensayo' manejan quienes han negado tal categoría al libro de Solari. Probablemente tendrán que demostrar que Montaigne y Bacon, los fundadores del género, consultaron concienzudamente variados repositorios, realizaron 'investigaciones', descansaron en otra cosa que en su personal cultura y en su observación del mundo y de los hombres".

¿Será necesario aclarar ante los lectores de nuestro semanario, que no es el carácter de *ensayo*, sino todo lo contrario, el de pretendido *estudio objetivo*, basado en *fuentes documentales*, el que hemos negado al libro referido?

Tenemos un alto aprecio por el verdadero ensayo —"noble género" lo hemos llamado— y lo distinguimos perfectamente de la investigación documentada. Como *investigación documentada* ha presentado el autor su libro en el Prefacio y en diversos pasajes de su texto, aunque editorialmente se le llame "ensayo". Si él lo hubiera presentado como ensayo, nada hubiéramos

dicho, aunque como tal perteneciera a esa forma de "impresionismo" —menos gloriosa que la del *Jeu de Paume*— que ha invadido y desnaturalizado en los últimos tiempos, en general, a la llamada ensayística uruguaya de más boga.

Entonces, ¿es que C.R. de A. no entiende o no atiende?

Dice en su Prefacio el autor del libro: "*este estudio se ha debido limitar a las fuentes documentales, sobre todo escritas, pro o contra el tercerismo, y fuera de ellas a ciertas impresiones personales. He tratado de basarme lo menos posible en estas últimas y descargar todo el peso sobre las primeras, para mantenerme en el plano más objetivo posible*". Tal protesta de *objetividad* se repite en el texto, como lo hicimos ver en nuestra nota del número pasado.

Dice por su parte C.R. de A., confirmando nuestro reproche de haber sido las fuentes documentales, *desbordadas ampliamente, abrumadoramente, por las llamadas impresiones personales, por fuerza subjetivas*:

"*Quien dice enfoque ensayístico dice impregnación subjetiva de todos los planteos y este rasgo del género también el libro de Solari lo ratifica con holgura*".

¿Hace ironía a costa del autor del libro, o se burla de sus lectores? No nos debe ninguna explicación a nosotros, que al fin de cuentas somos exigentes sólo en ciertos casos. Pero es posible que deba alguna, al mismo tiempo, al autor del libro y a los lectores de sus notas.

2º - Bajo el subtítulo de *Raíces del Tercerismo*, dice C. R. de A.:

"*Solari abre su libro con un desarrollo somero pero en general acertado sobre los orígenes, crecimiento y crisis del tercerismo. Como en esta cuestión 'de hecho' se le ha cuestionado severamente y como ella representa el punto casi único en que coincido con él, me parece decente fundamentar mi adhesión, adelantándome tal vez a las razones que él mismo pudiera aportar*".

"Hacer partir el tercerismo del año 1947, desvincularlo de toda la historia ideológica del siglo es algo que parece poco razonable. Sostener que alguna cosa no tiene absolutamente ninguna relación con cualquier otra representa una actitud científica que, para usar el término más suave, no resulta prudente. A ello se oponen ciertos caracteres incuestionables de lo histórico y sobre todo el área marginal a una 'historia de hechos': ideas, tendencias, costumbres, actitudes, ideologías. Esos caracteres: continuidad, complejidad, interdependencia, arborescencia casi infinita hacen que a muy pocas de estas modalidades de la vida pueda extenderseles certificados de nacimiento indiscutible. Ni el liberalismo ni el socialismo, ni el nacionalismo ni el liberalismo ni el humanismo tienen un origen preciso" (suponemos errata la repetición de liberalismo).

Por una razón de decencia, C. R. de A. deja fundamentada constancia de que coincide con el Director del Instituto de Ciencias Sociales, en cuanto a las lejanas "raíces del tercerismo".

Por una razón simplemente de docencia, hemos tratado nosotros de aclarar que el tercerismo no apareció, ni pudo aparecer, antes de que el mundo resultara políticamente bipartido en torno a *Dos Gigantes* centros de poder, o sea antes de 1947, sin perjuicio de su insinuación ya en 1946.

Preocupado como se halla por las *Raíces del Tercerismo*, pudo C. R. de A., como profesor de letras que es, detenerse un instante a pensar en su *raíz gramatical*. Y hubiera observado entonces que, mientras los otros *ismos* que menciona, liberalismo, socialismo, nacionalismo, humanismo, tienen por raíces respectivas los términos libertad, sociedad, nación o nacionalidad, hombre o humanidad, tomados todos por su lado axiológico, el tercerismo tiene por raíz los términos *tercer* y *tercera*. Meros adjetivos de orden, en el dominio neutro de la cantidad discontinua, accesorios de determinados sustantivos —camino, actitud, posición, etc.— cuya misma significación recortan y

precisan al darles sentido sólo con referencia a *DOS caminos, actitudes o posiciones*, etc., preexistentes.

Esbozado en 1946, el tercerismo no pudo definirse antes de 1947, del mismo modo, por ejemplo —¿habrá que llevar la docencia hasta el extremo de tener que poner esta clase de ejemplos?— que las divisiones del cristianismo o sus herejías, no pudieron aparecer antes del cristianismo mismo.

Mientras no se haya entendido esto, de tercerismo nada se habrá entendido, dijimos en nuestra primera nota. El triste caso se repite.

3º - Dice C. R. de A.:

"En toda esta primera etapa que no me atrevo a decir que estoy evocando, el tercerismo, aún en barrunto, tuvo que sufrir ataques enconados. Yo no sé bien qué es lo que se considera 'polémicas', ya que se ha negado que ellas existieran".

¿Cuándo y dónde hemos dicho que las polémicas no existieran? ¿Cómo podríamos haber negado su existencia nosotros, que tanto anduvimos enzarzados en ellas?

Nuevamente: ¿es que C. R. de A. no entiende o no atiende?

Lo que hemos negado, como todos los lectores de estas notas, menos C. R. de A., si lo es, lo saben, es lo que se afirma en la primera página del libro impugnado: que "desde hace más de 20 años la cuestión suscita las más ardientes polémicas". Hemos pedido que se indique alguna de esas polémicas de edad superior a los 20 años, sin hacer hincapié ahora en los "antecedentes precisos" que se dan "en la década del 30".

Puesto a indicar viejas polémicas, el episodio más antiguo que menciona C. R. de A. es una declaración antitercerista del Ateneo, de fecha 12 de octubre de 1950! Recién 15 años cumplidos... Le sigue otro que todavía no ha salido de los 14 años de edad:

"Pero es indudable que el tercerismo sufrió ataques violentos desde la primera hora, lo que no dejaría de constituir una firme

muestra de su inicial vitalidad. En *EL SOL* del 8 de mayo de 1951, por ejemplo..."

Los subrayados del pasaje transcrito son nuestros, para marcar cómo el teórico de los lejanos orígenes del tercerismo, habla de su primera hora, y de su inicial vitalidad, con referencia nada menos que a 1951, año posterior en 4 al de 1947, que tanto resiste en otro lugar a admitir como "partida" o "start" del tercerismo, por considerar a éste muy anterior.

Tanto, tanto, que osa endilgarnos el siguiente párrafo:

"Esta tentativa, esta pretensión implica algo más serio que ella misma, sólo al fin ingenua. No me cuento, por cierto, entre los enemigos de la operancia independiente de lo espiritual pero —y en esto creo que Max Scheler realizó la distinción más certera— si hay una forma de lo espiritual en cuya autonomía no creo es la de las 'ideologías'. Y querer dotarlas de tal precisión de nacimiento importa, para comenzar, atenerse sólo —atenerse únicamente— a sus formulaciones explícitas, escritas o verbales, vertebradas, racionalizadas. Únicamente en esta perspectiva es posible darle importancia desmesurada a tal discurso o a tal artículo, a tal vicepresidente o tal columnista de París. Dejo de lado, es claro, el caso incomparable de Marx, pero además de que Marx representa la formulación personal e identificable de esa corriente socialista que a él pre-existía, también es casi seguro que ni Henry Wallace ni Jacques Kayser pudieron ni oponérsele. Y, hablando en general, asume los trazos del más ambiguo 'idealismo' desvincular los orígenes de una ideología de los intereses, las emociones, las actitudes, que la han promovido o, por lo menos, fortalecido".

Después de leer y releer este notable párrafo, buscando y rebuscando la relación entre Scheler, Marx, Wallace y Kayser, a propósito de lo que se llama la *ideología* (sic) del tercerismo, nos hemos puesto a temblar ante la sola idea de tener que contestarlo.

Al temblar, hemos recordado de golpe a nuestro querido y

lejano profesor de Historia Nacional y Americana, doctor Felipe Ferreiro, tercerista que fue, como buen herrerista, y por lo tanto —hay que suponerlo— con vínculos hasta "emocionales" con los anarquistas de su misma *ideología* (el tercerismo). Nos leía una vez en clase, con la sonrisa en los labios, este final de un manifiesto bélico de Cochabamba:

"¡Adelante, cochabambinos! ¡Ante vuestras macanas los enemigos tiemblen!"

Carlos Real de Azúa

EL TERCERISMO: DE LA POSICIÓN A LA DOCTRINA

Epoca, 19 de enero de 1966

Nunca me gustaron las destemplanzas. El que se destempla tiene un trabajo doble: destemplarse y volverse a templar. Tampoco tengo el desprecio fácil: todo me interesa y jamás empleo el rechazo como gesto preliminar. Siempre he sostenido que en libros secundarios y aun mediocres puede haber mucho a considerar y —así— repensándolos, aportar algo a temas que, por mal tratados que puedan parecernos, no son menos decisivos. Hasta diciembre de 1965 creo sin duda haber sido quien haya escrito las notas más largas —y seguramente las más aburridas— sobre algunos de estos libros. Me parece cortés decir que ni Solari, como autor, ni el tercerismo como asunto, son secundarios; que el libro que me (y nos) ocupa en el momento no sea definitivo ni magistral, me importa poco. O nada. En cuanto a los términos terroristas su empleo siempre me ha resultado temerario. En todos los idiomas hay vocablos equivalentes a “macanas”, “macaneo” y “macanear” y sé lo mucho que se han usado. Pero también sé que pocos hombres, entre los que han creado algo en el pensamiento, el arte y la vida (y no han sido

ecos de ecos de ecos) se han librado de que algún dómine se los aplicara. Por siglos, hisopo, palmeta o vara de medir en mano, los Zoilos y los Valbuenas, los dogmáticos, los seguros, los ordenados, los bien lubricados razonables, los han esgrimido con alegre o cejijunto desprejuicio. De la inmensa mayoría ni el nombre ha quedado; sólo alguno que otro para simbolizar rápidamente la clase. Me parece abusivo y hasta retórico recordar que con sus incriminados ocurre lo contrario; el mero lector del “Reader” podría hacer una lista de los fundadores de la cosmología moderna, de los de la física y la biología contemporáneas, de los primitivos pensadores del socialismo, de los pintores impresionistas y cubistas, de los músicos y poetas de los últimos cien años. Que no me incluya yo como candidato en esta trascendental lista de reivindicados, que ni siquiera aspire a ocupar un renglón en alguna futura y escuálida historia de las ideas en el Uruguay es obvio y negligible. Recordar ciertas cautelas no lo es. Y a otra cosa.

Creo que está probado que el libro de Solari es un “ensayo” y, como tal, tiene derecho a seguir el curso de pensamiento y argumentar que sigue. Con el más vehemente deseo de atender y/o entender, desterrado de mí todo “*animus jocandi*”, cálome las gafas, cojo el libro, ábrole en la página 5 y debajo del título, a renglón 3 (de un texto discontinuo) leo: “*ensayo*”. A esta designación global me atuve y hay que atenerse, sobre todo cuando lo que sigue lo confirma tan plenamente. Que Solari sea director de un Instituto de Sociología nada tiene que ver y, si se quisiera emplear el argumento “*ad absurdum*”, es evidente que un sociólogo no declara su amor con citas de Talcott Parsons (aunque conozco alguno capaz de hacerlo). Tampoco me resulta decisivo que Solari alegue empleo de “*fuentes documentales*” y voluntad de “*objetividad*”. Esto no basta para desplazar un enfoque desde el “*ensayo*” hasta la “*ciencia*”, y si bien no niego que pueda existir contradicción, ésta se me aparece como más importante, más reveladora y sobre todo más fértil que cual-

quier reseca y cuidadosa coherencia. Porque cala —aunque esto es asunto largo— en el más dramático conflicto que existe entre la elaboración de un instrumental método de excepcional pulcritud y la contundente realidad de que buena parte de sus logros más inteligentes, más útiles, más cautivantes, no lo emplee sino en forma muy limitada y parcial. Pero lo que en ello se halla implicado me desviaría demasiado del asunto presente.

Pasando a otro tema, me gustaría que alguien me demostrara que las dualizaciones ideológicas del mundo parten de 1947 y, en caso contrario, de que las abstenciones a conscribirse en las que le precedieron nada tuvieron que ver con el tercerismo nato en 1947. Vuelvo a insistir en mi convicción de que todo tiene que ver con todo o, si quisiera hablar pedantescamente, en el principio cósmico de la “menesterosidad”, en la “ley de la heteronomía universal”. Sé de sobra que hay diferencias muy grandes entre el “tercerismo” —forma de llenar, postura, entre casi fantasmal si limitada, curialescamente se lo entiende— y doctrinas tan sustanciales como el nacionalismo, el liberalismo, el socialismo o el humanismo. Pero yo agregaba algo a punto seguido del párrafo que en **Marcha** se transcribe. El párrafo entero era así: “Ni el liberalismo, ni el socialismo, ni el nacionalismo ni el humanismo tienen un origen preciso: fijado un punto de partida, siempre se puede ir tras él, hasta llegar a Adán o al antropoide. Yo no digo que el ‘tercerismo’ sea una corriente tan trascendental como las que recién enumeré pero, de cualquier manera, posee algo en común con ellas; es de naturaleza ‘ideológica’, por más que pueda pensarse que es sólo el esbozo, o el torso, o la seña de una ideología.” Y agregó ahora: no es un recurso polémico demasiado bien visto mutilar las transcripciones para tener razón contra viento y marea. Chicana típica de viejos letrados no nos fue enseñada por cierto en nuestra querida Facultad de Derecho.

Que este esbozo ideológico que el tercerismo ya representaba provocó polémicas en el Uruguay durante las últimas dos

décadas, también está demostrado. Me acuso, eso sí, de haber envejecido mis ejemplos: los dos que traje a colación son apenas dos niñas bonitas; tienen la modesta edad de quince años. Si mañana digo que algo ocurrió en el último cuarto de siglo tendré mucho cuidado de verificar si ya estaba sucediendo en enero de 1941.

Y establecido todo esto, entremos en lo importante.

Supongamos por cautela metódica que el tercerismo haya sido o sea todavía una mera postura, una posición, una actitud. Cuando una actitud se adopta y esa actitud, como en el caso presente, no sólo es difícil sino que importa riesgos y opciones eventualmente onerosas, parece de buen sentido pensar que ella se adopta en nombre de algo. Suponer lo contrario es trasladar la teoría del “acto gratuito”, preconizada por André Gide en sus novelas, al ámbito, tanto más dramático, de las pujas políticas e históricas.

Ese “algo”, en nombre del cual se adopta una actitud, puede ser, ciertamente muy diverso. Ideas e ideales, pasiones, principios, intereses, admiten representarlo, aunque observaré que sean de la índole que fueren siempre tenderán a racionalizarse, a condenarse en fórmulas y lemas a conceptualizarse, a poseer valor declarativo. Simple y esquemático o complejo y ambicioso involucrará, infaliblemente, una respuesta a las cuestiones más candentes, más urgentes que el orden político-social plantea. Y para disipar equívocos y soslayar discusiones ociosas, digamos, si se objeta la palabra “ideología” (perfectamente válida y defendible por otra parte), que el término “doctrina” es igualmente idóneo.

El tercerismo si no es plenamente no implica menos una doctrina. Se dice que como posición fue preconizado desde muy distintas perspectivas ideológicas y ello es enteramente cierto. Que hay un tercerismo anarquista es indudable, por más que si atendemos a la realidad uruguaya algunos destacados

anarquistas se hayan pasado con armas y bagajes a la segunda (o primera) posición. Que hay un tercerismo de la izquierda occidental ajena a la disciplina comunista, tampoco es discutible. Que los movimientos antiimperialistas de América Latina, África y Asia promovieron poderosamente la actitud tercerista, no es fácil de refutar. Que hubo un tercerismo de matiz conservador y aun reaccionario posterior a la segunda guerra mundial representa un fenómeno muy fácilmente explicable. Alguna vez lo llamé tercerismo del *"ahí te pudras"* y fue preconizado por quienes habían apoyado la causa del Eje nazi-fascista en sus proyecciones mundiales. Dualizando el mundo entre EEUU y la URSS tras la derrota de su bando, se lavó rencorosamente las manos y convocó las iras del cielo tanto sobre Stalin y su pueblo como sobre el *"juicio Roosevelt"* y el suyo, que le habrían servido al primero el festín de la victoria.

Me saca de esto, que es ya casi mera anécdota recordar que estos *"terceristas de derecha"* son hoy, en su gran mayoría, fervorosos proyanquis (un traslado ideológico que especialmente en la Argentina es muy visible). De la minoría que siguió otro camino, habrá también mucho que hablar y del caso de Brasil se desprendería una conclusión menos penosa.

Vuelvo a repetir: perspectivas ideológicas muy distintas, perfectamente deslindadas parecen haber contribuido al primer tercerismo. Pero ni aun ahora el tema puede dejarse en este estado. Porque por muy distintas que fueren, existen entre las ideas y las posturas de los hombres más *"vínculos sutiles"* de los que las mentes esquemáticas suelen admitirlo. Sobre algunos de estos vínculos que se urden sobre las aparentes distancias ideológicas habrá que explayarse un poco. Tal es el caso del nacionalismo que, por más diversamente entendido que haya sido, constituye el común denominador de varias actitudes. Pienso también en otros menos evidentes y que por muy variablemente que también se interpreten aproximan —no horrorizarse— las perspectivas anarquista y conservadora. La

inclinación por la pluralidad, o la diversidad, frente a la homogeneidad social que las dos superpotencias parecen representar. O el grupo por una sociedad *"a la medida humana"* contra todo gigantismo, ya sea éste monopólico o estatal, burocrático o *"corporativo"*

Las anteriores reflexiones me llevan a lo que pudiera llamar algo presuntuosamente mi tesis. Una tesis que, para mayor claridad (aunque profese muy poca simpatía por tal presentación) voy a enunciar por medio de ordinales:

1º: El tercerismo comenzó siendo una *"posición"*.

2º: Esta posición se adoptó inicialmente en nombre de ciertos *"valores"*, *"principios"* políticos o *"doctrinas"*, que pudieron ser diversos aunque no carecían de algunos —tenues y rastreables— comunes denominadores.

3º: El curso de la historia durante las últimas dos décadas ha sido condensado tras la posición tercerista una verdadera postulación doctrinal. Una *"ideología"* (¿por qué no?) que recibe tanto sus inflexiones de los aportes intelectuales de Occidente como de la reflexión y esclarecimiento teóricos (por aquí anda la tan abusada *"praxis"*) que proporciona la lucha por la liberación que libran las naciones del Tercer Mundo.

4º: Esta marcha de la *"posición"* hacia la univocidad de una doctrina que la explícita y afirma implica —correlativamente— la expelencia de ciertos matices o direcciones ideológicas que la respaldaron en su primera hora.

5º: Tal cambio conlleva también la creciente ineptitud del término *"tercerismo"* para designar lo que se halla en curso de promoción. Es una palabra que carece de aura emocional y hasta de sustancia; es un rótulo que funciona infelizmente subordinado a la existencia de otras entidades —y dos— previas a él. Aun si en el mundo, lo que es difícil de demostrar, no existieran más que esos otros dos contendientes parece urgente

superar este término que lo mediatiza a sus pujas. La designación que lo reemplace no está todavía alta en el horizonte pero la historia nunca se ha detenido por la falta de un vocablo.

6º: Por todo lo anterior, quien intente lo que –usando una expresión de Alfonso Reyes– cabría llamar una “*fenomenología del ente fluido*”, debe renunciar a toda seguridad dogmática sobre lo que el tercerismo sea o deje de ser. En primer término, por su extrema sensibilidad a las variantes de la situación mundial y, en especial, a las tensiones interimperialistas. En segundo lugar, por la gran heterogeneidad de los aportes que integra, por la multiplicidad de planos en que puede darse, por la peculiaridad de actitudes que puede promover. En último término, lo único que se puede enunciar con seguridad es qué clase de tercerismo rechazamos o qué clase de tercerismo prohibamos. Sospecho que Solari se dedicó bastante a la primera tarea y yo me estoy afanando en la segunda.

Aunque todo esto –el cuento es largo– exige aclaraciones. Para reanudar el hilo del que me separó este pequeño interludio polémico, completaré –si *Epoca* me soporta– las observaciones al planteo solariano del antiimperialismo. Reflexionar sobre sus afirmaciones algo sibilinas en torno al nacionalismo viene después. Y enseguida, antes de meternos más adentro, intentar lo que ya es insoslayable: una tipificación y/o clasificación de los distintos “*tercerismos*”.

Esta es la quinta de una serie de notas sobre el libro de Solari: **El Tercerismo en el Uruguay** (Alfa, 1965).

Carlos Real de Azúa

DE NUEVO EL ANTIIMPERIALISMO

Epoca, 21 de enero de 1966

Cortado el curso de estas ya largas reflexiones por un interludio polémico, son ahora las opiniones de Solari sobre imperialismo y antiimperialismo las que me interesa cuestionar. Estoy seguro que él mismo sabe que son razones de supremo interés (y que no hay otras) las que en este punto me hacen ser tan minucioso.

No creo que sea difícil concordar con Solari en torno al hecho de que muchas formas de lucha y concepción antiimperialistas sean “*vagas y abstractas*”. Toda ideología tiende a cuajar en estereotipos y los estereotipos irremediablemente lo son. Es con la realidad moviente con la que hay que estar contrastando, afrontando toda ideología para que esto no ocurra. Y si esa ideología o esa doctrina que el antiimperialismo es, se ha nutrido de tan variadas atracciones y no dinamiza entre nosotros ninguna política concreta (en grado apreciable, decisivo) es lógico entonces que se halle más expuesta que otras a tales peligros.

Alguna vez habrá que hablar de las “*enfermedades infantiles*” del antiimperialismo y es lástima que Solari no haya aprovechado la ocasión para hacerlo. Cuando —hace ya tiempo— intenté por mi parte un esbozo de ellas, anotaba, por ejemplo, la de confundir con imperialismo todo “*contacto de culturas*”, aunque éstas sean de vigor parejo. Registraba también algo mucho más importante y que es la inflexión moralista, voluntarista, subjetivista con que el imperialismo se concibe. Pues no parece necesaria para actuar con plena lucidez y cabal empuje en la lucha por la liberación suponer que el “*status*” imperialista sea el resultado de un designio que, desde las metrópolis mediatizadoras, portaría los rasgos de ser invariablemente doloso (respecto a las áreas dominadas), continuo (sobre políticas y generaciones), corporativo (encarnado en ciertas instituciones militares, diplomáticas o económicas). Y de la misma manera —o en forma parecida— habría que matizar el fenómeno no menos evidente del “*cipayismo*”, en todo lo que él apunta a una eventual coherencia, persistencia e infalible actitud antinacional de las burguesías intermediarias entre las que el “*cipayismo*”, esencialmente, se recluta. Aclaro ahora, por si fuera necesario, que estoy objetando la inevitabilidad y aun la magnificación de estos aspectos y de ninguna manera su existencia. También habría que referirse (y a los efectos cierro aquí la cuenta) al “*frontalismo*” y a la unilateralidad de visión de ciertos antiimperialismos, dos rasgos aparentemente antitéticos pero que suelen ofrecerse aunados. El primero ha tenido proclividad a olvidar la posibilidad de maniobra que a los países pequeños las rivalidades interimperialistas ofrecen, dado, como es objetivamente comprobable, el tenaz, remanente carácter nacional de alguna de sus fases. Este frontalismo es también un abstractismo: lucha contra una enorme y opresiva mayúscula sin perjuicio de obsederse con un avatar determinado de ella. Y si hoy el imperialismo monopolista tiene un solo gran centro y todo lo demás es sucursal, ¿ocurrió esto acaso en

el pasado? Sin embargo, quien frecuenta enfoques tradicionales del antiimperialismo uruguayo podría creer que Inglaterra sólo fue —como decía Rodó— “*nuestra ilustre madrina de óleos*”. Quien esté, en cambio, familiarizado con la literatura histórico-económica que parte del gran Scalabrini Ortiz y del grupo de **Forja**, será llevado, casi obsesivamente, a ver una presencia británica, sin contrapesos, en todas nuestras cosas.

Tampoco —y ya estamos lejos de cualquier patología— está agotado un debate. Es el debate ideológico y táctico respecto a las líneas dominantes del diagnóstico y pronóstico del imperialismo en nuestro días. Sabido es lo que ambos le deben al libro capital de Lenin, pero en toda la presente etapa neo-colonialista se han ido desplegando fenómenos que no pudieron ser previstos —o que simplemente no lo fueron— en el planteo de 1914. El decrecimiento inexorable de la tasa media de ganancia, y la relación política —negocios, la ambigüedad de las nociones de “*interés*” y de “*poder*”—, la creciente explosividad de las pugnas interimperialistas, las fabulosas exigencias de capitalización que el automatismo reclama, la insurgencia de una opinión pública mundial, la autonomización de criterios políticos y globales, no congregan un cuestionario fácil de dilucidar y aunque en esto conozco el riesgo de lo que afirmo, sospecho que la noción de su existencia es uno de los supuestos tácitos y no ventilables de la controversia sino-soviética.

Que hay estereotipos, entonces, es evidente. Pero ¿resulta justo insistir tanto en ellos cuando ellos son patrimonio de un sector menos amplio de lo merecido y chocan con una propaganda frontal, facilona y simplista de negación?

UN RESBALADIZO TERRENO

Tras esto, es todavía más fácil estar de acuerdo con Solari que, cuando no se vigila o cabalmente se lo propone, puede ser tan vago e impreciso como él acusa a nuestro antiimperialismo nacional de serlo.

Empleando signos interrogativos establece el autor opciones. Ellas son:

- a) que el imperialismo no juega el papel que le atribuye la ideología tercerista;
- b) que juega un papel diferente al que ésta le atribuye;
- c) que el papel es correctamente percibido pero la respuesta es poco realista.

Me parece, con todo, que del contexto que a estas afirmaciones rodea, Solari piensa que el imperialismo juega otro papel que el que le atribuye la ideología tercerista y que la respuesta que se le da es poco realista por partida doble.

Veamos algunas de estas razones. La primera es que *"No da una respuesta suficientemente clara y unívoca a los problemas del mundo actual"* (p. 117). Extraño, ante todo, es ver a un cauteloso sociólogo, indudablemente proclive a desechar y desechar tales respuestas, reclamarlas en esta instancia. Y si es cierto que el *"antiimperialismo"* como tal tiene el peligro de negatividad implícito en todos los *"anti"*, aun así, aun con distintos equipos ideológicos (marxismo, nacionalismo, jacobinismo, como Sartre lo analizó en el caso de Lumumba en su memorable prólogo), aun así, repito, muchos movimientos han encontrado su primaria pero eficaz justificación doctrinal. Por otra parte, si el imperialismo es una realidad, el antiimperialismo, si ha de ser la respuesta plenamente idónea a su desafío, no puede no tener en cuenta todos sus elementos. En una nota anterior decía yo mismo (sólo quiero reafirmarme) que *"las primeras formulaciones ideológicas que desde los países dominados buscaron cohesionar la lucha por la liberación, poco más tuvieron que hacer que visualizar el abanico de antítesis que a la acción de sojuzgamiento debía oponerse"*.

Larga podría ser ahora mi demostración pero cabe abreviarla con unos pocos y meros ingrediente de todos los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Y si mencionamos, por ejemplo, el factor de dinamización, unificación y relación polí-

tica entre el pueblo y el Estado que los partidos únicos implican, o la integración nacional de regiones y sectores sociales, o el restablecimiento de la comunicación creadora con las tradiciones nacionales y populares, ¿que otra cosa son que antítesis a ciertas realidades del sojuzgamiento? A la división política el primero, que deshace y paraliza el querer nacional. Al fomento la segunda —cumplido con mano tan maestra en la India o en el Brasil— de todos los divisionismos geográficos y sociales (un arte británico por excelencia). Al cosmopolitismo de las burguesías gerentes, el tercero y sólo aquí último.

La segunda razón es que el imperialismo en el Uruguay (que no es América Central) es *"mucho menos perceptible que en otros países latinoamericanos"* y no ha sufrido como ellos *"de sus peores consecuencias"* (págs. 55 y 117). Estas aseveraciones podrían dar mucho jugo; y para volver a citarme por mera comodidad, recordaré lo que en un librito sobre el Batllismo decía; esto es, que el Uruguay, sin minas ni agricultura de plantación, conoció un *"quantum"* de explotación extranjera infinitamente menor que el que conocieron otras naciones americanas. También que fue más que nada un puesto de observación entre los dos colosos y que la misma monoactividad agropecuaria resultó entre nosotros el fruto de una conjunción de factores mucho más espontáneos de lo que podría decirse de todos los monocultivos que en el mundo han sido. Agregaba también que este cuadro de circunstancias fue mejorado aun por la acción de Batlle, al recuperar para el patrimonio nacional muchos servicios públicos e instaurar otros.

Todo eso es cierto. Pero, a los efectos de nuestra pequeñez y nuestra actual insuficiencia, ¿no constituimos acaso el fruto de una *"balcanización"* que Inglaterra promovió e impuso por su esencial y exclusiva conveniencia? Y la vulnerabilidad económica del país en el siglo pasado, su atroz mendicidad, ¿era ajena acaso a los brutales sacudimientos europeos del capitalismo competitivo? Y el síndrome ideológico y social de lo que se llamó

nuestra "edad fenicia", ¿significa acaso otra cosa que la triunfal instauración de una burguesía "gerente" o "intermediaria"? Y las ideologías que nos distrajeron y dividieron, ¿cayeron acaso del cielo? ¿Vino del mismo sitio la trustificación frigorífica a la que intentó responder la creación del Nacional? Y ya en nuestros días, el lavado democrático de cerebros de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas, ¿quién lo ha promovido, quién lo fomenta, quién lo paga? ¿Y la concentración semi-monopólica de los canales de exportación? ¿Y el deterioro de la "relación de intercambio"? ¿Y la creciente dependencia a la banca extranjera? ¿Y la provisión internacional de noticias y la unificación casi sin fisuras de ellas y de la propaganda toda en aquellos asuntos que al imperialismo tocan? ¿Y la alineación ortopédica que la OEA representa y cumple, paso a paso?

Que todos los rubros de esta lista —pasados, presentes y futuros— han contado con nuestras globales proclividades o con inclinaciones e intereses de la clase dominante no admite duda. Pero aun si eso valiera como resta, ¿es corta la cuenta?

¿HAY ALGO AJENO?

El último argumento de Solari es menos replicable con "hechos". Se imbrica, de alguna manera, con las ya registradas insinuaciones de vaguedad, abstractismo y escaso realismo de respuesta. Consiste en sostener que el antiimperialismo, tal como uruguayamente se concibe, desempeña una "función conservadora", "escapista", puesto que todo lo hace depender de "la supresión previa de la gran peste", postergando así el enfrentamiento de "muchísimos problemas que nada tienen que ver con el imperialismo y que valdría la pena resolver" (páginas 72-73).

Todo es cuestión de palabras, se alegrará. Pero si el imperialismo se concibe en su sentido más amplio y si aun se recuerda que la misma subsistencia de todas las clases dominantes de

Occidente está condicionada a la fuerza y la presencia de su centro, ¿hay algo que no tenga que ver, entonces, con el imperialismo?

Ante el cuadro nacional más calamitoso y más deteriorado que pueda imaginarse, ante un cuadro como el de Uruguay, por ejemplo, es obvio que siempre hay un margen mejorable dentro de él. Me resulta de buen sentido aceptar que si en nuestro país se dieran en forma infinitamente más cuantiosa de lo que efectivamente se dan los ingredientes del desinterés, la eficacia, la sobriedad, el trabajo, la cooperación, la buena voluntad y el entusiasmo creador, el país se hallaría infinitamente mejor de lo que se encuentra. No es fácil replicar —puesto que se conoce su parcial verdad y a condición de que se las crea sinceras— a prédicas de este tipo. Supongo, por caso, que es lo que ha dado prestigio en círculos bastante amplios a la gestión del Consejero Gral. Gestido. Sé también lo que implica una negación radical de tales posturas y que es, entre otras cosas, enajenarse muchas voluntades tan buenas como cándidas. Y también consentir en que todo empeore sin ver llegar ese último extremo dialéctico en que el máximo mal se transformará en el irrumpiendo y promisorio bien. Y asimismo destruir "reflejos", terminar la aniquilación de formalidades y disciplinas sociales que algún día se necesitarán como el aire y como el agua.

Pero, más allá de esto y supuesta la presencia de esas calidades referidas, supuesta la "voluntad de mejorar": ¿hasta dónde en cuadros sociales como el nuestro, las cosas son mejorables y desde dónde encuentran su infranqueable tope? ¿Hasta dónde afincarse en ese margen mejorable representa olvidar lo esencial y circunscribirse a lo adjetivo? ¿Hasta dónde es posible tomar con ingenuidad el extremo de cualquiera de los hilos de la tela que nos ahoga sin que toda ella empiece a deshacérsenos entre las manos? ¿Y qué harán entonces con la tela y con sus remendones los mismos que invocaban la urgencia y la santidad de la tarea?

Basta de interrogaciones. Pero es visible que ellas llevan al tema de la democracia y al tema de la revolución.

Esta es la sexta de una serie de notas sobre **El Tercerismo en el Uruguay** de Aldo E. Solari (Alfa, 1965).

Carlos Real de Azúa

TERCERISMO Y NACIONALISMO

Epoca, 22 de enero de 1966

No hacer confusiones.

Hablando de las vías eventuales de transformación, terminaba mi nota anterior con la referencia a la democracia y a la revolución. Pero resulta razonable una reflexión preliminar sobre el cuadro —nacional, supranacional o internacional— en que ellas jueguen o jugarán. Sobre el cuadro y sobre las ideologías que, clásica o modernamente, de él se han formulado.

Tratar en el Uruguay de las relaciones entre tercerismo y nacionalismo implica afrontar preliminarmente la distorsión que resulta de la existencia de un partido histórico —o “tradicional”— que así se denomina. Para mucho daría el análisis de en qué sentido y hasta dónde el partido blanco —como más habitualmente solió llamársele— ha sido “nacionalista” y —sobre todo— hasta dónde sigue siéndolo; hasta dónde el rótulo de “nacional” que la reorganización de 1872 prohió, entendió comprometerse políticamente con el objetivo que de él se derivaba y cuál era la significación de éste en ese aquí y en ese entonces.

Pues acontece que las mejores credenciales de ese partido a ser cabalmente "*nacionalista*" (1838-1853; 1858-1865) son anteriores a tal designación y tal vez la semioscuridad en que estos dos cuatrienios de dominio las han dejado no sean un mero resultado de la torpeza o de la mala conciencia. Hace poco más de un año, y en una nota que muchas iras me concitó, repasaba en **Marcha** el sentido actual de la defensa y la caída de Paysandú, último tornillo de la bruñida máquina de nuestra independencia nacional, según ciertos facilones, y piedra fundamental de nuestra condición de semicolonias, según mi modesta opinión. No tuve entonces posibilidad de decir que bajo un gobierno "*nacionalista*" y con su política cultural orientada por su más eminente historiógrafo, los uruguayos de 1965 hemos tenido que ver en nuestras cartas la efigie de Benito Nardone pero no hemos podido hacerlo con la de Leandro Gómez. Tampoco —no seamos injustos— tuve posibilidad de marcar una conducta internacional que en algunas circunstancias, como en la de Santo Domingo, fue menos vituperable de lo que era de esperar (por más que rebaje la marca que tal postura representa que quien mejor, más briosamente, la asumió haya sido desplazado en castigo para reemplazarse por dos inocuos y sonoros).

Por tantas y otras razones el término, entonces, de nacionalismo, debe ser enfocado en su significación corriente más allá de nuestras fronteras y hacerse la advertencia —como en ciertas películas— que cualquier semejanza que se sorprenda entre esa significación y la que aquí se estila es obra de la pura casualidad.

UNO O DOS NACIONALISMOS

Creo que en este tema el mayor reproche que puede hacersele a Solari es el empleo genérico, global, abstracto que del vocablo "*nacionalismo*" realiza (p. 43). No distinguir especies dentro del

género importa en esto exponerse a no entender absolutamente nada, sin que esto quiera decir que el término no posea en sí alguna firme aunque esquemática significación. El nacionalismo es, ciertamente, la expresión política, económica, militar y cultural de un impulso de posesividad, de la autoafirmación de una colectividad que ha alcanzado la forma "*nación*" o aspira a hacerlo. Se nutre y beneficia con ese inmemorial apego y devoción al marco físico y humano en que nos movemos llamado "*patriotismo*". Como noción no tiene nada de exhaustiva y menos de perfecta pero, a los efectos, sirve.

Sin embargo, de "*autoafirmación*" o de "*posesividad*" hablemos. ¿Es posible confundir el nacionalismo inglés y el egipcio? ¿El francés y el argelino? ¿El estadounidense y el panameño? No soy el inventor de la teoría de los "*dos nacionalismos*" ni creo que la posible distinción entre ambos se agote en la de ser uno "*ofensivo*" y el otro "*defensivo*". Empero, si el inglés, el francés y el yanqui tomamos, no es difícil tipificar un nacionalismo de naciones rectoras y altamente desarrolladas, que se ha expedido en la persistente expansión económica, militar y cultural y estuvo y está imbricado a través del imperialismo con las fases industriales y financieras del capitalismo. Y si lo hacemos con el egipcio, el panameño y el argelino nos encontraremos con nacionalismos que se nutren en la ferviente actitud reactiva contra esa condición común de esquileo, humillación y mediatización a que las potencias dominantes los sometieron. Aspiración, en suma, a insurgir y esencialmente pasiva. Un reivindicar el derecho a ser sujetos —que no objetos— de la historia, a ser mirada que se fije sobre los otros, voluntad que quiera entre otras, conciencia independiente a órdenes y seducciones, señorío de todos los bienes que, en su órbita le dio a cada comunidad el trabajo de sus propios hijos o los dones espontáneos de la tierra.

Muchos puntos obran en la agenda de cualquiera de estos nacionalismos: el desarrollo integral, la conquista de la soberanía

nía económica, una planificación de tipo socialista capaz de elevar armónicamente todos los sectores sociales que porten signo positivo, la recuperación del patrimonio cultural, el orgullo y la esperanza recobrados no tanto en —y desde— lo que colectivamente se es como sobre lo que es posible —superados los complejos de inferioridad, de decadencia— llegar a ser.

Y como la noción misma de “nación” es una personificación, una hipóstasis, una noción instrumental, digamos que en ambos tipos de nacionalismo difiere muchísimo la sustancia que hincha, da cuerpo al concepto o a la figura. En el nacionalismo orgulloso y osado de las naciones dominantes la identificación del interés nacional con el de las clases dominantes (sectores feudal-señoriales, burgueses-comerciales, industriales, bancarios y militares) es el fenómeno regular y tal vez sin otras excepciones que el alegado fenómeno del “soborno” de los sectores superiores de la clase obrera. En el nacionalismo defensivo y reactivo de los países dominados la identificación del “interés nacional” ya no se realiza con los precedentes sectores —o con los que simétricamente pudieran equivalerles— sino con el resto de la población. Es decir: con la inmensa mayoría relegada del paisanaje, las clases obreras, los sectores intelectuales, los niveles técnicos y empresariales bajos y medianos. Esto quiere decir —aunque algún irónico pueda oler en esto la ingenuidad y el esquema— que en este tipo de nacionalismo defensivo —descartadas las clases que el desarrollo social dictamina como nocivas— la “nación”, hipóstasis y todo, se identifica cabalmente con la colectividad entera.

Las diferencias podrían seguirse extremando pero las hechas son suficientes. Sólo es necesario apuntar que el nacionalismo de las naciones dominantes ha encontrado su destino natural, su “superación” en el “cosmopolitismo” como modalidad cultural, los “mercados comunes” y la coordinación monopólica en radio mundial, los comandos supranacionales

para la defensa y la agresión y el rechazo de la no-intervención y las autonomías nacionales como doctrina jurídica. ⁽¹⁾

¿Qué ha ocurrido a su vez con este nacionalismo de los “humillados y ofendidos” pueblos pobres? Han comenzado moviéndose en la primer área coherente en que la urgencia de la liberación despuntó, esto es, en la nación misma. Pero muy pronto —y es una historia que cubre las últimas dos décadas— la conciencia de vínculos histórico-culturales de fuerza particular —y es el caso de las naciones árabes— o la exigencia mucho más amplia de coordinar esfuerzos (imponiendo al imperialismo la dispersión de sus custodias) trascendió ampliamente el mero marco nacional. Esa superación no es, claro, separable de una conciencia, más afinada y menos interesada, de la solidaridad y fraternidad de esta lucha, forma concreta, militante, creadora, “intra-nacionalista” al fin, de los dogmas genéricos de humanitarismo abstracto y de internacionalismo que de la izquierda les venían. Tal ascenso de planos —que es posible registrar desde Bandung hasta La Habana— no se produjo, como es claro, sin fricciones y no dejará de conocerlas en el futuro, ya universalizado como hoy lo está. No se pasó tampoco sin traumas de la “gens” a la ciudad, de la ciudad a la región y de la región a la nación.

CONFUSIONES DE UNA IDENTIFICACIÓN

Que Solari no haya atendido a este clivaje tan evidente que en el seno mismo del “nacionalismo” se produce, explica casi todas las objeciones que a su planteo cabe hacerle. Su reflexión, por ejemplo, sobre los elementos “antiterceristas” del nacionalismo (págs. 46-47) o su recuerdo (p. 40) que para “la generación

(1) No incluyo en esto, claro está, la «intervención multilateral» americana, resultado de la imposición hegemónica de un solo centro y de la aquiescencia más o menos forzada de un cortejo de estados vasallos.

progresista de más de 40 años nacionalismo fue sinónimo de fascismo”.

Sin embargo, algún punto merece ciertas precisiones. Más de una vez me referí a la alienación, ajenidad o inautenticidad ideológicas como uno de los síntomas más seguros de la condición colonial. Solari enumera entre los rasgos presuntamente “*antiterceristas*” del nacionalismo el de utilizar “*cualquier ideología con tal de cohonestar el interés nacional*” (p. 47). Vale empero la pena repasar hasta dónde llega esta latitud en los nacionalismos clásicos y en los marginales. En los primeros, para todo el siglo XIX y el XX, la expansión se cohonestó desde un espectro ideológico relativamente reducido: nacionalismo histórico, romántico, de raíz vitalista, racismo larvado o pleno, liberalismo conservador, capitalismo liberal y libre empresa. Está, es claro, la alternativa entre proteccionismo y libre cambio y también —¿cómo olvidarlo?— el paso de la democracia burguesa al fascismo y de él a un neoliberalismo penosamente maquillado. Cierto que las lúcidas clases dirigentes de Occidente no se han movido nunca por reflejos ideológicos pero sus elecciones no son tan azarosas como Solari parece inferirlo y, sobre todo, no están dictadas por el mero impulso de la expansión nacional. Y aun esta interpretación se podría robustecer si se atendiese que la más neta postulación de la tan mentada “*crisis*” o “*crepúsculo de las ideologías*” ha sido realizada en Occidente por la Francia de De Gaulle, siendo por ello justo no ver en ella la cohonestación —ahora sí— de una fractura en el frente imperialista y el signo de una mejor sensibilidad a las realidades que surgen en el mundo. En los nacionalismos del área marginal cabe menos aun incriminar el empleo de cualquier ideología sino el escepticismo, el descreimiento general en las recibidas y el esfuerzo por alcanzar una que esté funcionalmente ajustada a los propuestos fines de la liberación. Llegar a una doctrina que nutra la creación de formas de organización económica y social coherentes

con el ser histórico y las necesidades presentes de cada colectividad que surge.

LAS TÁCTICAS DEL NACIONALISMO DE LOS POBRES

Ociosa —bizantina— me resultaba la discusión de si las tácticas que estos nacionalismos marginales han empleado provienen de ellos mismos o son fases del “*tercerismo*” en cuya órbita pudiera situarse.

Dejando tal debate de lado, recordemos que la más notoria ha sido el “*neutralismo*”, un neutralismo concebido no sólo como abstención a conscribirse sino como resta —y resta activa— al poder destructivo potencial de los bloques. Que tal postura no puede ser la única y sobre todo no ser la justa lo hicieron evidente dos agresiones de los últimos años: el ataque a Egipto a raíz del conflicto de Suez y la frustrada invasión de Cuba. Golpeadas en su carne cualquiera de las colectividades del Tercer Mundo toda abstención se hace culpable, y si el alineamiento que entonces se produzca robustece a una de las superpotencias mundiales, ello no será resultado de una elección preconcebida sino el resultado mismo, ineluctable, de la dinámica histórica.

Distinto (aunque este distingo esté abierto a discusión) me parece el gesto de la adhesión o el respaldo temporal a uno de los bloques mundiales cuando de ese gesto deriven ventajas sustanciales y no derive de él —hasta el punto de la derrota de uno de sus términos— el desequilibrio del balance mundial de poder. En caso contrario, sería inevitable la reflexión que la misma viabilidad de cualquier tercerismo, por modesta que fuese su voluntad de autonomía, chocaría con la aplastante hegemonía de un nítido vencedor. Todo esto constituye, en suma, el famoso “*bargaining power*”, la política de báscula, que tan fría cabeza exige, tantas reservas y hasta tanta “*mala fe*”, según Servando Cuadro lo reclamaba a menudo, recordando la

frase de un político autóctono. Algo también tiene que ver con esto lo que Solari condensa –con intención irónica– a cierta altura de su libro: “*Para mantenerse en el poder se hace indispensable, por un lado, atribuir a potencias extrañas algunas de las dificultades del país, por otro conseguir el apoyo extranjero para financiar el desarrollo*” (págs. 114-115).

Todo lo precedente me parece el correcto encuadre lógico de un no muy claro párrafo de Solari: “*el tercerismo gira alrededor de muy variados temas, como se verá más adelante; pero el neutralismo y el nacionalismo son dos referencias –que aunque no siempre van unidas, aunque no siempre son consideradas como principales ambas, aunque algunas veces son vistas incluso como contradictorias, aunque esto sea muy excepcional– fundamentales alrededor de las cuales giran las diferentes concepciones del tercerismo*” (pág. 17).

También con lo anterior me parece que se contesta otra interrogación de Solari: la de si el nacionalismo conduce necesariamente al tercerismo, y su respuesta negativa vinculándose a su aseveración de que es perfectamente concebible un nacionalismo solidarizado con la primera o segunda posiciones (o bloques).

Hay que afirmar, primero y con todo énfasis, que desde la situación de las naciones marginales del Tercer Mundo no hay ningún nacionalismo del tipo que auténticamente las interprete que pueda sentir ni haya sentido jamás una solidaridad íntima, permanente, no negociada con los Estados Unidos. Y esta imposibilidad es claramente correlativa a la conciencia que tienen sus clases dirigentes, de que su poder poco duraría sin el respaldo lejano o cercano del poderoso Tío Sam. Que esas clases dirigentes invoquen el “*peligro foráneo*” y “*la tradición nacional*” contra las fuerzas que las amenazan, es también obvio; pero esa tradición y sus patrimonios poco significan (salvo ciertos reflejos que no son de despreciar) cuando lo foráneo son los Estados Unidos y las acuciosas circunstancias obligan a

marcar el paso. Por eso no resulta exacto decir que el nacionalismo conduce al tercerismo siempre que “*el tipo de nacionalismo incluya ya, aunque sea implícitamente, al tercerismo*”. Más justo es afirmar que el nacionalismo conduce al tercerismo cuando el nacionalismo es el auténtico, el idóneo, el que corresponde a los países en los que las ideologías de matiz tercerista tienen su ámbito natural. Que Solari exprese lo citado revela que está pensando en un tercerismo que ya no es viable y no visualiza y que lo es o está pudiendo serlo.

Otra alternativa Solari propone: la de nacionalismos que identifiquen sus intereses con el bloque socialista. Mucho más digna de consideración, lo digo desde ya. Pero tampoco ella es muy fácil. En primer término, porque si recordamos la dualidad que el término –en el uso de Solari– conlleva, los nacionalismos conservadores, de tipo burgués, mal pueden apoyarse, sin voluntad de suicidio, en él. Y los otros, los de carácter popular (habría casos límites con los anteriores en ciertas naciones de Africa y Asia: Transjordania, Marruecos, Abisinia, Túnez) siguen en general la política de báscula o de identificación parcial, temporal, funcional que parecería ser la pauta dominante de un tercerismo formalizado. Y si de nacionalismos se habla dentro del mismo bloque socialista, el trayecto parecería ser el inverso al hasta ahora contemplado. Esto es: se trataría de naciones –y tal es el caso, pese a todas las distancias, de Yugoslavia, China, Polonia, Rumania– que desde una identificación absoluta o casi absoluta con la potencia rectora han llegado al ánimo de que la comunidad ideológica no lo es todo. O que esa ideología no es correctamente interpretada y/o existen poderosas refracciones de interés, de tácticas, de tradiciones que justifican una vía independiente, “*nacionalista*” al fin.

Aunque sé lo violentamente que todo esto me podría ser replicado, aventuraré todavía que la misma doctrina soviética parece haber aceptado este fenómeno con la eventualidad,

estampada en el programa del PC de la URSS de *"las distintas vías hacia el socialismo"*. Una aceptación que se robustece con la continuidad de relaciones más o menos cordiales con quienes tales vías siguen. Y que como tiene que ver tanto con la desmonolitización del mundo socialista (correlativa a su feliz ampliación), como la insurgencia francesa en el macizo capitalista liberal me permite terminar esta nota con la misma moraleja que ya he utilizado. Esto es: que el tercerismo —como tal— está llegando a su fin y a convertirse en otra cosa.

Arturo Ardao

TERCERISMO EN EL URUGUAY

Marcha, N° 1290, 28 de enero de 1966

a) **Confusión de tercerismo con neutralismo.** Por ejemplo: *"A fines de la década de 1930, y sobre todo al comienzo de la guerra, se encuentran expresiones indicativas de un cierto neutralismo, que por lo menos en una visión muy amplia tiene que ver con el tercerismo. En ese sentido, ya en la década de 1940, tuvo en su época una gran repercusión la frase de Luis Alberto de Herrera, 'Allá los rubios del norte y los amarillos del este', referida a la lucha entre Estados Unidos y el Japón, que se enraizaba en una posición histórica de neutralidad muy tradicional en ciertos sectores del Partido Nacional"* (páginas 12-13).

Hay ahí dos errores acumulados.

En primer lugar, el tercerismo, en su verdadero y único significado histórico, terció entre Washington y Moscú, y no antes de 1947, por lo que carece de sentido vincularlo con esa frase de Herrera, que corresponde a otro bien claro y diferente contexto de política internacional. Durante la guerra hubo aquí neutralistas, como los hubo, sobre todo, en la Argentina, para no ir más lejos. En su inmensa mayoría, los entonces neutralistas

del Río de la Plata (no hablamos aquí de lo ocurrido cuando la Primera Guerra Mundial, caso histórico distinto), eran simpatizantes del Eje, sin que todos los simpatizantes del Eje, a su vez, fueran neutralistas, por cuanto muchos proclamaban abiertamente su simpatía. Los que, por razones políticas u otras, ocultaban en público esa simpatía, se declaraban neutralistas, a la espera de mejores tiempos en una zona del planeta como ésta, de cobertura militar y diplomática de las Democracias Aliadas. Tan no tiene nada que ver ese neutralismo de entonces con el tercerismo que vino después, que el grupo llamado a ser más tarde el más típico de los sectores de éste según el mismo autor del libro —o sea el representado por nuestro semanario— muy lejos estuvo de ser neutralista, como parte que siempre fue de la vanguardia antifascista.

El 15 de setiembre de 1939, al estallar la Guerra, iniciábamos así un editorial titulado *La Guerra y América*: *“Frente a la guerra que comienza, nuestro pueblo se ha definido ya, espontáneamente, como lo hizo cuando Etiopía, cuando España, cuando Checoslovaquia: contra la barbarie fascista, aniquiladora de la libertad de los pueblos en lo interior y en lo exterior. De otro modo, hubiera traicionado su entraña democrática.”* A continuación denunciábamos el carácter interimperialista de la guerra y la necesidad de que América sacara de ella las necesarias lecciones para preparar su “Segunda Emancipación”. Pero decíamos también, muy lejos, repetimos, de cualquier neutralismo:

“No queremos significar con esto que tanto dé el triunfo de uno como de otro bando. Mientras exista el fascismo no habrá posibilidades ni de paz ni de justicia en el mundo. Como hecho histórico es una vertiginosa sucesión de crímenes. Como doctrina política es la negación más flagrante de la libertad del espíritu y de la solidaridad de los hombres. Hay que derrotarlo, pues, aniquilarlo, exterminarlo. El triunfo de los aliados —a los cuales nos unen, por otra parte, especialmente por el lado de

Francia, profundos vínculos de cultura cuya importancia no podría nunca desestimarse— debe ser en consecuencia, y es, nuestro anhelo.”

En segundo lugar, si aquel neutralismo no debe confundirse con el tercerismo que vino después, este tercerismo que vino después (a partir de 1947), no debe confundirse con neutralismo. En cuanto tal, en cuanto tercerismo, no fue neutralismo. Algunos terceristas de extrema derecha (ex-fascistas), y de extrema izquierda (anarquistas), fueron neutralizantes. El tercerismo principalmente estudiado en el libro, o sea el de esta hoja, no lo fue.

No lo fue, por principio, aunque proclamando siempre su libertad de inclinarse por la neutralidad frente a tal o cual conflicto bélico particular. El punto exige algunas precisiones porque en esto se mezclan, como se mezclaron de hecho en su hora, tres conceptos: neutralismo, neutralización y neutralidad.

El 1º de junio de 1951, después de exponer el concepto de neutralización en derecho internacional, con referencia a los casos históricos más notables de Suiza, Bélgica y Luxemburgo, decíamos en editorial de esta hoja:

“Ya se han recordado estos últimos días las tratativas de neutralización de nuestro propio país, en el siglo pasado, tratativas que muchos de nuestros prohombres propiciaron desde Cándido Joanico a Atanasio Cruz Aguirre.

“Pues bien, combatiéndose a la tercera posición se llegó a decir que era esa su aspiración como solución internacional estatutaria para el Uruguay. No creemos que sea un delito pensar en la neutralización del país... Pero nosotros jamás hemos pensado en ella”.

Dicho eso, agregábamos:

“Cosa muy distinta es la neutralidad”. Establecíamos su concepto y poníamos diversos ejemplos históricos para preguntarle: *“Pues bien, descartada la neutralización, ¿es la neutra-*

lidad propiciada o preconizada, con respecto a nuestro país, por quienes somos partidarios de lo que ha dado en llamarse la tercera posición?"

Antes de contestarse esa pregunta, decíamos, "se impone precisar con relación a qué guerra internacional es ella formulada". Fundamentábamos a continuación las razones de nuestra ocasional posición neutralista a propósito de la guerra de Corea, para concluir:

"Ahora, con respecto a la eventual tercera guerra mundial, ¿somos también neutralistas? Respondemos que ni somos neutralistas ni dejamos de serlo, desde el momento en que esa tercera guerra mundial es una hipótesis o conjetura, que en caso de ocurrir —por ahora bregamos para que no ocurra— habrá que ver cómo ocurre, en qué términos se presenta, qué naciones o bloques de naciones entran en la lucha, cómo esta lucha afecta o interesa al destino esencial de la nacionalidad".

Carlos Real de Azúa

SEGUNDA RESPUESTA A UN SEGUNDO

Epoca, 4 de febrero de 1966

Como cualquier lector de *Marcha* del 14 y 28 de enero de 1966 puede comprobarlo, no es tarea agradable —y menos en verano— polemizar con el Dr. Ardao. Su tono es tan despectivo y a la vez tan belicoso, tan inmovible su geométrico dibujo mental, que el sufrido destinatario de ellos no puede menos que preguntarse por qué pierde tiempo y consume espacio en dedicarlo a su ínfima persona. Con todo, quiere la ley no escrita de estos debates escritos que no se deserte de ellos mientras la materia discutida —y en este caso "todavía" no lo está— no se adelgace hasta el ridículo. Así, a no hacerlo, me pongo.

"Segunda respuesta a un tercero" tiene una pequeña trampa estructural y ella es la de que su centro se encuentre en los renglones finales. Para ir de lo importante a lo secundario me ajustaré a la treta y responderé a la pregunta que el epílogo deja en suspenso antes que a cualquier otra cosa.

El Dr. Ardao sostiene que "tengo motivos para saber contestar" (¡algo me concede, al fin!) si el tercerismo que yo llamé —con término que él prohija— del "ahí te pudras" fue sostenido por

"todos los que apoyaron la causa del Eje nazi-fascista e hicieron militancia antijudía".

I

Antes de contestarle –y lo voy a hacer cumplidamente– es inexcusable una breve observación. Como el más desapercibido seguidor del debate podrá notar lo la pregunta "no tiene nada que ver" con las cuestiones que se están disputando. Y como además el Dr. Ardao la dice, suscitada por una presunta "confesión" más, el más ignorante de la trayectoria ideológica de su contendiente es capaz de barruntar que la pregunta se las trae. Se las trae, llega hasta mí y no la esquivo. Pero tampoco dejo de señalar que se trata del clásico argumento "ad hominem". Para el lego en latinajos, aclaro que es el argumento con el que –generalmente a falta de otros– un controversista busca disminuir, desmerecer, empañar la autoridad de su adversario. Dicho esto, es obvio subrayar que en el "ranking" de los recursos polémicos no ocupa la cabeza de la tabla en puntos de elegancia y de objetividad; definido así, no parece excesivo llamarle un recurso feo, para no usar palabras peores. Apenas aceptado cuando se hace valer en discusiones sobre la autoridad de quien afirma algo en materias de naturaleza normativa, es justamente mal mirado cuando lo que se disputa tiene otro cariz. Como ya dije no traduce nunca exuberancia de razones ni buen talante además de implicar que la oración de quien lo usa pueda ser vuelta inexorablemente a la pasiva. En este caso, en que él me interroga sobre actitudes de hace un cuarto de siglo, yo podría contrainterrogarlo sobre sus actitudes de estos días ante capitales dilemas de la militancia americana. Pero no lo haré. No uso estos recursos con alguien a quien profesé auténtica amistad y además no los necesito. Tampoco, agrego, me fueron enseñados en nuestra querida Facultad de Derecho.

Antes de pasar todavía a la respuesta tengo que observar dos cosas. No es de buena fe citar entre comillas la expresión "el

judío Roosevelt" como si fuera expresión mía; fui yo quien le puse las comillas para subrayar los mitos, o los fantasmas de una posición determinada. También el Dr. Ardao vuelve a amonestarme por citar a Roosevelt en 1947 (había muerto en 1945). Es claro que él se olvida que yo no acepto la partida de nacimiento del tercerismo en 1947, de ese tercerismo nacido del cerebro de algunos profesores y políticos, como Minerva de la cabeza de Zeus. Obvio es también que, muerto o vivo, Roosevelt seguía siendo uno de los "tres grandes" en mucho mayor grado que el pequeño bombardero de Hiroshima.

Despejados estos puntillos, vuelvo a la pregunta inicial (final) del Dr. Ardao y le respondo que desde mayo de 1942 mi conocimiento de los procesos ideológicos de los grupos que apoyaron el Eje nazi-fascista (se olvida de Japón) y la militancia antisemita fue tan externo o tan de oídas como pudo serlo el suyo. En mayo de 1942, a mi regreso de España, donde fui invitado por el Consejo de la Hispanidad (hoy desaparecido) a unas reuniones que a la postre no se realizaron, en 1942 y mayo, repito, comencé a condensar en unas notas (que más tarde se ampliaron hasta un libro) una experiencia que fue fundamental en mi vida. Ese libro, **España de cerca y de lejos**, apareció al año siguiente, y si bien su intención y tono no era un secreto para la gente más allegada a mi persona, me concitó la ira, o la enemistad o la "muerte civil" de casi todos los que hasta entonces me habían sentido solidario. La obra, que en algún momento pudo transformarse en bien remunerados artículos de la revista **En Guardia**, resultó al fin un testimonio, que quise lo más impersonal y objetivo posible, de mi experiencia y fue distribuida en forma prácticamente privada. Algunas personas muy cercanas al Dr. Ardao la conocen; no sé si ése es el caso suyo; por la pregunta que hace supongo que no. Porque si conociera ese libro no le costaría trabajo explicarse mi incomunicación con los círculos pro-Eje o hispanistas (de especializada militancia antisemita no conocí en el Uruguay) con los que me

supone consustanciado. Y por ende de mi relativa ignorancia de las reacciones íntimas que experimentaron tras la derrota de causa quienes en 1942 –con la Wehrmacht en Egipto y en su máxima expansión en la Unión Soviética– conservaban su convicción en el triunfo del Eje mientras esta convicción pareció fundada.

De mi texto de 1942-43 puedo opinar que él refleja, entre otras ingenuidades, la fe tan común en el Occidente de esos años en un “*free world*” al que aportarían su contribución todas las fuerzas y las ideologías en lucha contra el Eje. No se afilia al tercerismo del “*ahí te pudras*” (que no existía aún) ni a la línea soviética ni a la norteamericana: en uno de sus capítulos (“*América de hielo a hielo*”) creo haber realizado uno de los balances más minuciosos –y tupidos– de lo positivo y lo negativo de los Estados Unidos. Puedo agregar todavía, a riesgo de caer en presunción, que ese **España de cerca y de lejos** es uno de los primeros estudios latinoamericanos sistemáticos de la sociedad totalitaria y uno de los primeros también –junto con el del paraguayo Arturo Bray– sobre el recién instaurado régimen franquista.

Diré ahora que todo lo anterior de mi vida es cosa mía y no tengo por qué absolver posiciones ante el Dr. Ardao. Me importa dónde estoy y no dónde estuve, sobre todo si sé que en dondequiera haya estado siempre lo hice con perfecta honradez subjetiva, sin sombra de ventaja o de granjería, con máximo de incomodidades y animadversiones y ausencia absoluta de mal objetivo como consecuencia. No cambio mi pasado por el [del] Dr. Ardao ni menos mi presente, infinitamente más militante y definido que el suyo. Sobre las razones de los que en Latinoamérica adhirieron entre 1935 y la segunda guerra mundial a lo que suele llamarse “*la extrema derecha*”, hice algunas consideraciones en un largo artículo publicado con motivo de los veinte años de **Marcha**: “*Política internacional e ideologías en el Uruguay*”. No sé que el Dr. Ardao las haya

objetado en esa ocasión ni planteara por ellas su protesta ante la Dirección del semanario. Mucho más podría decir y habrá que decir algún día, antes de que algún “*estudioso*” de Estados Unidos lo tome por tema de su tesis. Mucho más, siempre que no sea el Dr. Ardao quien lo pregunte. Ahora sólo observaré, para concluir este punto, que en muchos destinos americanos tanto más importantes que el mío se da la básica ambigüedad con que en nuestro continente, como en todas las áreas semicoloniales, se refractan o refractaron (y entre ellas el fascismo) las ideologías europeas. De la adhesión al Eje y a un nacionalismo de tipo extremista provenían –o por ellos pasaron– quienes asumieron, tras 1945, papeles de primera línea en la década de lucha por una Argentina popular. Del integralismo fascista salió Santiago Dantas, el formidable orientador de la política externa independiente de Brasil –mientras Brasil fue una nación independiente. No hace muchos números, la revista **Primera Plana** (en una copiosa nota sobre los medios de Río) observaba el mismo origen entre los cabecillas de la resistencia intelectual contra la dictadura de Castelo Branco. De la aliadofilia y el “*ayudismo*” salió en cambio Carlos Lacerda, al que, supongo, no habrá necesidad de adjetivar.

No me siento incómodo al lado de esos “*equivocados*”. Tampoco me pesa que, entonces o ahora, el curso de mis días no se haya tocado con el de algunos pontífices. Pontífices de un tercerismo aséptico, memorioso y casi risiblemente autocomplacido.

II

Precisado lo anterior, no es imposible abreviar los trámites de un entredicho penoso y que, tanto a mi replicante como a mí, nos ha distraído de la consideración de la obra. Con todo, algunos puntos ha enredado el Dr. Ardao que no es factible replicarle con meros aforismos.

La cuestión de la naturaleza del libro, para empezar, ya ronda el absurdo y para restablecer la verdad hay que rehacer todo el camino de la discusión. Ahora dice A. que no es el carácter de ensayo, sino "todo lo contrario, el de pretendido estudio objetivo basado en fuentes, etc." el que él ha controvertido. Pero en su primera nota sostiene: "El libro se presenta como 'Ensayo'. En los últimos tiempos, en nuestro país se tiende por algunos (alusión a C.R. de A.) a considerar este noble género como sinónimo de divagación sin pruebas, etc.". Como a continuación el Dr. A. enrostraba a Solari el incumplimiento de sus normas de objetividad, sumisión a los hechos, etc., resulta architransparente que su crítico no descartaba la calidad ensayística del libro aunque sí preceptuaba que el tal ensayo se ajustara a pautas que el ensayo no soporta. La mera exigencia de "pruebas" que al ensayo le impone, ya daría para una larga y sabrosa divagación. Esto me hacía decir que era difícil saber qué noción de ensayo el crítico manejaba, forma elegante de insinuar que el crítico se equivocaba de medio a medio en lo que al ensayo cabe reclamarle. Esta es la verdad de la cosa, pero debo agregar que me desinteresé expresamente de la ceñuda inquisición a que el Dr. Ardao sometió el libro de Solari, demostrando lo que no discuto, que el subtítulo "ensayo" (que el Dr. Ardao califica de "mención editorial") lo cubría suficientemente. En suma, me interesaba y me interesa el "resultado" y no las "intenciones" y el Dr. A. no tiene por qué ponerse iracundo porque esto no coincida con su criterio. Ciertamente es que posteriormente volví sobre la evidente contradicción de Solari, pero en este caso no para ponerle mala nota sino para subrayar con ella un rasgo, un dramático conflicto de todo el pensamiento social e histórico de nuestro tiempo. No cometeré la fatuidad de citarme sin que esto sea imprescindible y el que haya seguido la polémica tal vez la recuerde. Porque no es sólo Solari quien representa este dilema; al otro lado del charco los exitosos libros de Imaz y de Sebrelí llevan su marca y aun podría decirse lo

mismo de la obra capital de Wright Mills. El choque de "ensayística" y "ciencia" ofrece a la reflexión materia extraordinariamente fértil y tal vez más importante que otros a los que el replicante ha dedicado muchas de sus fructíferas veladas. Con todo, el Dr. Ardao no lo menciona. Es un conflicto vivo, claro está.

Pero esto no zanja la cuestión y todavía hay que observar dos cosas en esta retórica cuestión del encasillamiento de la obra que tanto apasiona al Dr. Ardao. De todos los textos que él colaciona no puede extraerse una palabra de Solari sobre "método". El Dr. A. es director de un Instituto de Filosofía y es verosímil suponer que conoce la materia puesto que la enseña al nivel de la enseñanza media. Y por ello tiene que saber que voluntad de ser objetivo y sujeción a los hechos no plenifican ni mucho menos un "método". Son meramente un preliminar inexcusable de toda actitud científica y aun de toda actitud realista. Las necesita un buen notero; suponen a menudo tenerla los más imaginativos ensayistas si bien tanto en estos casos como en los de la ciencia cabal la cuestión importante es lo que vaya del dicho al hecho. En una palabra: que la voluntad de ver claro un [...] ⁽¹⁾ traslada a la ciencia un saber informal, ametódico, por agudo que él pueda ser. Por todo lo cual resulta que de los tres elementos: "voluntad de análisis objetivo, documentado y sometido a método", que él suponiéndolos prometidos por Solari, recapitula, hay un tercero, el "método", que ha salido de su imaginación.

III

A este propósito me llama el Dr. Ardao "eficaz defensor" (¡otro elogio en el "tiempo del desprecio"!) de Solari y su libro. Esto ya pasa de castaño oscuro porque la sentencia tiene

(1) Palabra ilegible en el ejemplar de *Epoca* consultado.

alcance general, y merece pasar a su ya nutrida antología de recursos polémicos. El que haya leído la tercera, sexta y séptima nota de este largo folletín sabrá a qué atenerse y podrá sentenciar a su vez. Y si el Dr. Ardao no las conoce le informaré a vía de anticipo que hago a Solari y a su libro -libro de "opiniones" al fin y no mero cartelario de transcripciones- críticas infinitamente más sustanciales de lo que representan las menudencias en las que tan morosamente se ha detenido.

Con lo que sigue (punto quinto de su respuesta) la tarea de condensación se hace más fácil que hasta ahora.

El Dr. Ardao sostuvo y sigue sosteniendo que el tercerismo 1) es una "posición"; 2) que comenzó a adoptarse cuando el mundo, en 1947, tendió a dualizarse entre EEUU y la URSS. Yo, sin negar estos dos puntos sostuve y sigo sosteniendo: 1) que si el tercerismo fue y tal vez es aún una "posición", esa posición se tomó en nombre de algunas convicciones o ideas de gran calibre, convicciones o ideas que, por incipientes que fuesen representaban el "esbozo" o el "torso" de una "ideología". Posición difícil y poco remunerativa, parece lógico suponer que se adoptó o adopta por alguna razón no fútil y si esa razón era compartida por las más diversas posturas políticas (de extrema izquierda a extrema derecha, dice Ardao), rastrear cuál era y qué desarrollo posterior sufrió, qué aditamentos o qué amputaciones, se hace tarea de la más trascendental importancia. La ubicuidad de tales razones o tales convicciones en nada las descalifica, salvo para aquellos que sólo saben leer los trazos más gruesos y sólo están tranquilos cuando todo se halla debidamente caratulado.

Vuelvo a insistir que distinguía, en una comparación con nacionalismo, liberalismo, etc., la calidad de "esbozo" de esas convicciones, frente a ideologías plenamente formuladas. Como el Dr. Ardao en la larga transcripción que hizo de mi texto (esto tal vez es un "tic" de su labor de historiador de las ideas) omitió esos pocos renglones fundamentales, me decidí a subrayarlos cuando los reiteraré. A él "le cuesta creerlo". Menos le hubiera

costado transcribirlos y no cortar el pasaje en donde le convenía, tratando de hacerme caer, dolosamente, en una visible exageración. Porque lo omitido era el matiz que la atenuaba y ponía en su punto.

En segundo término, sostenía que si el tercerismo entre los EEUU y la URSS se había formalizado poco después del fin de la guerra (entre 1945 y 1950) nada comienza de la nada y que, como la pugna ideológica entre las dos superpotencias no fue la primera que se dio en el mundo, otros tercerismos ante otras pugnas, otras negaciones a la bipolarización, representaban un antecedente que no es posible soslayar con un soberbio manotazo de desdén.

Ante estos dos puntos, el Dr. Ardao ni siquiera esboza un principio de réplica. Lo único que hace, por el contrario, es reiterar, en forma crecientemente machacona e imperativa, su propia versión de los hechos e indignarse correlativamente de que yo no la acate con docilidad y la debida reverencia. Todo envuelto, digámoslo para terminar, en una salsa bastante indigesta de orgullo desmedido, malas maneras y autocomplacencia. De orgullo desmedido hablo, porque sólo con una buena dosis de él un hombre puede mostrar la infalible seguridad en sus propias opiniones que el Dr. Ardao muestra, sólo con una buena dosis de él suponer que ni el último estudiante de la Facultad de Derecho osará discutirlos. De malas maneras hablo porque sólo así se explican los términos que me aplica: osadía (adjetivo: osado), irresponsabilidad (también Solari lo comparte; adjetivo: irresponsable); contumacia (adjetivo: contumaz). La ristra de términos apunta concordantemente a una relación cómitre-galeoto (dejemos de lado a Hegel y a su dialéctica del amo y el esclavo). Curioso estilo polémico el de esta "alma tutorial", como la llamaría su admirado Vaz Ferreira. De autocomplacencia he hablado, por fin. Pues quien repase las notas de mi replicante y sobre todo las últimas verá que ellas están compuestas en buena parte por

viejas citas del Dr. Arturo Ardao. El tercerismo de que habla él se lo cocinó y ahora se lo come. El pecado de Solari y el mío, a su vera, fue el de no habernos dado cuenta de identificación tan trascendental.

Arturo Ardao

TERCERA RESPUESTA A UN TERCERO

Marcha, N° 1293, 18 de febrero de 1966

1º - Tercer regreso a Montevideo en lo que va del año, tercer encuentro de correspondencia de Carlos Real de Azúa.

Declara buenamente C. R. de A. que no ha resultado "agradable" esta polémica. Lo sospechábamos. ¿Cómo no lo sospechó él antes de iniciarla? Cuando le contestamos por primera vez nos había dedicado ya dos notas que cubrían en total tres páginas del diario donde escribe. ¿Lo hizo con el mínimo de cortesía de quien invita a una polémica, digamos, agradable? ¿O lo hizo con tan belicosa como inesperada falta de ella? Que le responda su conciencia.

2º - Lamenta que sea "tan *inconmovible*" nuestro "geométrico dibujo mental". (Los subrayados son nuestros.) Lo comprendemos: *inconmovible*, por ser de hierro, *es el círculo* en que lo hemos encerrado y del que no ha podido ni podrá salir. No es pues extraño que haga de ello motivo especial para calificar de no agradable a la polémica. ¿Quién podría encontrar agradable polemizar desde semejante geométrico encierro? Toda una página y parte de otra ocupa su último intento de salida. Sigue encerrado.

3º - Sobre el carácter del libro en cuestión, nos objetó inicialmente que el autor no había querido realizar un trabajo científico sino un ensayo. Tuvimos que responderle que no era así. Ahora lo reconoce y no lo reconoce.

Lo reconoce: "*Cierto es que posteriormente volví sobre la evidente contradicción de Solari, pero en este caso no para ponerle mala nota sino...*". No lo reconoce: "*De todos los textos que él colaciona no puede extraerse una palabra de Solari sobre 'método' (...) Por todo lo cual resulta que de los tres elementos: 'voluntad de análisis objetivo, documentado y sometido a «método», que él, suponiéndolos prometidos por Solari, recapitula, hay un tercero, el 'método', que ha salido de su imaginación*". (Donde dice "él" se refiere a nosotros; los subrayados son nuestros.)

Admite ahora, por lo pronto, los dos primeros elementos. Menos mal. No, en cambio, el "tercero". Esta palabra tercero parece ser fatídica para C. R. de A. Si no leyera con esa falta de atención sobre la que ya nos hemos permitido llamarle *la atención*, se hubiera encontrado sin ir más lejos con este párrafo autocrítico del libro que defiende y no defiende: "*En primer lugar tiene una limitación que deriva de las fuentes utilizadas y del METODO que se ha empleado aquí*".

Ese párrafo se halla en la pág. 22 del libro y fue "colacionado" por nosotros en la nota dedicada al "Error de método", pág. 12 del semanario, col. 3ª, número de 31 de diciembre, antes de que C. R. de A. comenzara en enero sus agresivas andanadas. Ese otro "tercero", el METODO, ¿salió entonces de nuestra imaginación?; ¿ni una palabra entonces del autor del libro, sobre él?...

4º - Sobre la partida histórica del tercerismo, nos objetó inicialmente que no era exacto que hubiera comenzado a adoptarse en 1947. Ahora dice: "*El Dr. Ardao sostuvo y sigue sosteniendo que el tercerismo: 1) es una "posición" (de política internacional); 2) que comenzó a adoptarse cuando el mundo, en*

1947, tendió a dualizarse entre EEUU y la URSS. Yo, sin negar estos dos puntos..." (lo puesto entre paréntesis y los subrayados son nuestros).

Ahora no sólo no niega, sino que viene a sugerir que no negó que el tercerismo comenzara a adoptarse en 1947. ¿Quién fue entonces el que usando su firma escribió: "*Hacer partir al tercerismo de 1947, desvincularlo de toda la historia ideológica del siglo, es algo que parece poco razonable*"? (4 de enero)

5º - Sobre las polémicas que el tercerismo suscitó en el Uruguay, nos atacó inicialmente porque -tal como él entendió o quiso entender nuestra crítica al error del libro de que "*desde hace más de 20 años la cuestión suscita las más ardientes polémicas*" - nosotros habríamos negado la existencia de polémicas. Llamado a cuentas, salió ufanándose con los ejemplos de dos polémicas o episodios polémicos de hace 15 años, probatorios -decía- de su existencia "*durante las últimas dos décadas*".

Nosotros mismos habíamos intervenido en análogos episodios más antiguos, pero nunca tanto que sobrepasaran el tope de los 18 años que median entre 1947 y la fecha del libro. En esto había consistido nuestra crítica y él tenía que saberlo. Tuvimos que decirle que cambiaba las cartas a escondidas. ¿Ha respondido algo? Nada. Ese silencio en lugar de la obligada presentación de excusas, ¿qué demuestra?...

6º - En los tres numerales anteriores hemos recordado sus tres objeciones iniciales a nuestra crítica del libro, y hemos vuelto a dibujar a compás el círculo en que se debate. Es natural que no le resulte agradable lo inmovible de nuestro geométrico dibujo mental. ¡Cuánto le gustaría que compartiéramos su mismo mental desdibujo!

Entonces, sí, le sería agradable polemizar con nosotros, porque podríamos acaso tomar en serio lo de que es el tercerismo una ideología, cuarta objeción a aquella nuestra crítica del libro, que en forma expresa añadió a las tres primeras después de haberla insinuado de modo tácito. Defendiendo cada vez

menos al libro también en esto, se aferra ahora a su notable tesis de que, si no es una ideología plenamente formulada, como liberalismo, nacionalismo, socialismo, humanismo, es por lo menos el "esbozo" o el "torso" de una ideología. Como quien dice, una modesta ideología subdesarrollada. Tal vez porque mientras aquéllas son ideologías de la Libertad, de la Nación, de la Sociedad, del Hombre, ésta no es más que ideología de lo tercero...

Bienaventurados los que han creído, y más todavía los que a esta altura siguen creyendo, que el tercerismo —posición de política internacional, de no enfeudamiento ni a Washington ni a Moscú— ha sido una "ideología" (desarrollada o subdesarrollada). ¡Una ideología el tercerismo, del que han participado fascistas, demócrata-liberales, demócrata-sociales, socialistas, anarquistas y también —¿por qué no?— comunistas, desde Tito a los trotskistas! Bienaventurados, porque de ellos será el Reino de los Cielos...

7º - Habló C. R. de A. de un tercerismo por él llamado del "*ahí te pudras*", que habría sido "*preconizado por quienes habían apoyado la causa del Eje nazi-fascista en sus proyecciones mundiales*", y que "*convocó las iras del cielo tanto sobre Stalin y su pueblo como sobre el 'judío Roosevelt' y el suyo*".

Nos impresionó profundamente esta... alucinante mención de la sogá, no ya en casa del ahorcado, sino por el propio ahorcado. Venía de quien había apoyado públicamente la causa del Eje nazi-fascista y había hecho, también públicamente, milicia antijudía. Todos hemos sido indulgentes. Pero la indulgencia no ha podido ser plenaria, es decir, incondicional. ¿Cómo admitir en un debate sobre el tercerismo semejante juego? Porque de ese modo no puede hablar él. Podemos hablar nosotros.

No es exacto, ya lo hemos dicho, que haya habido en el mundo en los dos últimos lustros, como se ha pretendido, una "declinación de las ideologías". Es exacto, en cambio, que en el

mismo período ha habido en nuestro país una extendida confusión de las ideologías, que algún día habrá que estudiar a fondo como fenómeno superestructural de la crisis uruguaya de estos últimos años. Esa confusión, madre de tanto confusionismo, especialmente juvenil, con sus nudos históricos del 58 y el 62, es la que ha hecho posible el desplante que ahora confrontamos. Por primera vez en este encuentro —que no hemos iniciado, que no hemos buscado, que no hemos querido— nos hemos sentido verdaderamente ofendidos, si no en nuestra persona, en ese puñado de valores a los que esta hoja ha consagrado su existencia. Por primera vez también en él nos hubiéramos sentido en deuda con nosotros mismos si nos hubiéramos llamado.

8º - Refiriéndose a "*los círculos pro-Eje o hispanistas*", dice ahora C. R. de A.: "*de especializada militancia antisemita no conocí en el Uruguay*".

Mala memoria la suya. Olvida aquel pasquín **España Nacionalista** ("Órgano de la Vanguardia Nacionalista Española en el Uruguay". "Defensor de la causa nacionalista y portavoz de los grupos derechistas". "Dios y Patria"), con su círculo respectivo, autor a lo largo del año 1937 de la más repulsiva campaña antijudía vista en nuestro país. En ese pasquín, cuando ya andaba desatada la criminalidad antisemita nazi, proclamó o reclamó C. R. de A. en estos términos nuestra reconquista por el "Imperio" español: "*Ya esta América que es su hija, tiene España que reconquistarla de nuevo. Reconquistarnos para Cristo y sus valores permanentes, para que en un continente libre de judíos, de masones y de comunistas, pueda sentirse madre, en esa plena maternidad de la esencia transmitida*" (20 de febrero de 1937).

9º - Porque estaba todavía en esa línea viajó en 1942 a España, invitado por el Consejo de la Hispanidad, es decir del "Imperio". Fue a continuación que hizo abandono de la "Causa" documentado en su libro de 1943. Para explicar su desvinculación del tercerismo del "ahí te pudras" de los nazi-fascistas

derrotados, dice ahora que no pudo conocer las íntimas reacciones terceristas de éstos en la hora de la derrota, porque su abandono se produjo cuando se conservaba todavía la *"convicción en el triunfo del Eje"*.

De nuevo, mala memoria la suya. Olvida lo que él mismo escribió al comienzo de su libro: *"Parecerán estas páginas a muchos, ya anticuadas. Algo del 'mea culpa' tardío, del 'a moro muerto, gran lanzada'. El programa falangista, con la derrota del nazismo, será archivado para siempre"*.

Entre esos muchos —verdaderamente muchos, créalo— estábamos y seguimos estando nosotros. El lo ha dicho: *"mea culpa tardío"*. *"A moro muerto, gran lanzada"*...

10º - Pero ahora resulta que no fue culpa y que hasta fue virtud. No sólo no se manifiesta C. R. de A. arrepentido de su pasado nazi-fascista-falangista-imperialista, sino que se jacta públicamente de él.

Elogia al "viejo integralismo fascista" brasileño y a la que fue corriente argentina de "adhesión al Eje y a su nacionalismo de tipo extremista", por el mérito que les asigna de haber sido —según él entiende— almárgos de cabecillas populares. Y agrega: *"No me sienton incómodo al lado de esos 'equivocados'".* Tampoco me pesa que entonces o ahora, el curso de mis días no se haya tocado con el de algunos pontífices". (El subrayado es nuestro, pero el elocuente comillado de "equivocados" es suyo.)

En sí misma no sería grave esa jactancia individual. Lo que la vuelve grave, profundamente grave, como nuevo factor de confusión sobre un pasado criminal cuyo regreso nos amenaza todos los días, es que encuentre tribunas para producirse en actitud que pretende ser de militancia.

11º - Descendiendo en su vertical caída hasta el plano de las comparaciones personales, osa C. R. de A. escribir: *"No cambio mi pasado por el (del) Dr. Ardao, ni menos mi presente, infinitamente más militante y definido que el suyo"*.

Consideramos un verdadero privilegio, un inesperado pre-

mio a nuestra larga vida pública, si vida pública puede ser llamada la oscura constancia en el ideal abrazado en la adolescencia, esta condecoración que sin quererlo —por eso la aceptamos— nos cuelga al pecho nuestro adversario: su pasado político cotejado con el nuestro...

Militante nazi-fasci-falangista-imperialista él, cuando la gran ola de barbarie se abatió sobre el mundo, hasta el punto de pedir, a lo Ras Gugsu o Quisling, nuestra "reconquista" por el "Imperio" español, con buena... eliminación de todos los judíos, masones y comunistas de América; terrista de la dictadura imperialista y pro-fascista en su hora; militante en los grupos más reaccionarios y pro-imperialistas del ex-terrorismo, después; al servicio intelectual más tarde de Chico-Tazo, ese Chico mimado que fue, de la reacción y del imperialismo.

Nosotros, por falta acaso de imaginación, desde 1931, a los 19 años de edad, hasta ahora, en el mismo granítico reducto demócrata-social, latinoamericanista, antiimperialista y antifascista montado poco antes por Quijano, siempre en el llano, en la misma invariable e invalorable compañía, conociendo incluso prisión policial en el país y militar en el Brasil por conspirar contra la bochornosa dictadura que él apoyaba. Ese pasado de más de un tercio de siglo sigue siendo nuestro inmovible presente, por más que se haya disuelto, desaparecido hace varios años, arrastrando consigo nuestra militancia partidaria, el inolvidable grupo político que habíamos formado en el seno de un Partido Nacional muy distinto del actual.

Su presente, "infinitamente más militante y definido"... Se ha visto más arriba por dónde anda su militancia de pretendido flamante ideólogo de la izquierda. En cuanto a su definición, ¿cuál es realmente ella? Conocidos con certidumbre son los distintos lugares donde estuvo ayer, anteayer o trasanteayer. ¿Quién conoce con certidumbre igual el lugar donde está hoy? ¿Y qué compañero suyo, si tiene alguno, apostaría un solo

centésimo sobre el lugar en que estará mañana y menos todavía pasado mañana?

12° - No hubiéramos sido extensos casi tanto como él, si lo en juego fueran sólo posiciones o actitudes personales. ¿Podemos esperar que 1966 marque un comienzo, por lo menos, de liquidación del confusionismo ideológico que tantos estragos ha hecho en el país en los últimos años?

Carlos Real de Azúa

ULTIMA RESPUESTA A UN SEGUNDO

Epoca, 2 de marzo de 1966

Considera **grave** que **encuentre tribunus** para replicarle, el distinguido profesor Ardao (los subrayados son míos; si no hay negrita que vayan como puedan). ¡Amable dialogar, liberalísimo profesor! ¡Digno historiador del liberalismo doctoral y filosófico del país! En trance de controversia, los hombres cuyo pensamiento él ha reconocido con más minucia que sal, no era raro que ofrecieran a su discrepante la hoja o el aula en que se expedían. El, en cambio, quiere hacerme callar. No en balde estamos en la "edad de las ortodoxias". (Aunque algunos pensarán, achicando la cosa: como "in vino veritas", "in ira veritas".)

En una cosa voy a darle el gusto y es en replicarle por última vez. A él parece sobrarle el espacio de **Marcha**. Yo escribo en un diario que tiene que mirar avaramente sus pliegos. A él parece sobrarle el tiempo. Yo lo necesito para deberes más urgentes. De modo que vuelque en una vez —o en muchas, si quiere— lo que tiene que decir. Se terminó el intercambio, por áspero que fuese. O, como decía mi viejo profesor Fructuoso Pittaluga cerrando una polémica: "Os doy patente de corso para que sigáis despotricando contra mí". Suena a Sandokan, pero suena bien.

EL CÍRCULO DE HIERRO

Al encontrarme por tercera vez en sus numerosos desplazamientos veraniegos, el profesor Ardao sigue conservando muchas ilusiones y una de ellas tiene que ver con una confusión. Es la confusión entre lo "difícil" y lo "desagradable". Algunas polémicas he sostenido y ninguna más fácil que la presente. Pero pienso que se creará en mi palabra si afirmo que nunca tuve que cruzar argumentos con nadie más cerrado a recibirlos, más inclinado a minimizar cualquier asunto, menos resistente a personalizarlo cuando el hacerlo parece la única —y redituable— salida. Varios otros desagradados podría enumerar pero prefiero clausurar la lista subrayando hasta qué punto parece inapto el profesor Ardao para jugar como parte en un debate. En un debate, claro está, concebido como una relación igualitaria entre personas que discuten un asunto de interés general y fundamentalmente externo a ambos. En mi respuesta anterior hablaba de la relación cómitre-galeoto. Ahora la imagen cambió y se trata de un bicho y el cazador. Yo estoy dentro de su "círculo de hierro" y no me he de escapar. Algún animal, no recuerdo cuál es, se captura así pero cualquier círculo sirve

El lo quiere de "hierro" (la expresión es suya). Y acoge con orgullo la hipótesis de "su geométrico dibujo mental" (la expresión es mía) y también está su "granítico reducto" (la expresión no podría ser más que suya). Es en verdad extraño el espectáculo que brinda este filósofo de 1966 tan obsesivamente centrado en figuras de rigidez y de mineralidad. Esto en un tiempo en el que el pensar humano —en su intento de apresar lo real y casi más allá de cualquier divergencia— busca calidades que, de representarse lo serían del más antagónico modo. Imágenes de fluidez, imágenes de levedad, imágenes de movilidad. El prefiere los reductos y los chalecos de fuerza. Conque a no engañarse. Debajo de este contemporáneo hay un dominico del siglo XIV (para hacer una comparación halagüeña).

Cierro este intento tipológico y observo que el profesor vuelve a hacer oídos sordos a mis reflexiones sobre el escaso valor argumentativo del razonamiento "ad hominem" (o vulgarmente, el puntapié al tobillo). Nada replica; sin embargo, en él sigue embarcado. Según el profesor, hablar del "tercerismo" pasado, presente o futuro es cuestión que se gana por derecho de antigüedad calificada: muchos años al pie del cañón y buenas notas (que él muy generosamente se concede). Apuntaré más tarde qué verdad hay en todo esto pero, antes de hacerlo, pregunto que, si lo anterior no fuera cierto, qué sentido tienen sus expresiones (tal vez involuntarias). ¿A qué juego se refiere? ¿A qué derecho a hablar él (nosotros) y no yo (él)? ¿Acaso el libro de Solari y sus secuelas es un cotejo de conductas personales entre el profesor y quien escribe? ¿Se trata de un prédica en la que (aun hipotéticamente) el ejemplo es decisivo? El análisis de una corriente mundial que en pureza abarca todo lo que existe entre el filoyanquismo incondicional y el desgarrado ex-monolitismo del mundo socialista, ¿es un debate que pueda centrarse en lo que dos montevideanos fueron hace un cuarto y aun un tercio de siglo? Parecería que el buen sentido contesta holgadamente estas preguntas. Lo contesta salvo para el profesor. El no sale todavía de su postiza "impresión" al oír mentar una soga que no era soga por parte de un ahorcado que, de haber estado dispuesto a serlo, hubiera elegido un auténtico cáñamo para llegar al estado de tal.

¿QUÉ HA PASADO?

Pero está dispuesto a no cejar y a no oír y así, como a criminal de guerra me trata el profesor Ardao, dibujándome una trayectoria ideológica, reconstruyéndome un pasado —digamos mejor— en el que unos puntos podrían completarse, otros matizarse y alguno devaluarse. No me siento llamado a hacerlo —y menos ante él—, más allá de ciertas precisiones que muestren su

intención. Pero es el caso que el profesor, que me conoce desde hace bastantes años, no siempre mostró ante mi persona ese gesto fiscal y ese ademán ceñudo que ahora ha creído el caso desenfundar. Será recuerdo menor el que nuestro trato haya sido siempre muy cordial y que posea dedicadas sus obras – libros y folletos– con amables constancias. Ya no es tan menor recordar que hacia 1957 ó 1958 (no recuerdo exactamente el año) el profesor me propusiese –junto a un limitado número de estudiosos– formar parte de la filial uruguaya del Comité de Historia de las Ideas en América y, sobre ello, desempeñar la secretaría del mencionado centro. Evidentemente, algo ha pasado entre aquel entonces y hoy y en el que nada tienen que ver la Hispanidad, ni el antisemitismo, ni Blanco Acevedo ni Nardone. Y ese algo que ha pasado es que me he permitido disentir con él.

El profesor está dotado de una susceptibilidad y aun de una excitabilidad que no creo aventurado llamar excesiva. Si tuviera espacio y me importara no sería ocioso recapitular el origen de varios de sus escritos, desde alguno que atañe a las ideas filosóficas que habría profesado Batlle y Ordóñez a otros que versan sobre el origen de la cátedra de economía política o sobre cuál fue la última historia de la literatura nacional. A otros recordarlo. Yo en cambio debo hacerlo, porque éste sí, me impresionó realmente, un pasaje de la última conversación que sostuve con el profesor. En ella me reprochó, todavía amablemente, “*el palo*” que le había lanzado en un librito mío, entonces reciente. Al volver a casa busqué el pasaje. Se halla en nota a la página 33 de “*El impulso y su freno*” (Montevideo, 1964) y dejo a quien quiera comprobar el punto si le cabe el calificativo de “*palo*”. Como en el caso del tercerismo, nada comienza de la nada y esta necesidad de contestarse y recontestarse no se originó el mes pasado. Sólo importa ahora señalar que a mis dos primeras notas sobre el libro de Solari las llame “*agresivas andanadas*” (contra él). Que objetar su crítica sea para el

profesor un desplante; no coincidir con él, atacarlo. Suponiendo que el texto de Solari era pretexto y el tercerismo “*blá blá*”, afirma con seguridad “nos había dedicado ya dos notas”. Que en aquellas notas hay referencias a las suyas no me interesa negarlo: sobre representar el primer eco que el libro hasta entonces había despertado y ser su tono y su enfoque materia del comentario (generalmente asombrado) de los lectores de **Marcha**, creía (y sigo creyendo) que objetaban la obra por el flanco que menos importaba y soslayaban, sin fruto para nadie, el único asunto que el libro de Solari puede, con eficacia, suscitar. Esto es: ¿qué es hoy y en qué ha parado el “*tercerismo*”? ¿Qué tiene que decir de la formalización de una voluntad política unitaria en ese “Tercer Mundo” que, cuando él nació, era apenas un barrunto? ¿Cómo, y en qué direcciones lo ha afectado la Revolución cubana, las experiencias (tristes experiencias) del “*desarrollo en la libertad*”, la desmonolitización del mundo socialista, las nuevas formas de presión del imperialismo? ¿En qué ha parado la presunta “*equidistancia*” de los primeros tiempos? ¿Dónde yacen los posibles peligros ideológicos del libro y hasta dónde ellos dan pie o hacen oportuno o factible una tentativa de redefinición o archivo del tercerismo?

Y, sobre todo, ¿hasta qué grado de precisión se puede ver perfilando una “*ideología*” la concurrencia de textos tan diferentes pero tan secretamente ligados como algunos de Sartre (sobre todo su prólogo a los escritos de Lumumba), de Fannon, de Krumah, de Furtado, de Céspedes, de González Pedrero y otros más? Todo esto hacía **El tercerismo en el Uruguay** si hubiera habido ánimo de pensar en grande.

EL AGUJERO Y LA LLAVE

Empero, no ha habido caso. El profesor, agredido en su fuero más íntimo, me trajo con imperio a lo importante. ¿Las polémicas del tercerismo tienen quince, veinte, o más de veinte años? ¿Quiso o no quiso Solari escribir un "ensayo" o lograr una "obra científica"?

Mi pasado, mi historia, ¿me autoriza o no me autoriza a opinar sobre estas u otras cosas y sobre todo –pecado capital– a no acatar sus dictámenes?

Cerrado el panorama hasta este agujero de llave (a cada cual el espacio visual que le guste), el profesor parece sentirse cómodo y aun me siento animado a anotarle algunos puntos.

¿Solari no habló de su "método", lo sacó él de su imaginación? Sí y no, pero el profesor olvida que mis referencias a lo que él "colacionaba" –y ahí no aparecía el "método" para nada– apuntaba obviamente a su "segunda respuesta a un tercero". Pienso que seré comprendido y absuelto si digo que no he pasado los calores relejendo las uberosas, comparables notas del profesor ni el libro de Solari hasta una enésima instancia.

¿Tenían "más de veinte años" las polémicas (o algo parecido) que cité? No, sólo tenían quince. Cuidaré en el futuro de atender a tan letales recursos dialécticos.

Ahora sólo diré en mi descargo que de cien personas que hayan leído la negación del profesor Ardao sobre polémicas de más de veinte años, noventa y nueve deben de haber entendido lo que yo, esto es: que esa negación incidía tanto sobre lo sustancial –las polémicas– como sobre lo adjetivo, su antigüedad. Puesto ante mis ejemplos, el profesor halló su escape. Pero sobre esto, todavía tengo algo que decir. Lo primero es que si la insistencia del profesor en este asunto no representa un capricho ligeramente pueril es porque él supone que las polémicas constituyen certificados indubitables de nacimiento para cualquier posición, actitud o tendencia. Y esto, que puede ser verdad

para nuestro siglo XIX, no lo es tanto (serían largas las razones de ello) para nuestro tiempo.

Lo segundo que tengo que alegar es un poco menos teórico e incide directamente sobre el problema mismo de la data del tercerismo cuyo surgimiento abrupto y sin antecedentes, él –cerrándose a todas mis reflexiones– tan anticientíficamente sostiene. Como creo ya haberlo dicho, a mí no me interesa la cuestión genética que al Dr. Ardao tanto le apasiona; me importa sí –y decisivamente– saber dónde está hoy el tercerismo y en qué rumbo va, un tema, en cambio, hacia el cual él, sospechosamente, parece sentir un marcado desvío. Pero a su campo vayamos, donde tal vez se puedan espigar algunas sorpresas.

¿UNA "CUARTA POSICIÓN"?

En la página 1 del órgano de FEUU *Jornada*, Epoca VII, N° 8, de julio de 1944 –atiéndase la fecha– se halla estampado un manifiesto dirigido el 1° de mayo por FEUU a la clase trabajadora y en torno al recuadro que lo marca, una explicación a toda página del breve texto. Se titula "Junto a los oprimidos contra los explotadores" y está obviamente dirigido a replicar a las críticas de pro-nazismo y neutralismo (así me lo han confirmado veteranos dirigentes de ese tiempo) que desde el sector comunista el manifiesto suscitó. (¿Polémicas quería el profesor?) No en balde se subtitula una parte "No somos neutralistas" y se hace explícita afirmación de antinazismo. Al margen de ello, el sentido antisoviético y antiyanqui del manifiesto es archiexplícito, y si el profesor duda de ello aquí van algunos párrafos.

Se declara:

"Hemos expresado la necesidad de organizar las fuerzas obreras y estudiantiles en un solo frente de insurrección contra la reacción desembozada y bárbara del imperialismo rapaz.

Esto ha causado sorpresa e indignación –¿pero entre quiénes?– ¿qué importa que esa sorpresa, esa indignación y esa rabia la experimenten quienes precisamente lo que temen es eso?

Se recapitula:

Que mientras se dice luchar contra el nazismo somos absorbidos cada vez más, y que [...] este país, existen quienes le tienden la [...] desde las tribunas y desde las [...] le hablan de una mentida democracia.

Se [...] ⁽¹⁾ a la clase obrera y se evoca su tradición de lucha. Se le recuerda que en cambio, en este 1º de mayo de 1944 estabais en la calle escuchando a los pregoneros de la ‘unidad nacional’, de la ‘conciliación’, del ‘arbitraje’. Escuchando quizás, sin saberlo, a aquellos que en los salones ministeriales o en Palacio invocando tu nombre, te entregan...”

Con su poderoso sentido de lo esencial, dirá el profesor que todo lo anterior no vale por una tercera sino por una “cuarta posición”. Porque también estaban las posturas pro-Eje, desde la más ferviente y literal hasta las más instrumentales (“*el enemigo de mis enemigos es mi amigo*”) y reticentes. (Pues sobre este punto también podrían hacerse algunos distingos si es que ahora valiera la pena.) Con su poderoso sentido de lo esencial, decía, el profesor le pondrá otro número. Pero el débil buen sentido de los lectores de esta querrela estarán también en condición de resolver si este episodio de 1944 –antecedente y polémica– nada tiene que ver con el punto que discutimos.

(1) Los corchetes indican palabras o pasajes ilegibles en el ejemplar de *Epoca* consultado.

Carlos Real de Azúa

ULTIMA RESPUESTA A UN SEGUNDO

Epoca, 3 de marzo de 1966

En más de una ocasión, leyendo a mi replicante, he llegado a sospechar que él confía que buena parte de sus eventuales lectores no leerán mis respuestas. Es una carta más de su penoso mazo polémico que no le envidio, ciertamente. Y, para probar mi dicho, traigo ahora algunos ejemplos.

¿Cómo podría afirmar –en caso contrario– que yo estoy **defendiendo cada vez menos** el libro de Solari? ¿Por qué omite discutir que mi sexta y séptima notas contienen críticas mucho más sustanciales al planteo de Solari que todas las que él le ha hecho? Es claro que yo no tengo una cuestión personal con el libro, como mi segundo parece tenerla. No me interesa ni “defenderlo” ni “atacarlo”. Me interesa su tema. Es obvio.

EL SENTIDO DIALÓGICO DE LA VERDAD

Sin la creencia de que sólo lo han de leer a él, ¿cómo explicar su método de citarme abundantemente pero citarme en forma trunca, fabricando contradicciones donde no las hay? (El fin de

otras abreviaturas ya quedó en claro antes.) “Reconoce... no reconoce”. Sobre el carácter ensayístico o científico del libro y sobre ese problema de la fecha de origen que tanto le apasiona, el profesor emplea un procedimiento que es la mar de divertido. Consiste en tomar mis afirmaciones por cada uno de los extremos, salteándose todo lo que va en el medio. Si me cita en lo que parezco concederle y me cita en lo que parezco negarle, el resultado es inevitable. Y con la índole de mi argumentación siempre podrá hacerlo. No con buena fe, por cierto. Porque cuando hago una aseveración muy frecuentemente la matizo, la complemento con una atenuación, trato de ponerla en su justo punto. Creo que hay que tener el sentido dialógico de la verdad y mucho respeto por la verdad misma. Quien todo lo vea blanco o negro, quien no pueda escaparse de su cuadrículado mental, quien sólo vea las líneas gruesas, quien no tenga el sentido del matiz, quien no comprenda la función insustituible de lo complementario, raramente ha de coincidir conmigo. El profesor no sólo parece muy cómodo en una postura de este tipo sino que resulta de una ingenuidad semántica y dialéctica digna de antología. Si hubiera citado íntegramente todo lo que sostuve sobre el carácter del libro se vería que no hay en ello ninguna contradicción. Yo no voy a hacerlo, dilatando esta ya larguísima réplica. Está en **Epoca** del 4 de febrero de 1966. El que pueda leerla o lo haya hecho, verá que no hay en ella ninguna contradicción y advertirá, de paso, que el profesor Ardao se niega a discurrir sobre lo único importante y, en especial, sintomático, que la contradicción (ahora sí) del autor y el libro suscitan. El ha señalado con gesto triunfal que yo no había vuelto sobre el tema de las fechas de las polémicas; yo podría llenar un número de **Marcha** o de **Epoca** con todos los asuntos que él ha descartado o rehusado discutir. Porque, para poner un caso, no es repuesta decir que yo me aferro ahora a mi tesis del carácter ideológico del tercerismo, si bien primitivamente, en condición de ESBOZO o TORSO. Ni menos alinear en forma

deliberadamente caótica cinco o seis corrientes políticas y preguntarse con gesto triunfal qué puede existir de común entre ellas. Sobre ese carácter ideológico del tercerismo en su condición de esbozo o torso hablé no “ahora” sino desde el “principio” y él en cambio ha denegado tenazmente deliberar sobre una verdad elemental y hasta perogrullesca. Esto es, que “si una posición se adopta en forma común no hay algo común también que determina que ella se adopte”. Como no sea que el tercerismo pertenezca a la categoría de los actos gratuitos.

Pero esta cuestión se relaciona estrictamente con la otra — que a él tanto le enciende— del origen y desenvolvimiento del ya dichoso tercerismo. Y en esto vuelvo a repetir que el profesor Ardao es de una ingenuidad semántica y dialéctica inverosímil, de un “fijismo” inconsciente que es raro en un hombre de nuestro tiempo y que, sobre ello, enseña filosofía. El me señala la contradicción en que yo acepte que el tercerismo se **plenificó** hacia 1947 (o año más, año menos) y sin embargo siga insistiendo en que ninguna postura (y el tercerismo entre ellas) nace abruptamente y haya por ello traído a colación antecedentes indiscutibles. (Ya mencioné en esta nota alguno.) Pero, lo que es más grave, y lo que me hace hablar en especial de ingenuidad semántica, es que el profesor **ni siquiera como hipótesis** acepte la posibilidad de un “modelo” que es en verdad el centro de la tesis que pensé desarrollar y sólo quedó, ella también, en esbozo. Esto es que, si lo que fue originariamente una posición, adoptada desde muy diferentes perspectivas ideológicas y con un tenue núcleo común, no sufrió después transformaciones, no se movió en el tiempo, no varió. Y haciéndolo, no se volvió más densa y más unívoca, no se fue dibujando hasta ideología, no se hizo incompatible con actitudes que primitivamente lo habían sostenido, y aceptable para otras que en esa primera instancia lo habían rechazado. Todo esto en el cuarto de siglo más endiabladamente revuelto y dinámico que la historia haya conocido. Todo esto aun sin tener en cuenta la multiplicidad de

significaciones (técnicamente: polisemia) del "tercerismo", a la multiplicidad de planos en que puede darse. A este tema—sobre el que Solari también pasa—planeaba dedicarme. No con el fin, claro, de convencer al profesor Ardao. Para él, curioso filósofo, los términos (y ello en el lenguaje político, el más equívoco, el más resbaladizo, el más capcioso de todos) tienen un solo, original, definitivo, inamovible sentido. A él su posición, yo a la mía y a terceros a reflexionar sobre el punto si lo suponen necesario.

ALGUNOS EPISODIOS

Vuelvo—muy de prisa—a cosas más chiquitas y personales y a mis barruntos de que el profesor confía en que no me lean. Porque de lo contrario, ¿cómo juzgar que él afirme que yo "elogio" al integralismo porque haya recordado que pasó por él un brasileño y latinoamericano tan estimable como Santiago Dantas? En sus cursos de enseñanza media debe enseñar lógica el profesor y hay que presumir que conoce algo sobre falacias; hay que pensar que ese algo lo recuerda cuando su ánimo está un poco más sereno que ahora. ¿Cómo calificar así esta suposición de que el aprecio hacia alguien implica el encomio de todas las etapas sociales, políticas, ideológicas, por las que pudo pasar, desde las que pudo echarse a andar y tras golpes y redefiniciones, encontrarse?

En otras oportunidades su recurso característico representa una variante de viejos artificios de propaganda. Es el que consiste en subestimar la capacidad de discriminación del lector. Pues, sin esa infravaloración, ¿cómo puede pensar el profesor que posea valor de réplica un párrafo mío, una frase que tiene la fronteriza calidad juvenil de los 29 años? Vale la pena recordar que yo alegaba no haber conocido ninguna "organización especializada antisemita", racista, hacia los años de la guerra mundial. Que las hubo y aún las haya (a

estar a la sección "caballeros" de los cafés montevideanos) es probable; entre los de un cuarto de siglo atrás, el grupo "Fragua"—con el que por otra parte nada tuve que ver—tengo la impresión que desbordaba (con cierta ambición) la "especialidad" a que me refería. Y menos la "Acción Nacional", en la que milité, participé y en una época hasta presidí, pero que ya no existía al iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Pero el profesor ha sacado de su mazo un texto que me deja como mentiroso. Es un parrafito (o parrafada) de una nota publicada en un periódico titulado **España Nacionalista**. Dirigido por un señor Santiago Gomís a quien nunca conocí—la página la entregué por medio de un tercero—creo que no pasó de media docena de números y su tema, exclusivo y motor, era la defensa de la causa franquista. Que la propaganda de ésta se haya centrado en el antisemitismo es la primera noticia que tengo de ello (y puedo atestiguar que conozco bastante bien la literatura política de esa época). Que el antedicho periódico haya respondido a un movimiento o grupo de acción propiamente dicho, es algo que nunca supe. Y que mi parrafito (o parrafada) testimonie mi participación en un grupo militantemente antisemita ya llega a los límites del dislate. Expresión de una retórica católico-integrista exaltada, mezcla los temas del hispanismo tradicional con la virulencia de una religiosidad decorativa y belicosa. De más está decir, espero se me crea, que aunque tenga veintinueve años de escrito su estilo y su contenido no dejan de apesadumbrarme. La mención a "judíos, masones y comunistas" era en esos textos ritual—todavía creíamos que eran un todo indisoluble—. Podría proporcionarle a cualquier otro que no fuera el profesor—al profesor incluso—una carpeta entera de material semejante. Y tal vez otros periódicos y hasta fotografías del quinquenio 1936-41. No cabe duda de que, con tan valioso repositorio, sus críticas al libro de Solari quedarían muy fortalecidas, su réplica a mis observaciones cobraría una demoledora eficacia y su versión del tercerismo se haría incontrovertible. Por ahora me quedo obser-

vando un punto. El profesor Ardao es abogado y habrá alegado de bien probado en numerosas ocasiones. Si todos sus alegatos se basan en pruebas de esa categoría dudo bastante que gane muchos juicios.

Poco después —no recuerdo en cuál de sus numerales— el profesor aspira a dejarme de nuevo en falso. Es a propósito de mi libro de 1943, **España de cerca y de lejos**. Unas líneas de su prólogo, en las que se habla de la derrota del nazismo, le dan pie para suponer que toda la obra fue una abyecta tentativa de salto al carro de los vencedores. Pero el profesor olvida la elemental verdad psicológica de que cuando alguna causa —originariamente o por nueva visión y dictamen— le parece negativa hasta el extremo de la malignidad, mecanismos tiene la conciencia —ética-histórica— para dar por descontada su derrota. En **Marcha**, desde 1939 hay textos en que se da por segura esa derrota. ¿Era una realidad objetiva? ¿Lo era ya en 1943? ¿Y lo era a mediados de 1942 en que (como podría comprobarlo) el libro —más largo y complicado que lo habitual de los míos— comenzó a gestarse? Descender a estas minucias deprime, tanto contestarlas como preguntarlas.

PERSONALIZANDO

Personalizar, sin embargo, ha querido el profesor y personalizando he tenido que seguirle. Dos personas hay detrás de esta controversia más ilustrativa sobre ellas que sobre cualquier otro asunto.

Especialistas tienen la ética y la psicología profunda para apreciar en todo su significado la exuberante satisfacción de sí mismo —en su pasado y en su presente— que se desprende de las palabras del profesor. Es una de las “*buenas conciencias*” sobre las que noveló el mexicano y, en un texto más antiguo y más ilustre, el Evangelio, pasan algunos émulo suyos y aun una secta entera grabada con un mordiente que ha resistido los

siglos. El tercerismo también tiene sus limpias manos y sus altísimas frentes. El profesor, en cambio, parece no comprender —él dice que me “*jacto*”— el gesto de alguien que se asume con gesto enterizo en lo que fue, en lo que es, en lo que piensa que ha de ser. Tenga la seguridad el profesor que nadie “*se asume*” —por lo menos en todas las regiones de su ser— con alegría pero, de alguna manera, siempre accede a la conformidad quien, más allá del promedio de su vida, se ve más libre, más auténtico, más disponible para una acción que lo trascienda, que muchos “*puros*” y muchos orondos. Si el profesor quería golpes en el pecho y, sobre todo, ante él, se va a quedar con las ganas. Si quería autocríticas del tipo de tantas conocidas, también se va a quedar en la misma forma, si no le basta la respuesta de que toda mi trayectoria intelectual de los últimos veinte años es esa autocrítica que yo mismo me he reclamado.

El, claro, nunca cree haberla necesitado. Un tercio de siglo en el **granítico reducto** del latinoamericanismo, el antifascismo, el antiimperialismo y la democracia-social. ¿No cree el profesor que para una guerra es demasiado tiempo en una trinchera o casamata o **granítico reducto**? ¿No cree que una guerra tan larga hubiera exigido alguna concepción de movimientos, alguna salida, alguna acción de entrevero, algún esfuerzo por romper las líneas? El dice que tal vez por **falta de imaginación**, y esta cualidad (y por más de una razón) bien puede reconocérsele. El profesor sólo ha mostrado imaginación en su historia de mi vida.

Un tercio de siglo en un **granítico reducto** parece en principio una actitud tan fiel como desusada. A no ser... a no ser... A no ser que la satisfacción de la residencia en el **granítico reducto** supere con creces la conciencia de la factible ineficacia de tan largo enclaustramiento. A no ser que la “*guerra*” no se sienta siempre como guerra. Y a no ser también que el **granítico reducto** sea menos incómodo y tal vez más protegido que cualquier barrosa trinchera o trocha del mundo.

En su tercio de siglo de reducto, el profesor Ardao ha sacrificado sin duda muchas cosas. Muchas cosas que su talento le abría. Tal vez una gran carrera profesional, tal vez un remunerativo destino político. Pero el profesor reconocerá que a integrar "la nueva clase" han renunciado —y no sólo él— prácticamente todas las personas que algo importan en el sector cultural y enseñante del país. Con el agregado que para la inocuidad, el desmedulamiento y la rapacidad que importan casi siempre una carrera política triunfal en "nuestros grandes partidos históricos" no alcanza sólo una opción ética (negativa). También se requieren aptitudes determinadas, condiciones especiales que muchos, muchísimos, no poseen. Fuera de todo esto, es posible que el **granítico reducto** del profesor haya sido menos incómodo que las intemperies de otros y los variados desmarques de algunos. En su **granítico reducto** doctrinal, el profesor ha sido respetado como pocos. Casi ninguna personalidad importante del tercerismo o de la izquierda ha dejado de ser atacada —y algunas hartó reiteradamente incluyendo quienes son más allegados a él— por la "prensa grande". Uno solo ha escapado siempre a este manoseo: es el profesor Ardao, un hombre que es garantía contra todos los excesos. De su **granítico reducto**, en alas de la historia de las ideas ha salido también muchas veces. Varias preguntas ha hecho el profesor Ardao. Yo voy a hacerle una sola. Con esos amables y fructíferos congresos de la zona Caribe (cuyos "líderes" —Figueres, Muñoz Marín, Betancourt, el Juan Bosch de antes— estudió con fraternal inquietud—), ¿nada tienen que ver las consabidas "fundaciones" de las consabidas empresas del consabido país? ¿O se trata de un antiimperialismo *ma non troppo*?

EL PASADO Y EL FUTURO

No quiero seguir en este camino. Ni tampoco negar que en circunstancias históricas determinadas (que no creo justamen-

te hayan sido las de los últimos tres decenios) esa persistencia un poco mineral —a lo del "viejo de la pampa de granito"— pueda no tener sentido. El profesor Ardao pudo reconocer que somos dos caracteres distintos y, en ese punto, el choque personal ser cerrado amablemente. En el **Tratado de caracterología** de Le Senne —párrafos 32 a 40— cabría encontrar las claves de nuestra diferencia. Soy uno de los pocos autores y/o personas que Solari cita en su libro. Una es para recordar la triste empresa del ruralismo, otra es para refutar —con pocos fundamentos a mi parecer— una opinión mía sobre "conciencia nacional" en el Uruguay. ¿Qué artillería no hubiera desenfundado el profesor ante semejantes menciones? En cambio, de mí, dice que **defiendo** un libro que así me trata. Yo no digo tanto, sólo que mantengo mi equidad. Ser un "primario" y no un "secundario" para usar los términos de Le Senne sirve por lo menos para no resultar enfermizamente susceptible.

Actitudes políticas distintas implican también los dos tipos humanos. La jerga política acuñó el término de "aventurerismo" y la palabra, en verdad, no apunta a un fantasma aunque contenga connotaciones de medro personal que frecuentemente faltan en él. Me parece en cambio que las nociones de la "contingencia" y la "ambigüedad" de la historia que el pensamiento existencial maneja, dan mucho más en el centro del asunto, en el corazón de la cosa. Puedo decir que cuando leí **Humanismo y terror**, el admirable libro de Merleau-Ponty, mucho me fue revelado incluso sobre mí mismo.

Y entre ello los errores y los excesos a que puede llevar una vivencia demasiado intensa de aquellas dimensiones del acontecer humano. El profesor Ardao no está, ciertamente, en peligro de caer en tales baches. Para él la acción sólo importa percutir desde un más arriba de todas las mareas, la misma esporádica, y tal vez fatigada campana.

Eso le basta para su extrema satisfacción y para levantar el dedo acusador contra las confusiones y sus autores. Y para

recordarme a mí sucesos de mis diecisiete años. Harto ya de todo esto, abrevio. A los diecisiete años estuve —como probablemente estuvo él— en todos los actos y manifestaciones contra el golpe de Estado de 1933. En 1938 apoyé la salida baldomirista. En 1950 trabajé por la candidatura presidencial de Eduardo Blanco Acevedo. Supongo que a eso es a lo que refiere cuando apunta mi militancia en los grupos **más reaccionarios y proimperialistas del ex terrismo**. Desde hace varias semanas el profesor Ardao es miembro de número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, esa briosa corporación que preside el Sr. Ariosto González y que, como todos sabemos, se dedica hace tantos años a la audaz renovación de nuestros estudios historiográficos. Allí será cofrade del doctor Blanco Acevedo y podrá explicarle el fundamento de sus calificativos. Por mi parte, hoy que el Dr. Blanco está fuera del juego político, sigo opinando de él que fue uno de los uruguayos de los últimos decenios más dotados de capacidad de “*hombre de Estado*”, “*político*” poco feliz también y en general mal rodeado. Teniendo sin embargo en cuenta su indiscutible primera calidad, la posibilidad de su elección me pareció una contingencia interesante que, por otra parte, nada tenía de más **reaccionaria y proimperialista** que la de sus rivales.

Sobre la invención de un “*ruralismo popular*” en 1958 se ha hablado bastante y algún día habrá que hacerlo más. No ahora, por cierto. Pero hay algo en lo que el profesor Ardao falta claramente —y a sabiendas— a la verdad (para usar un término suave). El “*Chico-Tazo*” al que yo, maquinalmente, y otros en forma mucho más cabal, tratamos de darle un alma y un significado positivo no era el **mimado de la reacción y el imperialismo**. (El profesor ha desenfundado para el caso un lenguaje que le es muy habitual.) Todo lo contrario. La prensa grande de ese tiempo, y especialmente la del Partido Nacional, no pasaba día sin cascotearlo. Y algún alto jurista de la oligarquía reclamaba contra él la intervención de los Fiscales del

Crimen. No negará el profesor que con este cuadro y, en medio, un enigmático movedor de multitudes, la contingencia era aun más interesante que en el caso anterior y nuestro error tiene algunas explicaciones.

Me asumo, como decía, y no pido disculpas. Demasiado ineficiente fui en todas esas salidas para haber causado a nadie un mal objetivo e irreparable. Tampoco lo ha causado el profesor Ardao que, sin embargo, en este punto, nunca parece haber sentido la necesidad que a mí y a otros nos ha acuciado. Esto es: encontrar, no en el año 2000 sino ahora y aquí, una salida, una apertura, un “*take off*” al estancamiento, al envilecimiento, a la lenta muerte del Uruguay en que vivimos. Porque a él ni siquiera se le vio en 1962 y en oportunidad en que la izquierda buscó formas políticas viables y capaces de romper el cerco del crecimiento milimétrico.

Yo diría que eso, hasta nueva demostración, lo sitúa. Y lo mismo su casi inquebrantable silencio ante el fenómeno capital que, desde 1959, divide la opinión política latinoamericana. Sin embargo, aparentemente olvidadizo de su propia imprecisión, el profesor quiere saber dónde estoy y dónde estaré.

De dónde estoy, este mismo lugar en que le contesto algo podría decirle. Y también mis esfuerzos en 1962. Y también más de tres lustros de colaborar en **Marcha** sobre temas por lo general mucho más candentes y cercanos que los suyos. Y también todo lo que he escrito desde hace mucho tiempo y en lo que poco (salvo en la forma) querría rectificar. Y siempre, a diferencia de él, saliendo al choque Angel Rama decía que los prólogos a la **Antología del ensayo uruguayo contemporáneo** son un manifiesto y tenía razón. Nunca, a diferencia de otros, oculté mis opiniones.

En cuanto al futuro, sobre el que el profesor irónicamente se pregunta, dejémosle a él la sentencia. Pero le puedo asegurar al profesor que si el Gran Cambio que tantos esperamos (no estoy seguro que él) no nos encuentra bajo tierra, ese futuro dirá

quién va a ser capaz de servirlo con más devoción. Tal vez se dirá que no me impongo una marca muy exigente.

Arturo Ardao

TERCERISMO EN EL URUGUAY

Marcha, Nº 1294, 4 de marzo de 1966

Habíamos señalado sendos errores básicos de hecho, de método y de concepto. Este último es el error fundamental – fuente, en cierto modo, de todos los otros– porque ha resultado de considerar al tercerismo como una “ideología”. Muy diversas y en ciertos casos muy opuestas ideologías –ya lo hemos dicho– condujeron en nuestro país, como en todo el planeta, a definir (desde 1947) una “tercera posición” frente a las dos previas de alistamiento tras Washington o tras Moscú en el seno de la guerra fría.

Tercera posición en el campo de la política internacional. Por lo tanto, con una significación infinitamente más limitada –por circunstancial y transitoria– que la de una ideología. En nuestro país la asumieron: herreristas; demócrata-sociales; otros blancos y colorados; socialistas; sin partido; anarquistas.

El propio libro al que respondemos hace esa misma enumeración, al hablar del tercerismo estudiantil. Y reconoce en cierto momento que se trata de “grupos de muy diferente extracción ideológica, cuyo acuerdo se limita al campo internacional...” (pág. 89). (Los subrayados son nuestros.)

Tercerismo, por otra parte, fue un término polémico creado e impuesto por los adversarios de derecha (los pro-Washington), para reunir bajo una sola denominación y atacarlos juntos a todos los sostenedores de una tercera posición. Para atacarlos juntos a todos ellos, identificándolos a la vez con sus adversarios de izquierda (los pro-Moscú). Crearon el término tercerismo, precisamente para utilizarlo, conforme a sus fines, como sinónimo de comunismo, o por lo menos de pro-comunismo.

De una actitud de estrategia política (que en el caso de algunos gobiernos —de izquierda y de derecha— fue además diplomática), puramente ocasional, traída por el curso de los acontecimientos internacionales y destinada a ser arrastrada un buen día por ese mismo curso, se ha venido a hacer ahora nada menos que una ideología.

Reunir a todo el conglomerado de grupos políticos arriba mencionados, en una ideología, supone desde luego una grave confusión en el punto de partida. Pero más grave que eso es el denso confusionismo en que se desemboca en el punto de llegada. Confusionismo tanto mayor cuanto que, por la creencia de que hay una ideología llamada tercerismo, se ha perdido de vista, precisamente por confusión, *las efectivas ideologías* (antagónicas a veces), que han informado a las distintas posiciones terceristas.

Curioso ha sido así que, enjuiciándose las ideas, tesis o definiciones esenciales sustentadas por esta hoja desde su fundación en 1939, se las haya referido, "ideológicamente", al llamado tercerismo que (como simple posición de política internacional), aparece recién en 1947. Olvido, y objetivamente ni sospecha siquiera, de la ideología del grupo demócrata-social, establecida en su plataforma inicial de 1928, uno de los documentos capitales de este siglo en la evolución de las ideas políticas en el Uruguay. Esa ideología fue desenvuelta en la continuidad periodística del diario **El Nacional** (1930-31), el

semanario **Acción** (1932-39), y esta hoja (1939 a la fecha), más allá aun de la existencia orgánica de aquel grupo partidario.

En el curso de esa presencia ideológica, la tercera posición advino en cierto momento como un fenómeno político meramente estratégico, de carácter accidental, episódico, pasajero —aunque en su coyuntura histórica haya sido muy importante como tal fenómeno político— con relación a aquella presencia. Otro tanto cabe decir de la relación entre la tercera posición y las demás ideologías, tan diversas, que por motivaciones igualmente diversas condujeron a ella.

Sin embargo, a ese simple precipitado político de dichas diversas ideologías —traído por las circunstancias internacionales y llevado por ellas— que ha sido la tercera posición —o si se quiere, las terceras posiciones— se le ha inflado hasta convertírsele en una ideología a él mismo, bajo el nombre de tercerismo. Se le ha dado así, o se le ha pretendido dar, una sustancia o significación doctrinaria que sus propios ocasionales sostenedores nunca le dieron, porque para ellos lo sustancial o significativo era otra cosa: la efectiva ideología (nacionalista o internacionalista; de izquierda, de centro o de derecha) en que respectivamente se apoyaban. Visto el tercerismo como una ideología, se ha partido de una verdadera caricatura (en deformación enana) del concepto de ideología, pero a la vez de una verdadera caricatura (en deformación gigante) del concepto de tercerismo.

Lo anteriormente expuesto nos permite ser ahora breves en la determinación de varias de las confusiones accesorias a la atribución al tercerismo del carácter de ideología. Según la enumeración que oportunamente hiciéramos, confusiones del tercerismo con: a) neutralismo; b) antiimperialismo; c) grupo; d) tercera fuerza, tercer bloque o tercer poder; e) Tercer Mundo; f) nacionalismo. En el número del 28 de enero vimos ya la a), y dejamos para el próximo la f).

b) **Confusión del tercerismo con antiimperialismo. A**

esta confusión ya hemos tenido ocasión de aludir en una nota anterior (31 de diciembre). Un fragmento de un discurso de Quijano conteniendo una crítica del imperialismo norteamericano en América Latina (año 1950), sin ninguna referencia directa ni indirecta a la tercera posición o, dígase, tercerismo, es incluido en el "Apéndice" como documento tercerista.

Fragmentos similares del mismo autor pudo encontrarse en abundancia desde un cuarto de siglo atrás, mucho antes de que el tercerismo apareciera ni pudiera aparecer. Pero fragmentos similares en lo que tiene de crítica del imperialismo norteamericano, pudo encontrarse también en abundancia en los escritos de los marxistas-leninistas pro-soviéticos, tan ajenos a la tercera posición como los pro-yanquis.

Mucho se podría escribir sobre esta confusión, madre de tanto confusionismo. Baste señalar que lo que esencialmente el libro contiene de crítica al tercerismo (a la "ideología tercerista") es crítica del antiimperialismo. En esta crítica se halla en realidad la médula del libro. Una crítica que, por ser del antiimperialismo, no apunta sólo al tercerismo. A vía de ejemplo: "Pero dejando de lado las suposiciones todo parece indicar que el antiimperialismo no da una respuesta suficientemente clara y unívoca a los problemas del mundo actual" (pág. 37). "Aquí sólo corresponde señalar que el tercerismo ha dedicado muchos mayores esfuerzos a condenar el imperialismo, que a trazar una línea unívoca de resistencia contra él. Todo parece indicar que ha reunido una serie de slogans como la 'unidad de los pueblos latinoamericanos', 'el común destino de América Latina', etc., sin explicitar los medios concretos por los cuales se lograrán los propósitos" (pág. 71). "Las funciones manifiestas (de la condenación antiyanqui y antiimperialista), las más visibles, no merecen ser detalladas: reforzar la unidad del grupo, proteger la ideología son algunas de ellas. Más interesantes de explorar parecen ser las funciones latentes, las no percibidas como tales por los terceristas. A título de hipótesis podrán

proponerse las siguientes: —Una función de justificación explicativa. Los males de América Latina y el Uruguay derivan esencialmente del imperialismo (...) Por último la ideología parece tener una clara función escapista" (págs. 72-73).

No entra en nuestro propósito analizar esos como otros aspectos de la crítica hecha al antiimperialismo. Las transcripciones tienen por único fin mostrar de qué manera la crítica del antiimperialismo aparece bajo la forma de una crítica a una supuesta "ideología tercerista". En ningún momento hemos querido polemizar en torno a las opiniones o "impresiones" subjetivas del libro, sino mostrar sus errores y confusiones.

c) **Confusión de tercerismo con grupo.** Por ejemplo: "En cuanto al tercerismo como grupo, no ya como ideología, ha tendido a acentuar sus divisiones" (pág. 36). ¿Será necesario aclarar, después de lo que ya se ha visto, que el tercerismo — formado por grupos terceristas y por terceristas ajenos a grupos— nunca fue en el Uruguay un grupo? ¿Qué base documental podría exhibirse?

d) **Confusión de tercerismo con tercera posición, tercer bloque o tercer poder.** Por ejemplo: "La formación de una tercera fuerza en el mundo crearía un sistema de equilibrio tal que impediría a los dos grandes bloques el terminar en una nueva guerra (...) la idea de crear un tercer poder, si no equivalente por lo menos aproximado al de los otros dos grandes poderes..." (págs. 51 y ss.).

Mucho también habría que hablar sobre esta confusión. El tercerismo uruguayo, en cualquiera de sus manifestaciones, nunca intentó propiciar la organización de una tercera fuerza, tercer bloque, o tercer poder en escala mundial. Sólo el tercerismo europeo en algunas de sus manifestaciones aspiró a ello, desde un inicial y fugaz conato franco-inglés (fines del 47 a principios del 48), encabezado por Blum y Attlee, hasta los más recientes sueños de "grandeur" de De Gaulle. Otras formas de tercerismo europeo, el tercerismo afro-asiático y el tercerismo latinoame-

ricano, sólo participaron en tentativas de agrupamientos regionales.

En el plano de la política internacional de poder, a lo más a que ha aspirado el tercerismo uruguayo ha sido a constituir la Unión Latinoamericana. Y eso mismo, sólo en algunas de sus tendencias, como la representada por esta hoja, sin que, por otra parte, fuera en este caso un aporte de la tercera posición en cuanto tal, sino una constante de la ideología (ahora sí, *ideología*), del grupo demócrata social, definida desde 1928.

A "crear un tercer poder, si no equivalente por lo menos aproximado al de los otros dos grandes poderes" (como se dice en el libro, sin apoyarse en ninguna documentación), no sólo no se aspiró por nuestro tercerismo, sino que tampoco, por muchos motivos, se podía y se debía aspirar. Sólo se podía y se debía aspirar a que la tercera posición sostenida en el pequeño Uruguay se integrara en una gran corriente mundial de opinión a favor de la paz, alimentada por los terceristas de todos los continentes.

e) **Confusión de tercerismo con Tercer Mundo.** Esta confusión resulta no tanto de identificar expresamente tercera posición y Tercer Mundo, como de no distinguirlos debidamente (págs. 18, 33, 34, 56).

La tercera posición se da de un modo muy característico en el llamado Tercer Mundo, pero también en los dos primeros. Y a la inversa, las dos primeras posiciones, la pro-Washington y la pro-Moscú, han encontrado en el llamado Tercer Mundo verdaderos paraísos: piénsese en Asia con las dos Chinas, las dos Coreas, los dos Vietnam, etc.; en Africa, en América Latina, en nuestro propio país. Los terceristas europeos o los propios terceristas norteamericanos —desde un Russell a un Oppenheimer—, en cuanto terceristas, han sido más solidarios de los terceristas del Tercer Mundo que las caudalosas corrientes nativas "alineadas" tras uno u otro de los Dos Gigantes, que en ese mismo Tercer Mundo circulan y en general dominan.

Arturo Ardao

CUARTA RESPUESTA A UN TERCERO (I) El impulso sin freno

Marcha, N° 1295, 11 de marzo de 1966

Cuarta correspondencia de Carlos Real de Azúa... Será la última, promete. Como prueba de sensatez, en cambio, esta promesa es la primera.

I. RECAPITULACIÓN

Puesto que hemos llegado al final, por decisión de quien tomó la iniciativa, recapitulemos.

El Director del Instituto de Ciencias Sociales publica un libro sobre **El tercerismo en el Uruguay**. El sentido más íntimo y esencial de ese libro es una severa crítica del antiimperialismo, presentada bajo la forma de una crítica del tercerismo. De manera muy expresa, tanto una como otra crítica están dirigidas principal, ya que no exclusivamente, contra este semanario. Resulta así, en primer lugar de su texto; en segundo lugar del llamado "Apéndice documental", 9 de cuyas 13 piezas son editoriales de **Marcha**. De estos 9 editoriales, 5 son de nuestra pluma: "El divorcio de yancófilos y rusófilos" (1947), "Tercera posición" (1948), "La tercera posición" (1951), "Sobre tercera

posición" (1951), "Puntualizaciones" (1951), ínfima parte, por lo demás, de lo que a lo largo de los años dedicamos al tema.

Recordamos lo anterior, con tales detalles, para que se tenga presente, una vez más, la motivación, incluso personal, que tuvieron nuestras notas de enjuiciamiento del libro. Este libro (en uno de cuyos pasajes se dice: "*Es probable que esta caracterización del tercerismo sea cruel y caricaturesca*"), no iba a quedar sin la respuesta de alguien de esta hoja. Que nosotros hayamos asumido esta tarea tiene a su vez alguna lógica.

Le señalamos al libro —prescindiendo de sus respetables aunque no compartibles opiniones subjetivas— errores de hecho; de método y de concepto. En cada uno de esos tres grupos de errores aislamos uno básico, programando para cada uno un capítulo de nuestra réplica.

Error básico de hecho: "*Desde hace más de 20 años la cuestión suscita (en el Uruguay), las más ardientes polémicas*". 20 años atrás el tercerismo no había aparecido en el Uruguay ni en el resto del mundo. **Error básico de método:** "*He tratado de basarme lo menos posible en estas últimas (las impresiones personales) y descargar todo el peso sobre las primeras (las fuentes documentales), para mantenerme en el plano más objetivo posible*": con asombro del lector, en el libro sucede todo lo contrario. **Error básico de concepto:** "*El objetivo de este estudio es una ideología: el tercerismo tal como se ha manifestado en el Uruguay*": el tercerismo no es ni ha sido una ideología.

Ya en nuestra primera nota (17 de diciembre) anunciamos un capítulo para cada uno de esos errores, al mismo tiempo que un cuarto y último sobre la llamada "ideología del desarrollismo", contrastada, como lo hacía el libro, con la supuesta "ideología" del tercerismo. En la tercera nota (31 de diciembre) llegamos hasta la conclusión del segundo capítulo. Recordamos allí que quedaban pendientes todavía dos.

Fue en esas circunstancias que inesperadamente nos salió al cruce un tercero a quien nadie le había dado vela en aquel

entierro. Sin aguardar al final de nuestra exposición, en dos extensas notas (4 y 5 de enero), dedica tres páginas del diario donde escribe a refutarnos. Que discrepara y expresara su punto de vista, aun con ese apresuramiento, muy bien. Estaba en su derecho. No lo estaba, en cambio, a hacerlo con la desconsideración personal e intelectual con que lo hizo, sobrándole motivos para proceder de otro modo. Con el libro en cuestión veníamos siendo nosotros severísimos, es muy cierto. Pero él, ¿qué tenía que ver con el libro, para atacarnos además de refutarnos? ¿Qué razón o qué necesidad tenía de colocar la inevitable polémica que provocaba, en el plano y en el tono en que de entrada la colocó?

Por otra parte, ¿en qué y cómo nos refutaba? Nada menos que en la crítica a todos y cada uno de aquellos **errores básicos**, con la más desenfadada irresponsabilidad. En lugar de leer *atentamente* nuestras notas y estudiarlas para orientarse en un tema que resultaba ser de su interés, agrava y aumenta precisamente todos y cada uno de aquellos mismos errores básicos, al impulso sin freno del consabido "impresionismo" —por llamarlo así— con que algunos vienen maltratando entre nosotros al noble género del ensayo.

No hay mal que por bien no venga. Los errores se han ido haciendo así cada vez más patentes para cualquier clase de lector.

II. VUELTAS DE TUERCA

—Respecto al **error básico de hecho**, en un tardío intento por encontrar alguna de las famosas "*ardientes polémicas suscitadas desde hace más de 20 años*", la cuarta correspondencia indica ahora un manifiesto de la FEUU de 1944 que es de simultánea crítica al imperialismo y al sovietismo, sin perjuicio de apoyar expresamente en plena contienda armada, la alianza militar de ambos contra el nazismo. Tanto, que una de sus partes se titula "No somos neutralistas". *En lo internacional*,

que en esos momentos estaba determinado por el hecho de la Guerra, *alineamiento junto a uno de los bandos, el bando de las Democracias Occidentales y la URSS, estrechamente aliados.*

¿Qué tiene que ver eso con la todavía futura tercera posición, surgida recién en 1947, no sólo después del aniquilamiento del Eje, sino después —y como consecuencia— del divorcio entre las llamadas Democracias y la URSS y todavía después de la polarización de aquéllas en el único Gigante centro de poder constituido por Washington?

Todos los que tenemos que ver con la docencia, sabemos que los ejemplos negativos, los que muestran lo que no es una cosa, suelen ser más eficaces para aclarar en algunas mentes esa misma cosa, que los ejemplos positivos. ¿Qué mejor ejemplo de lo que no es la tercera posición, o sea el llamado tercerismo en el seno de la Guerra Fría, “estallada” en 1947, que ese manifiesto de 1944, en el seno de la Segunda Guerra Mundial?

Mientras no se vea con alguna claridad el surgimiento del tercerismo en 1947 como posición internacional en el cuadro de la Guerra Fría entre los Dos Gigantes, *de tercerismo nada se habrá entendido.* Lo hemos dicho ya más de una vez, y tenemos que repetirlo.

La memorable campaña de Henry Wallace a partir de abril, el histórico artículo del radical socialista Jacques Kayser en junio, la inmediata intensa acción del socialista Blum, la declaración del Obispo de Nueva York en octubre, el resonante manifiesto de los intelectuales franceses, desde el socialista Paul Rivet al católico François Mauriac, en diciembre, serán reconocidos en cualquier tiempo por los historiadores, como iniciales jalones fundamentales de una vasta posición internacional frente a la nueva guerra llamada fría, guerra sobrevenida en el 47, apenas dos años después de la paz del 45: la *tercera posición*, diversificada en múltiples terceras posiciones, y origen del término, todavía no conocido, de *tercerismo*.

—Respecto al **error básico de método**, después de haber

exaltado calurosamente “*la impregnación subjetiva de todos los planteos*” del libro, no ha tenido el tercero más remedio que reconocer que su autor había prometido un *análisis objetivo, documentado y sometido a método.* En su tercera correspondencia todavía negaba la voluntad de método, que atribuía osadamente a nuestra “imaginación”. Puesto frente al texto respectivo, pide ahora a los lectores que sea “comprendido y absuelto” porque no podía en el rigor del verano releer el libro “*hasta una enésima instancia*”. Por nuestra parte, indulgentes una vez más, lo comprendemos y lo absolvemos. Que sus demás lectores hagan lo mismo.

—Respecto al **error básico de concepto**, la cuarta correspondencia insiste todavía a esta altura en considerar al tercerismo una “ideología”. Mucho más por esto que por su incitación a Franco cuando la guerra de España a “*reconquistarnos para Cristo y sus valores permanentes*”, el autor tiene asegurada su entrada al Reino de los Cielos.

Salvo que debemos rendirnos ante este argumento decisivo que ahora hace: “... él (nosotros) *en cambio, ha denegado tenazmente deliberar sobre una verdad elemental y hasta perogrullesca. Esto es, que si una posición se adopta en forma común no hay algo común también que determina que ella se adopte*”.

Lo que ya Perogrullo sabía muy bien es que una cosa es una posición ideológica y otra una posición política interna o internacional (tomada la palabra política en su acepción práctica, sea de estrategia, sea de táctica). El liberalismo, el socialismo, el comunismo, son ideologías, que pueden ser llamadas también posiciones ideológicas. La alianza cuando la Segunda Guerra Mundial entre Estados Unidos y otros países liberales, con la URSS, fue una posición de política internacional, llevada a los terrenos diplomático y militar. Esa posición común, ¿significaba la profesión de una ideología común?

En la segunda vuelta de las recientes elecciones francesas,

la extensa derecha fascistizante, con su candidato Tixier-Vignancourt eliminado en la primera vuelta, volcó sus votos a favor del socialista Mitterrand, votado desde el principio por los comunistas. Lo que había de "común" en "la posición" adoptada por todos esos núcleos, ¿era la profesión de una misma "ideología"?

Del mismo modo, el tercerismo de Perón (partidario que fue del Eje), el del comunista Tito, el de los gobiernos socializantes de Suecia o de la India, todos ellos producidos en plano diplomático, ¿han integrado una misma ideología? En otro plano, el tercerismo del rooseveltiano Wallace, el del pro-marxista Sartre, el del católico Mauriac, ¿han integrado una misma ideología? En otro plano todavía, para venir al Uruguay, el tercerismo de los herreristas, el de los demócrata-sociales, el de los socialistas, el de los anarquistas, ¿han integrado una misma ideología?

Desde distintas ideologías, por motivaciones internas de esas mismas ideologías, se han perseguido objetivos políticos comunes en materia internacional a través de la llamada tercera posición: fundamentalmente la defensa de la paz y la resistencia al imperialismo, ninguno de ambos objetivos, por otra parte, exclusivos de los terceristas, así como éstos, también, mucho han diferido entre sí en el conjunto de sus respectivas políticas internacionales. Aun aislada de todo lo demás la política internacional, el tercerismo no ha podido ser más que *un elemento*, aunque muy importante, tenido en común en esa política internacional, divergente después en muchos otros aspectos: fuera de la nota tercerista, muy diversas han sido entre sí las sendas políticas internacionales de—para seguir con los mismos notorios ejemplos nacionales—herreristas, demócrata-sociales, socialistas, anarquistas.

III. EVOLUCIÓN Y ESTADO ACTUAL DEL TERCERISMO

No hay mal que por bien no venga, repetimos. Las refutaciones de un tercero han servido admirablemente para radiogra-

fiar hasta en sus detalles, las confusiones que habitan en ciertas cabezas. Confusiones individuales que nada significarían en sí mismas, pero que llevadas al paciente plomo de la imprenta, se convierten en fuente de graves confusionismos colectivos.

Completando sus finales (y tan contradictorias) incursiones por el terreno de la "ideología tercerista", que lo han llevado de la tesis de la ideología en esbozo (o en subdesarrollo) a la tesis de la ideología sólo al principio en esbozo y hoy plenamente dibujada (o desarrollada), sugiere ahora que: a) consideramos rígido, inamovible, inmodificado al tercerismo a través de los años; b) que no nos interesa saber dónde está hoy el tercerismo y en qué rumbo va.

Se sabe ya con qué *atención* lee un tercero. Al terminar el primer capítulo de nuestra réplica, capítulo dedicado al error básico de hecho, en torno a los orígenes del tercerismo, dijimos el 24 de diciembre, bien antes de que el tercero saliera a terciar:

"De profundo interés sería seguir el proceso del tercerismo mundial, latinoamericano y uruguayo, a lo largo de los años, y sobre todo establecer su real situación presente, muy distinta de la de la primera hora. Ello escapa a nuestro actual objeto. Lo expuesto respecto a su génesis histórica, muestra sobradamente lo que nos proponíamos en esta primera parte de nuestras notas".

En el cumplimiento del programa de nuestra réplica, no hemos terminado todavía el capítulo tercero. Recién en el cuarto y último, al hacer la confrontación de tercerismo y desarrollismo que hemos anunciado desde nuestra nota inicial del 17 de diciembre, abordaremos esos aspectos. Ya lo hubiéramos hecho, sin duda, de no habernos retrasado la atención con tanta impaciencia solicitada por un tercero.

IV. TERCERISMO Y NAZI-FASCISMO

Un enigmático resorte de psicología profunda llevó a nuestro contrincante a mentar espontáneamente en este debate

aquel tercerismo –en efecto ha existido– de los que defendieron la causa del Eje e hicieron a la vez antisemitismo. Y a mentarlo como un fenómeno al que él hubiera sido en absoluto ajeno.

El mismo resorte lo empujó luego a destacar la condición de cabecillas populares de ex miembros del “*integralismo fascista*” brasileño y de la que fue corriente argentina de “*adhesión al Eje y a un nacionalismo de tipo extremista*”, para agregar: “*No me siento incómodo al lado de esos ‘equivocados’*”. (El comillado de “equivocados” es suyo.)

Existía el deber de llamar a esa jactancia “nuevo factor de confusión sobre un pasado criminal cuyo regreso nos amenaza todos los días”. Ahora invoca para ella la protección de un liberalismo político y filosófico que ha denigrado toda la vida.

Su cariñoso recuerdo para el *liberalismo*, en resguardo de aquella jactancia, mucho nos trae a la memoria el que hacían las pandillas de estudiantes fascistas, cuando en 1941 una vigorosa movilización de la FEUU impuso la clausura del pasquín de los nazis uruguayos, por sarcasmo llamado **Libertad**. No lo habrá olvidado.

La jactancia circula de nuevo por líneas y entrelíneas de su cuarta correspondencia, que contiene, por cierto, buenos datos y recuerdos *militantes*. Al fin, que no se espere “golpes en el pecho”. ¿Para qué? El “*mea culpa*” ya fue entonado en otra época.

Arturo Ardao

LA ZONA CARIBE

Marcha, N° 1296, 18 de marzo de 1966

Como el guerrero parto, al retirarse, la flecha (en este caso ingenuamente) envenenada. Empleándose a fondo, dice nuestro contrincante en su despedida:

“*Yo voy a hacerle una sola (pregunta). Con esos amables y fructíferos congresos de zona Caribe (cuyos ‘líderes’ –Figueres, Muñoz Marín, Betancourt, el Juan Bosch de antes– estudió con fraternal inquietud, ¿nada tienen que ver las consabidas ‘fundaciones’ de las consabidas empresas del consabido país?’*”

A esa solitaria pregunta respondemos rápidamente: **nada tienen que ver.**

Podríamos poner ahí el punto final que tanto ansiarán los lectores de esta tercera sobre el tercerismo, si es que existen. Contestada está la pregunta. Pero ahora, por nuestra exclusiva cuenta, vamos a hacer algunas especificaciones sobre los congresos –y también sobre los “líderes”–, porque aquí reaparece el **consabido** confusionismo, en puntos que no son de mero alcance personal. Además, por poco que personalmente representemos, está cuestionada esta hoja misma.

En la "zona Caribe" hemos asistido:

—1º En 1949, al *Primer Congreso Universitario Latinoamericano*, en Guatemala; integramos la delegación oficial de la Universidad de Montevideo, bajo el Rectorado de Leopoldo C. Agorio.

—2º En 1956, al *Primer Seminario de Historia de las Ideas en América*, en San Juan de Puerto Rico, organizado por el "Comité de Historia de las Ideas en América", con sede en México y presidencia de Leopoldo Zea: fuimos invitados por las autoridades de la institución organizadora, a la que pertenecemos desde su fundación en 1948, cuyo efímero comité filial uruguayo (1956-57) integraba en la fecha del Seminario quien ahora interroga.

—3º En 1960, a la *Mesa Redonda sobre el Movimiento Emancipador de Hispanoamérica*, en Caracas, organizada por la Academia Nacional de la Historia de Venezuela: fuimos invitados por la Academia organizadora.

—4º En 1962, a la *Conferencia de Historia de las Ideas*, en México, organizada por la "International Society for the History of Ideas", Sociedad que tiene su sede en Nueva York, con el concurso del nombrado Comité que preside Zea, y de la Universidad de México, que sirvió de asiento a la Conferencia, y cuyo Rector, Dr. Ignacio Chávez, inauguró personalmente las sesiones: fuimos invitados por la Sociedad organizadora.

He ahí todo. Puede verse con qué consabida ligereza —por la intención— se ha hablado de "*las consabidas fundaciones de las consabidas empresas del consabido país*".

¡Cuánto cabría agregar! En aras de la síntesis, recordemos sólo la descollante participación en el Seminario de Puerto Rico, de Benjamín Carrión, ese viejo amigo de esta hoja y de los hombres de esta casa, cuyo nombre, por ser toda una bandera, sirvió para deslindar dos campos en el reciente Congreso de Arica; la igualmente descollante participación en la Mesa Redonda de Caracas, de Elías Entralgo, figura prominente de

la Universidad de La Habana en la Cuba de hoy; la significación y la actuación en la Conferencia de México, del eminente norteamericano Philip Wiener, Vicepresidente en ejercicio entonces de la Presidencia de la Sociedad organizadora.

La actuación de Wiener en México nos da la oportunidad de puntualizar —¡una vez más!— el sentido del antiimperialismo, tal como lo hemos entendido siempre, en contra de lo que, por incompreensión o por malevolencia, suele decirse al combatírseles. Jamás hemos manifestado malquerencia, no ya al pueblo norteamericano, sino a los propios Estados Unidos como país. Por eso estamos seguros de no haberse deslizado nunca de nuestra pluma una expresión del tipo de la de "el consabido país", a propósito de Estados Unidos como de cualquier otro de la tierra.

Veteranos como a esta altura somos de la crítica y resistencia al imperialismo desde los órganos dirigidos por Quijano durante más de un tercio de siglo, hemos sabido distinguir siempre a los pueblos y a los países, de las fuerzas y los sistemas que los rigen.

En cuanto a Estados Unidos, tenemos gran admiración por muchas de sus grandes figuras, tradiciones y creaciones, aunque más no sea por no olvidar que sin ellas resultarían muy otras las personalidades de Artigas, nuestro Washington, y de José Pedro Varela, nuestro Horacio Mann. Cordial amistad nos liga a muchos de sus estudiosos y universitarios, a quienes respetamos y queremos, no sólo por sus méritos intelectuales, sino también por la amplitud y liberalidad de sus espíritus. Tal el caso de Wiener, al frente de la "International Society for the History of Ideas". Para que se vea lo que fue su actuación en la Universidad de México, pasamos a transcribir parte del artículo *William James, antiimperialista* que publicamos en *Marcha* el 27 de diciembre de 1963 (3ª sección, pág. 13).

De 1898 a 1903 funcionó en Boston la Liga Antiimperialista de Nueva Inglaterra, integrada por liberales, entre los cuales el

fundador del pragmatismo. Durante su existencia la Liga combatió la política norteamericana en países como Filipinas, Cuba, Haití, Venezuela. James no sólo la integró, sino que llegó a ocupar su presidencia. Del carácter y tono de su posición, dan idea los siguientes fragmentos del mensaje que dirigiera en 1903, bajo el gobierno de Teodoro Roosevelt, a la Reunión Anual de la Liga:

“El país ha regurgitado de una vez por todas la Declaración de Independencia y el Farewell Address, y ya no volverá a tragarse de inmediato lo que tan felizmente ha tenido que vomitar. Ha llegado así a un hiato. Se ha empujado deliberadamente a sí mismo al campo de los odios internacionales y se ha unido a la manada general de los lobos. Y saborea esta actitud. Cree que ya nos hemos quitado los pañales y hemos alcanzado la mayoría de edad. Ello hace que el viejo liberalismo y el nuevo sean dos cosas distintas. Mientras que el viejo liberalismo estaba en el poder, el nuevo está en la oposición”.

“La única esperanza que nos queda con respecto a nuestra evolución política —agregaba— es el abandono de nuestra descarada piratería de imperialismo nacionalista, y hacer causa común con el gran partido liberal internacional y cosmopolita, el partido de la conciencia y la inteligencia en el mundo entero... Nosotros sólo somos su sección norteamericana, la sección que hace aquí la guerra a las fuerzas oscuras y que desempeña su papel en la larga campaña por la verdad y un trato justo que debe ser proseguida, hasta el fin de los tiempos en todos los países del mundo”.

En esa actitud del viejo pragmatismo se inspira una tradición universitaria norteamericana no siempre bien comprendida en los países del Sur. La continuidad de esa tradición se muestra ejemplarmente en el caso de Philip P. Wiener, Vicepresidente de la célebre “Sociedad Internacional para la Historia de las Ideas”, con sede en Nueva York. En su libro **Evolution**

and the Founders of Pragmatism, publicado en 1949 por la Universidad de Harvard, con prefacio de John Dewey, recuerda los antecedentes de la “Liga Anti-imperialista” de Boston, transcribe las mencionadas palabras de James (de allí las hemos tomado nosotros), y añade:

“En Variedades de la experiencia religiosa, James comparaba los ideales sociales de los socialistas utópicos con la fe de los santos cristianos en el reino del cielo. Cuatro años antes de las Conferencias de Gifford (1900), James había censurado a Le Bon por condenar como una ‘locura’ todas las formas de socialismo: cuatro años después de esas conferencias escribió a H. G. Wells ensalzando del modo más caluroso su socialismo evolutivo. Sin embargo, lo que le interesa a James (a diferencia de Wells) no era la evolución de un socialismo científico, sino la posibilidad de emancipar a los individuos, cuya vida espiritual se veía frustrada por el voraz mercantilismo de la Edad de Oro. Y contra esto descargaba James su indignación moral en forma tolstoiana.”

“James puso de manifiesto la hipocresía que escondían los argumentos seudoevolucionistas de los darwinistas sociales, quienes trataban de justificar así el imperialismo y la explotación del débil. Aunque conocía bastante mal la economía política, razón por la cual no podía criticar las teorías económicas de los adoradores de los grandes negocios y de la ‘Diosa ramera del Exito’, condenó, sin embargo, dichas teorías en términos categóricos”.

Resume Wiener su juicio en esta frase: “Condenar la filosofía pragmatista norteamericana como un burdo oportunismo que supedita la verdad al ‘valor en caja’ como la ideología de los imperialistas de Wall Street es una parodia de esta filosofía”. Puede verse hasta qué punto está revalidando las definiciones antiimperialistas de James y sus compañeros. Lo hacía así en 1949. Pero en 1962, en la Conferencia de Historia de las Ideas celebrada en la Universidad de México —donde tuvimos ocasión

de conocerlo y apreciarlo— reprodujo en una valiosa comunicación sobre “Fuentes europeas e implicaciones sociales del pragmatismo” todos los pasajes de su libro relativos a la Liga antiimperialista de Boston. Fue una nueva y actualísima reválida de aquellas definiciones.

“Si la filosofía norteamericana ha de seguir siendo una fuerza cultural en el mundo —concluía el ilustre filósofo de Nueva York— tendrá que inspirarse en su herencia pragmatista. Esta herencia encierra la fe razonada y humanista de que en el curso futuro de la evolución habría cabida para la cooperación entre individuos libres, a fin de enriquecer la vida con actividades pacíficas y creadoras que trasciendan la pura lucha por la existencia y la fuerza”.

El caso eminente de Wiener es representativo de toda una corriente de la inteligencia y el espíritu de los Estados Unidos. Ahora que el asesinato de Kennedy ha puesto sobre el tapete apenas el aspecto más grueso de los conflictos entre liberalismo y reacción en aquel país, no es inoportuno tomar conciencia del más profundo y auténtico liberalismo norteamericano: aquél que se extiende de la organización interna al campo de las relaciones internacionales, y cuyos baluartes espirituales se hallan en el seno de las Universidades. Debemos comprenderlo y valorarlo en su historia y en su presente. Debemos establecer con él, vínculos de amistad y colaboración.

La pregunta sobre los Congresos de la “zona Caribe” incluía un paréntesis con este texto: “cuyos ‘líderes’ —Figueres, Muñoz Marín, Betancourt, el Juan Bosch de antes— estudió con fraternal inquietud”.

Sólo la consideración de que no ya nosotros, sino después de todo esta hoja resulta alcanzada por semejante paréntesis, nos decide a tomarlo también en cuenta. Al fin, por aquí entran buenos ingredientes del confusiónismo mental e ideológico con que tenemos que habérmolas.

1º Figueres. - Le dedicamos lo que fue, en efecto, un estudio: “las ideas de Figueres”; el único sobre el tema, que sepamos, dentro o fuera del país. Escrito en 1954, se publicó en el N° 2 de la revista **Nuestro Tiempo**, Montevideo, febrero de 1955.

En aquellos momentos Figueres tenía un inmenso prestigio en la izquierda democrática latinoamericana. En setiembre de 1953 disertó en el Paraninfo de nuestra Universidad, rodeado de verdadera simpatía, por su crítica tanto de las dictaduras como de ciertos aspectos del imperialismo yanqui. Nuestro estudio se ocupó de sus ideas sobre las relaciones entre el Norte y el Sur del Hemisferio en lo económico y en lo cultural. Se basó metódicamente en tres documentos (uno de los cuales fue una carta abierta dirigida en 1952 a su antiguo amigo, nuestro compañero Julio Castro, con motivo de concretas observaciones de éste a su posición frente a Estados Unidos) y por excepción en el contenido de una plática que con él mantuviéramos en Montevideo el Director y redactor de **Marcha**. Tenía nuestro estudio documental el carácter de temprana advertencia de un peligro.

Creemos que resultó profético, aunque no cuajara la esperanza que allí expresábamos. Terminaba así:

Figueres no siente, en el fondo, como gran nación o gran patria, por encima de las patrias chicas a Latinoamérica, como Martí o Rodó—recordemos sólo a ellos—sino al hemisferio. De ahí que no hable, en las piezas que conocemos, de la eventual Unión Latinoamericana. De ahí que sea tan decidido defensor del actual estatuto de Puerto Rico, acaso a su juicio un verdadero modelo para todo el continente. No es aventurado creer que, de acuerdo con todas sus ideas, desearía íntimamente que las veinte repúblicas latinoamericanas llegaran a ser otros tantos estados de la Unión, de una Unión que dejase de ser norteamericana para ser hemisférica, sin dejar por ello de tener su capital en Washington. Si no lo ha

deseado, o siquiera pensado, no puede negarse al menos que esa sería la consecuencia más lógica de toda su posición.

*El justo prestigio que Figueres ha conquistado por los aspectos positivos de su acción y sus ideas, vuelve sensiblemente peligroso éstos que consideramos para hacer tan lúcida advertencia de unos como de otros. Si el "figuerismo" hecho doctrina indivisible, prendiera aunque sólo fuera en países del Caribe, ¿qué daño irreparable no podría resultar para América, la nuestra? Figueres, a quien juzgamos íntegro y sincero, ha forjado su ideario en la fragua de una milicia ardorosa. ¿No nos reservará el espectáculo de rectificarlo todavía, en medio de la lucha, para que se ajuste plenamente, cabalmente, a los clásicos ideales de la conciencia latinoamericana? Esos clásicos ideales de que en su misma patria, Costa Rica, viene siendo portavoz continental desde hace un tercio de siglo, el benemérito **Repertorio Americano** de don Joaquín García Monge.*

Fue la primera y única vez, si mal no recordamos, que escribimos sobre Figueres. Nunca más, tampoco, tuvimos ocasión de encontrarlo. Pero años después, en Costa Rica, recién rota su amistad con Fidel Castro, recogimos de universitarios amigos nuestros y compañeros suyos, protagonistas de los hechos, información directa de su ayuda en armas a las guerrillas de Sierra Maestra. De aquel estudio nuestro lo que deseábamos hoy es reeditararlo.

2º *Muñoz Marín*. - Por el pasaje transcrito de nuestro estudio sobre Figueres, publicado en 1955, puede verse cuál fue desde siempre nuestra posición frente a Muñoz Marín y sus doctrinas.

Al regreso del citado Seminario de Puerto Rico le dedicamos en esta hoja parte de una nota que trataba además de otros dos líderes del Caribe, Betancourt y Eric Williams (Nº del 28 de

diciembre de 1956). Dicha parte dedicada al líder de Puerto Rico se refirió *exclusivamente* a la intensa polémica —por él promovida— que sobre el estatus de la isla debió sostener en una reunión al margen del Seminario, con algunos asistentes a éste.

Dijimos entonces que "no pudo llegar a convencer de la bondad de su posición a los representantes de algunos países latinoamericanos, quienes le formularon objeciones fundamentales". Y también: "Los independentistas portorriqueños presentes en la reunión, que habían ya fijado su punto de vista en el Seminario (donde estuvieron en mayoría entre los representantes de la isla) permanecieron a la expectativa, dejando que el debate se desarrollara entre Muñoz Marín y los visitantes. No ocultaron, sin embargo, la complacencia con que vieron sostenida por algunos de éstos su misma posición".

No mencionamos entonces nuestra participación en el debate. Haciendo su crónica, el diario **El Mundo** de San Juan (11 de diciembre, 1956) decía: "Sin embargo, muchos de ellos discreparon de la forma en que se ha bregado aquí con el problema del estatus, principalmente los doctores Leopoldo Zea de México y Arturo Ardao de Uruguay". Debió mencionarse también la especial intervención del mexicano Abelardo Villegas, colaborador de esta hoja en su reciente visita al Uruguay.

El citado breve fragmento de aquella nota, que ahora se llama "estudio", y además "fraternal", constituyó la primera y única vez en que hemos escrito directamente sobre Muñoz Marín.

3º *Betancourt*. - Fue en la misma nota que escribimos de Betancourt, también por primera y única vez, y también brevemente, en ligera evocación de un encuentro, muy lejos por lo tanto del "estudio" de que ahora se habla. Por cierto que lo hicimos con verdadera cordialidad, tratándose de un viejo amigo de los hombres de esta casa, cabeza visible entonces de la resistencia revolucionaria contra la dictadura de Pérez Jiménez, aliado de Fidel Castro y futuro influyente factor en la

ayuda material que permitió a éste voltear a Batista. Nuestras posteriores discrepancias con su política son harina de otro costal.

4º *Bosch*. - "El Juan Bosch de antes" que conociéramos personalmente —afectísimo y constante lector de *Marcha* en un hogar uruguayo de Caracas— fue el Bosch del destierro, jefe del más popular partido opositor bajo la dictadura de Trujillo. De él, escasamente conocido entonces en nuestro país, escribimos en esta hoja por primera vez, exponiendo algunas ideas suyas, cuando Trujillo fue asesinado.

Volvimos a hacerlo cuando la invasión norteamericana de 1965, para exponer la aguda exégesis que había hecho en uno de sus libros de la primera ocupación yanqui de su país. Por las mismas fechas dedicamos también una disertación universitaria a su sociología histórica de la República Dominicana. Por encima de tales o cuales desacuerdos con posiciones o expectativas suyas de las que él mismo ha hecho autocrítica, sigue siendo Bosch, sin haberlo dejado nunca de ser, uno de los grandes latinoamericanos del presente.

Además del paréntesis, la pregunta sobre la "zona Caribe" trae un perdido, pequeño apéndice, que no queremos pasar por alto: "*su casi inquebrantable silencio ante el fenómeno capital que, desde 1959, divide la opinión pública latinoamericana*".

Ante este esguince, que tanto se parece a una provocación de fuente contrarrevolucionaria, no vamos a romper el silencio que en lo personal, antes y después de nuestro pasaje por Cuba a mediados del 60, a iniciativa y cuenta nuestra, hemos guardado en materia de desacuerdos con aspectos de la Revolución. Estos han sido establecidos con toda claridad —y algunas veces con toda severidad—, en la sección editorial de esta hoja, por pluma de más autoridad que la nuestra en especial a propósito de la declaración de "marxismo-leninismo", que no sabemos si para nuestro contrincante resulta ahora conciliable con su también declarado "aristotelismo-tomismo".

Nada teníamos que agregar a aquella posición editorial que compartíamos (por ej. editoriales del 8 de diciembre de 1961, "Las declaraciones de Fidel Castro", y del 2 de noviembre de 1962, "Ni bases yanquis ni soviéticas"). Nada, tampoco, debíamos agregar.

No hemos guardado silencio, en cambio, para defender la soberanía de Cuba frente a la agresión, ni el derecho del pueblo cubano a hacer la Revolución del modo que decida. Bastaría la constante posición de esta hoja, de la que somos solidarios. Pero están ahí, en lo personal, declaraciones suscritas o formuladas, con nombre y apellido, desde antes de la invasión y cuando la invasión, hasta la no lejana prohibición uruguayana del Congreso por la soberanía de Cuba y la autodeterminación de los pueblos.

Terminamos esta respuesta a tanto palo de ciego, y al mismo tiempo la larga controversia que inesperadamente se nos promoviera por quien ha gastado en ella, por cierto, el doble de tinta que nosotros. La controversia misma, como todos los puntos y terrenos a que fue llevada, fueron siempre de iniciativa suya. En lo personal, teníamos el derecho y el deber de responder. En lo impersonal, ¿todo ha sido realmente superfluo?

Arturo Ardao

TERCERISMO Y NACIONALISMO

Marcha, Nº 1298, 1 de abril de 1966

Para finalizar el capítulo III, penúltimo de nuestra respuesta al reciente libro sobre **El tercerismo en el Uruguay**, nos resta tratar la confusión en torno a las relaciones entre tercerismo y nacionalismo

Dicho capítulo III ha tenido por tema el **error básico de concepto** resultante de atribuir al tercerismo el carácter o condición de *ideología*. Este error básico determina un conjunto de otros errores conceptuales, que en la edición del 14 de enero de otros errores conceptuales, que en la edición del 14 de enero enunciamos en número de seis, distinguiéndolos de la letra a) a la f). Corresponde a esta última la cuestión del nacionalismo, a la que ahora llegamos después de haber tratado por su orden a las anteriores.

La curiosa concepción del tercerismo como ideología, ha llevado a la idea no menos curiosa de que el nacionalismo es un "ingrediente" ideológico del tercerismo. No pudiéndose luego dejar de observar que hay terceras posiciones internacionalistas,

se ha debido reconocer que aquel "ingrediente" no tiene carácter necesario. Tal reconocimiento conduce a un juego de contradicciones que aumentan el confusiónismo inicial, sumergiendo al lector desprevenido en un mar de perplejidades.

Nada de eso hubiera sucedido adoptándose el punto de partida correcto. Desde diversas ideologías, unas de cuño nacionalista y otras de cuño internacionalista, se ha sustentado como estrategia de política internacional en el cuadro de la Guerra Fría, la llamada tercera posición. En algunos tercerismos, entonces, aparece el nacionalismo, mientras que en otros aparece el internacionalismo. Para la comprensión del papel "ideológico" de uno y otro en el seno del tercerismo, lo correcto era referirlos, no a la supuesta "ideología tercerista" o al supuesto "tercerismo-ideología", sino a las respectivas ideologías —muy diversas y a veces verdaderamente antagónicas— que se hallaban detrás. Todo entonces se hubiera ordenado de un modo espontáneo. El paisaje ha resultado confuso porque se le ha mirado, como en ciertas experiencias de percepción, por el hueco de las piernas con la cabeza inclinada hacia abajo. Se aclara devolviendo al cuerpo su posición natural.

En las primeras páginas del libro, el nacionalismo es, sin ninguna salvedad respecto al internacionalismo, un "ingrediente", además de "ideológico", "romántico", de la "ideología" tercerista:

"Es una cuestión que conviene dejar de lado por ahora, la de si ese nacionalismo ideológico puede ser, también, una manifestación de una conciencia enajenada, de un pensamiento que bajo pretexto de considerar los problemas de fuera porque afectan a la sociedad uruguaya en sus raíces, es una nueva forma de escapismo, o lo es en parte. La ideología que se quiere más realista puede comportar, sin conciencia de ello, incurables ingredientes románticos" (pág. 12).

Ya hemos dicho que no nos interesa discutir las "impresiones" del libro, sino señalar los errores y confusiones en que

reposan. En el pasaje transcripto, queda apuntado el carácter de incurable ingrediente de la fantasmal ideología tercerista, que asume el nacionalismo.

En la pág. 44 ese ingrediente se refuerza hasta convertirse en un fundamento de la ideología: *"El nacionalismo aparece como un fundamento del tercerismo, como estando ligado a él porque supone una posición de independencia en donde se toma en cuenta por sobre todas las cosas la conveniencia nacional"*.

Fundamento y todo, el nacionalismo no es, sin embargo, un elemento necesario de la ideología, sino apenas de una de sus modalidades. La ideología puede darse sin él, y hasta con su contrario, el internacionalismo. Así se puntualiza en otros pasajes. Por ej.: *"No es que necesariamente el tercerismo deba estar unido al nacionalismo. Como se verá más adelante, existen manifestaciones del tercerismo que se consideran no sólo independientes de él, sino que repugnan a toda orientación nacionalista"* (pág. 42). *"Por ello podría tomarse como el criterio vertebral de distinción de las diversas formas del tercerismo esta cuestión: el tercerismo nacionalista y el tercerismo internacionalista"* (págs. 50-51).

La manifestación o "imagen" de la ideología tercerista, para la cual el nacionalismo es "una nueva forma de escapismo", "un incurable ingrediente romántico" y también "un fundamento", es por excelencia la de esta hoja.

En la página 42, después de transcribirse un fragmento, se dice: *"En este editorial (Marcha, Nº 396, 12 de setiembre de 1947) se señala uno de los leitmotives de la argumentación del tercerismo, que aparece aquí ligado a la justificación de una conciencia nacional (...) El nacionalismo aparece entonces como sustentando al tercerismo"*.

Casi en seguida se habla del "tercerismo anti-nacionalista" (pág. 46), una de cuyas principales formas es el anarquismo. Entonces, ¿por qué decir en el pasaje anterior, por ej.: *"la argumentación del tercerismo"*, en lugar de *"la argumentación*

de una manifestación del tercerismo"? ¿Por qué en el planteo inicial del libro y luego tantas veces, la presentación del nacionalismo como un ingrediente de la "ideología" tercerista, si es que esta supuesta ideología llega no sólo a prescindir de él, sino hasta a rechazarlo y combatirlo?

Consecuencias son todas del deformante punto de partida del tercerismo como ideología. A propósito de esta cuestión del nacionalismo, ese punto de partida ha llevado a las mayores confusiones en la consideración de la forma de tercerismo principalmente enfocada en el libro, o sea la de nuestro semanario. La tercera posición en política internacional sostenida por el mismo desde el comienzo de la Guerra Fría en 1947, era el circunstancial precipitado estratégico de una ideología democrata-social, nacionalista y antiimperialista, organizada en grupo político muchos años atrás. Desconociéndose esto, no se ha comprendido el verdadero sentido del nacionalismo de esta hoja.

En notas anteriores hemos señalado que un texto antiimperialista de Quijano, originario de 1946, pero tomado de una reproducción hecha en 1950, es presentado en el Apéndice como documento tercerista pese a no contener ninguna referencia, directa ni indirecta, a la tercera posición. Confusión de tercerismo con antiimperialismo, hemos dicho. Reproducido en el libro un fragmento del mismo en el que la concepción antiimperialista es referida a la necesidad de despertar y mantener la nacionalidad, se dice a continuación: *"El nacionalismo es así, como se señala en estas transcripciones, un ingrediente inseparable del tercerismo puesto que toda separación quitaría a uno o a otro su verdadera significación"* (pág. 46). Confusión, encima, de tercerismo con nacionalismo, agregamos ahora.

En 1928, dos décadas antes de que, como consecuencia de la polarización Washington-Moscú, el tercerismo surgiera en el mundo, la Plataforma de Principios fundadora de la Agrupa-

ción Nacionalista Demócrata-Social, incluía ya un primer capítulo titulado "Nacionalismo-Antiimperialismo". Era la primera vez que en el pensamiento político uruguayo del siglo XX, el concepto de nacionalismo aparecía ideológicamente relacionado con el concepto de antiimperialismo.

A ese capítulo seguían otros dos: "Democracia Política", en el que por primera vez en el país, en un documento de su naturaleza, se alertó contra el fascismo ("Así como el imperialismo, el fascismo —y por tal entendemos toda reacción autocrática— es hoy un peligro universal"), y se reclamó la síntesis de los términos sindicalismo y democracia ("Entendemos que es necesario dar intervención en el manejo de la cosa pública a las grandes fuerzas sindicales cuya creación es necesario auspiciar"); y "Democracia Social" en el que también por primera vez en el país en un documento de su naturaleza se empleó la expresión "reforma agraria" ("La reforma más urgente que exige este país es la reforma agraria").

En cuanto al primer capítulo, "Nacionalismo-Antiimperialismo", contenía estas definiciones:

"Entendemos por nacionalismo una política de creación o de vigorizamiento de la nacionalidad, de estudio constante de nuestra realidad, de soluciones, ya lo hemos dicho, basadas en esa realidad. Un grave peligro amenaza a estas Repúblicas del Nuevo Mundo. El capitalismo moderno se ha hecho netamente imperialista (...) Ningún capitalismo más imperialista en la actualidad que el de los Estados Unidos (...) El imperialismo es un fenómeno mundial pero empieza por ser para nosotros, un fenómeno especialmente continental."

Todo eso en 1928, repetido después machaconamente a lo largo de los años. En 1946, cuando todavía no se hablaba de tercerismo, porque no había aparecido, se reitera en un discurso preelectoral. En el libro publicado en 1965 no sólo se llama "tercerista" a ese discurso, sino que su profesión de nacionalismo en el mencionado sentido ideológico, se considera "insepara-

ble" del tercerismo. Y tanto que, de hacerse la separación, perdería "su verdadera significación". ¿Se comprende la magnitud del error?

Que el tercerismo sustentado por esta hoja a partir de 1947 (no cualquier tercerismo), perdiera su verdadera significación, separado de su nacionalismo, pase. Pero ¿cómo afirmar al mismo tiempo la inversa, o sea que el nacionalismo ideológico de esta hoja perdería su verdadera significación separado del tercerismo? ¿Qué sentido o qué "significación" tuvo entonces ese nacionalismo ideológico desde 1928 hasta la aparición del tercerismo en 1947?

El error básico de concepto, consistente en inflar el tercerismo o la tercera posición hasta la condición de ideología, ha determinado, desde luego, un intrincado enredo conceptual. Pero ha determinado, además, la más completa desorientación a propósito de los procesos históricos, cuyo estudio cuidadoso debió ser el punto de partida.

De esa desorientación deriva la subestima —o desconocimiento— que el libro revela del nacionalismo antiimperialista, uruguayo y universal, anterior a la Segunda Guerra Mundial. Se llega a decir: *"En ese sentido, para la generación que podría llamarse intelectual progresista que tiene hoy más de cuarenta años, las experiencias de la juventud estuvieron ligadas a la relación entre el nacionalismo y el fascismo"* (pág. 40). *"El nacionalismo como un movimiento de izquierda es un fenómeno prácticamente posterior a la segunda guerra mundial, y más bien típico de la posguerra y de la evolución de su problemática"* (pág. 42).

A continuación *inmediata* del párrafo que acabamos de transcribir se menciona como ejemplo el nacionalismo tercerista de esta hoja. Aun en el caso de no haber sido, como es, el tercerismo de nuestro semanario, el principalmente considerado en todo el libro, ¿cómo pasar por alto en ese preciso pasaje, el nacionalismo ideológico antiimperialista y antifascista pro-

fesado desde 1928 por el grupo y los hombres llamados mucho más tarde a sostener en estas columnas la "tercera posición"?

Cuando en 1930 apareció el diario **El Nacional** dirigido por Quijano, refirió éste expresamente su título a aquel sentido del nacionalismo establecido dos años atrás. Está luego presente este sentido en la prédica periodística de los años siguientes. Muchos textos se podrían exhumar. Digamos sólo que a raíz de haberlo adoptado el Congreso de la Juventud Nacionalista celebrado en 1937, decía nuestro semanario **Acción**, el 30 de octubre, recordando la Declaración de 1928:

"La nueva generación viene así a devolverle a la expresión Nacionalismo uno de sus viejos significados del 72, para hacer de ella una auténtica bandera antiimperialista. O sea, viene a darle el mismo sentido militante que tiene actualmente en varios países de América donde el esfuerzo emancipador se canaliza en partidos políticos que se llaman también 'Nacionales' o 'Nacionalistas'."

Esa referencia de 1937 a otros "nacionalismos" antiimperialistas latinoamericanos, sirve a la vez para invalidar la creencia del libro de que "en la década del 30", con alguna rara excepción, domina el nacionalismo de derecha, fascista o pro-fascista (págs. 40 a 42). Es ciertamente la década del gran empuje de este nacionalismo o "nazionalismo", como lo llamábamos entonces. Pero es también la década de universal difusión del nacionalismo de signo contrario, en el que nos formamos, y con el cual gustaron tanto después de la derrota del Eje —y gustan todavía— mezclarse y confundirse por estas tierras, quienes fueron adeptos del nazifascismo.

Cómo fueron de activos y universales "en la década del 30", los nacionalismos populares y antiimperialistas puede apreciarse con asomarse apenas a aquella época. Ya que diversos textos nuestros se han manejado en el libro al que respondemos, permítasenos transcribir estos párrafos que escribíamos en 1938, en nuestros tiempos de estudiante, en **El Pueblo** de

Tacuarembó (29 de agosto) bajo el título de "Falso y auténtico nacionalismo":

"El fascismo se ha proclamado el campeón de la idea nacional, llegando a convertirla en el nervio de su ideología autoritaria. Empieza por ser nacionalista al afirmar el primado de la Nación, ente abstracto, sobre el individuo de carne y hueso; fundamento éste, de la dictadura interna. De ahí se va a la exaltación de la nacionalidad proyectada hacia el exterior con un sentido imperialista y guerrero. La Nación está por encima del individuo, pero también por encima de las demás naciones."

"En otro sentido está el nacionalismo de raíz popular, con carácter de defensa y no de ataque: defensa de la nacionalidad por los pueblos que avasallan las grandes potencias imperialistas. Esta defensa, según el grado en que peligre la nacionalidad, se limita a veces al patrimonio económico, como es el caso nuestro, por ahora; otras veces alcanza a la soberanía política, como es el caso del nacionalismo hindú; otras veces da un paso más y tiene que ir a la salvaguardia de la propia integridad territorial, como es el caso del nacionalismo chino y del auténtico nacionalismo español, el de la España republicana; otras veces, todavía, es preciso defender hasta la lengua natal y la religión propias como es el caso trágico del nacionalismo de Puerto Rico que preside la figura mártir de Albizu Campos, el nuevo Martí de las Antillas."

"Este doble significado del nacionalismo no es, por cierto, exclusivo de la época actual. Las fuerzas reaccionarias siempre han ocultado bajo el oropel del ideal nacional sus desmanes internos y sus tropelías exteriores. Y a su vez los pueblos oprimidos han tenido en el ideal patriótico de la nacionalidad, una fuente fecunda de energías libertadoras. Tal fue el sentido de la identificación en el siglo pasado, tanto en Europa como en América, de la

lucha de las nacionalidades por su independencia, con la lucha del liberalismo contra la autocracia. Y no deja de ser una ironía de la historia, el que las dos naciones europeas en que esa identificación fue más característica, donde el nacionalismo libertador y liberal fue más acusado —Alemania e Italia— sean aquéllas donde hoy triunfe con más violencia el aberrante nacionalismo imperialista y dictatorial.

“En América, y por lo tanto en nuestro país, también se manifiestan los dos nacionalismos: el auténtico, del pueblo, y el falso, de las oligarquías dominantes. Con el agregado de que el de éstas, como no puede expandirse hacia afuera, se pone tranquilamente al servicio del extranjero explotador sin dejar por eso de llamarse nacionalismo, tal como el de Franco en España.

“Frente a ese nacionalismo de industria de los vendepatrias, es preciso que las fuerzas democráticas antiimperialistas desarrollen con creciente energía una política orientada a la depuración y fortalecimiento de la nacionalidad, en sus valores materiales y morales fecundos. Tanto los del pasado, que es preciso rastrear e interpretar con un moderno sentido militante, como los del presente”.

Si tales son los lejanos antecedentes del nacionalismo ideológico antiimperialista, ¿cómo es posible decir que perdería “su verdadera significación” separándolo del tercerismo, episódico —aunque muy importante— fenómeno de mera estrategia política internacional, del que ni la más remota sospecha se podía tener “en la década del 30” y menos en la del 20?

Arturo Ardao

TERCERISMO Y DESARROLLISMO

Marcha, N° 1299, 15 de abril de 1966

Con el señalamiento de sus diversos errores —históricos y conceptuales— en torno a las relaciones entre tercerismo y nacionalismo, dimos término, en el número pasado, al capítulo III de nuestra respuesta al reciente libro **El tercerismo en el Uruguay**, del Director del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Montevideo.

Dichos errores resultaban ser sólo una de las varias aplicaciones particulares del error genérico —que domina al libro página a página, desde la primera hasta la última— consistente en inflar al tercerismo hasta la condición de “ideología”. Este error genérico ha sido el asunto de todo nuestro capítulo III. Antes de pasar al IV y último, que tratará de las relaciones entre tercerismo y desarrollismo, queremos cerrar aquél con algunas precisiones finales, a modo de colofón.

1º) El propio libro —como ya lo observamos antes— reconoce en cierto momento que el tercerismo ha sido sostenido “por grupos de muy diferente extracción ideológica, cuyo acuerdo se limita al campo internacional...” (pág. 83).

2º) El propio libro transcribe un fragmento tercerista de la revista **Nexo** en el que se dice: “*Dentro de la tercera posición caben infinidad de actitudes e ideologías...*” (pág. 93).

3º) El propio libro, en su “Apéndice documental”, reproduce un artículo nuestro de abril de 1951, en el que definíamos la Tercera Posición como “*una actitud específicamente de política internacional, dirigida desde un punto de vista mundial a impedir una tercera conflagración y desde un punto de vista nacional a preservar los destinos autónomos de la nacionalidad*”. Y agregábamos:

“Por eso mismo y porque no se confunde con la política de ninguna nación ni de ningún bloque de naciones, carece de homogeneidad o de unidad, fuera de su esencial razón de ser, que acabamos de indicar. Por eso mismo, no hay propiamente una ‘tercera posición’, sino ‘terceras posiciones’, en atención a la diversidad de matices por razones de **situación doctrinaria**, nacional o simplemente política **con que aparece profesada**”.

“Si una gran conflagración llegara a dividir bélicamente al mundo en dos, es seguro que no todos los actuales ‘terceristas’, desde la India al Río de la Plata, pasando por los Balcanes o por Londres, van a estar en la misma trinchera. La geografía, la economía, **las ideologías**, las razas y culturas en pugna, irán ubicando a unos y a otros. Entretanto —y con la esperanza y el propósito de que el estallido de esa conflagración no ocurra— la tercera posición se convierte, en todo el mundo, en el refugio de los espíritus libres que se resisten a entrar tanto en el Kremlin como en la Casa Blanca —los dos grandes imperios de primer plano— aunque entre sí no lleguen a coincidir en el fondo, más que en esa posición de independencia moral y de crítica mental” (págs. 152 a 154).

Todo eso puede encontrarse en el propio libro que “estudia” al tercerismo como “ideología”.

Seguros estamos de que sobre este punto no es necesario añadir más a todo lo que hemos venido diciendo en nuestra serie

de notas. No obstante, nos permitimos recomendar todavía a los interesados el lúcido ensayo de Alvaro Fernández Suárez, **Lo que no es y lo que es la Tercera Posición**, publicado en este semanario el 15 de junio de 1951. Se puntualiza allí:

“*En general el hombre de tercera posición puede profesar y de hecho profesa cualquier ideología política o cualquier filosofía. Lo esencial de esta actitud no es la filiación en el seno de un grupo o el pertenecer a una tendencia de derecha o de izquierda, sino sencillamente esto: no aceptar la capitanía de las potencias y fuerzas sociales que encarnan la polarización del mundo actual en dos bandos enemigos. Estar y sentirse libre de enganche. Con eso basta y ya es ‘tercera posición’.*”

“*De ahí que militen en la tercera posición hombres de ideología tan dispar como Mauriac, católico, y Sartre, jefe de una escuela de existencialismo ateo. Hay terceristas en la derecha, y los hay —aunque en mayor abundancia quizá— en la izquierda.*”

Todo este colofón a nuestro Cap. III, nos sirve de buena introducción al que sigue.

Seguimos rigurosamente el plan que nos trazamos al comenzar la serie de notas que constituyen esta respuesta (17/12/65). Prometimos entonces ocuparnos al final (después de tratar los tres errores básicos que darían asunto, respectivamente, a los tres primeros capítulos) de lo que el autor llama la “ideología del desarrollismo”, desde la cual —decíamos— “*critica severamente, más todavía que al tercerismo uruguayo en general, al tercerismo de Marcha*”.

Nuevamente son los **errores objetivos** del libro y no sus *impresiones subjetivas*, lo que vamos a impugnar aquí. Pero tampoco todos y cada uno de los errores, sino sólo aquellos fundamentales que después determinan tantos otros. Esos errores fundamentales a que nos atendremos —sin perjuicio de ocuparnos también de los otros si llegara el caso— son los siguientes, por ahora enunciados de modo esquemático:

a) Para este libro, el “desarrollismo”, o “ideología del desarrollo”, surge con la Alianza para el Progreso, que data, como se sabe, de 1961.

b) Para este libro, **Marcha**, en cuanto órgano tercerista, no se ha interesado ni por el desarrollo ni por la industrialización.

c) Para este libro, el “desarrollismo” ha colocado al tercerismo en una situación “trágica”, contribuyendo a su “fracaso”.

Vamos a verlos por su orden.

A) **El verdadero origen del desarrollismo.** Ante todo se impone disipar una confusión en la que el libro, como es su costumbre, cae: la confusión entre la idea de desarrollo y la ideología del desarrollismo.

La idea de desarrollo es una idea clásica del economismo moderno, inseparable de la idea de progreso. En el siglo XIX, en nuestra América, aparece íntimamente ligada a todas las grandes concepciones económicas liberales, en las sucesivas fases del iluminismo, el romanticismo y el positivismo. No tenía otro sentido el tradicional término Fomento. Sobraría para la vigencia de la idea. Pero circuló ésta con el propio término de *desarrollo*. Baste recordar el capítulo XVI que encerraba las conclusiones de la primera parte de las *Bases* de Alberdi: “*De la legislación como medio de estimular la población y el desarrollo de nuestras Repúblicas*”.

Alberdi fue en estas tierras el más grande doctrinario del “desarrollo”, en la pasada centuria. Pero en la Argentina lo habían sido antes Vieytes, Belgrano, Moreno, Rivadavia, Echeverría; en la generación de Alberdi lo fue, con paralela significación histórica, Sarmiento; y luego, todo el elenco de los llamados “hombres del 80”. En nuestro país, para mencionar a los más representativos, José Pedro Varela y Carlos María Ramírez. En todos ellos, y en tantos otros, es preocupación fundamental impulsar, por una u otra vía (la legislación, la educación, la inmigración, el capital extranjero, etc.), el desa-

rollo de estos países para sacarlos del estancamiento y el atraso.

¿Qué decir de lo que sucede en el mismo siglo XIX y luego en el actual, cuando el liberalismo económico cede el paso al economismo social? Hacer la historia de la idea de desarrollo en la nueva época, sería tanto como hacer la historia general de las ideas políticas, económicas y sociales. Como el libro al que respondemos supone a esta hoja ajena a ella, vamos a recordar solamente –por ahora– que en la Plataforma de Principios fundadora de la Agrupación Nacionalista Demócrata Social, redactada por Quijano en 1928, se decía:

“Es menester realizar una política de producción: desarrollar las fuerzas vivas que están en potencia, pasar de la economía pastoril a la agrícola y a la industrial”.

Otra cosa es la llamada (por bautismo de los doctrinarios de la CEPAL) “ideología del desarrollismo”. Es otra cosa, porque aquí la idea tradicional de desarrollo pasa a un primer plano, para convertirse –o querer convertirse– en la idea eje o nuclear de todo un sistema de pensamiento político-económico-social. No somos ni hemos sido nunca ajenos a la idea de desarrollo, desde mucho antes de la aparición del desarrollismo. Somos en cambio ajenos a este “desarrollismo ideológico”. Tendríamos que agradecerle al libro que lo haya puntualizado si no fuera que ha confundido tanto desarrollismo con desarrollo.

Ahora bien, ¿cuándo aparece la ideología del desarrollismo? Para el libro al que respondemos, es con la Alianza para el Progreso que aparece. Dice en la pág. 116: “*El ‘desarrollismo’ es rechazado porque está vinculado a la Alianza para el Progreso, la mal nacida (...)*”. En las páginas que siguen (116 a 119), diversas referencias a esa vinculación entre el desarrollismo y la Alianza, como factor de su rechazo por esta hoja, sin la más remota sospecha de los dos lustros de circulación del “desarrollismo”, antes de la creación de la Alianza. Toda una

década de relaciones entre tercerismo y desarrollismo –la década del 50– que el libro pasa por alto.

No nos hemos incorporado a la “ideología desarrollista”, a su juicio, porque ésta está vinculada a la Alianza para el Progreso. La Alianza es de 1961. La “ideología desarrollista” apareció en 1949, y desde entonces fue rechazada por esta hoja. ¿Qué tenía que ver la Alianza con ese rechazo? Es que el libro ignora el verdadero origen y las fases por que atraviesa la “ideología del desarrollismo”. No es raro, porque esa ignorancia es corriente en la profusa literatura “desarrollista” de nuestros días.

El “desarrollismo ideológico” ha sido generado, más que directamente por la vieja idea de desarrollo, indirectamente, por la nueva idea de *subdesarrollo*. Fue cuando este término, con la idea que expresaba, saltó de golpe al léxico político internacional oficial, que se crearon las condiciones para la construcción de una “ideología del desarrollismo”, de origen también oficial.

Saltó aquel término en el texto del famoso *Punto IV* formulado por el presidente Truman el 20 de enero de 1949, en el discurso inaugural de su nueva Presidencia: “*Un audaz programa nuevo para utilizar los beneficios de nuestros adelantos científicos y de nuestro progreso industrial a favor del desarrollo y crecimiento de las áreas subdesarrolladas*” (*underdeveloped*).

El programa del Punto IV no encaraba sólo a Latinoamérica, sino a la totalidad del planeta. Por eso fue presentado en las Naciones Unidas, que lo discutió y aprobó el mismo año 49, en su IV Asamblea. Surgió así en escala mundial la “Asistencia Técnica” a los países atrasados (o subdesarrollados), patrocinada por las Naciones Unidas pero sostenida principalmente por Estados Unidos.

En América Latina el Punto IV tuvo un particular destino, a través también de las Naciones Unidas. Estas habían creado en 1948 la Comisión Económica para la América Latina, o CEPAL. En 1949 el argentino Raúl Prebisch escribió para dicha

Comisión (de la que pasó a ser Secretario Ejecutivo en 1950), el trabajo titulado *El desarrollo económico de Latinoamérica y sus principales problemas*.

Dicho trabajo, que el profesor de Columbia A. O. Hirschman ha llamado “*verdadero manifiesto de la CEPAL*”, debe ser considerado a la vez el verdadero manifiesto de la ideología del desarrollismo. Esta ideología, como se ve, resulta ser de origen en cierto sentido latinoamericano, pero a la vez de carácter oficial en el seno de las Naciones Unidas a partir de un programa también oficial del presidente Truman. Para una “ideología” no es, sin duda, el origen más recomendable.

Los polémicos conceptos de desarrollo y subdesarrollo –entre los cuales quedó intercalado en el mismo texto del Punto IV, el de “Crecimiento”, capital en las teorías de Rostow– generaron desde entonces (desde hace ya 17 años) una caudalosa (y a menudo aburrida) literatura, no siempre referible a una “ideología del desarrollismo”. Una parte considerable de ella, sin embargo, pertenece a esa “ideología”.

La literatura desarrollista, en cuanto “ideología”, ha conservado a través de los años su sello original de “doctrina de la CEPAL”, cuya médula ya veremos, siendo acaso su culminación, en tal sentido, el Informe de su Secretaría a la Reunión de 1963, titulado *El Desarrollo Social de América Latina en la Postguerra*, editado en volumen el mismo año, por Hachette.

Pensamos que es su culminación “ideológica” porque en ese trabajo oficial no sólo se sistematiza la “ideología del desarrollismo”, sino que además se hace, a segundo grado, si se nos permite decir así, ideología de la ideología del desarrollismo. Se trata nada menos que de cancelar expresamente las ideologías circulantes, consideradas “protoformas ideológicas”, para sustituirlas por el mesiánico “desarrollismo ideológico” o “ideología del desarrollismo”.

Sin duda, el programa más ambicioso (a la vez que ingenuo) de la burocracia internacional de la posguerra. Una planifica-

ción de las ideologías, que nos conduce a estas no poco inquietantes preguntas: ¿CEPAL o CIPAL? ¿Estamos ante una Comisión Económica para la América Latina, o ante una Comisión Ideológica para la América Latina?

Esa aura ideológica desarrollista de la CEPAL, que sopla también en los gruesos infolios de nuestra CIDE, pasa hinchando velas por el libro al que respondemos. Pero muy despistado se halla éste cuando no le da más fondo histórico que la Alianza para el Progreso, de hace sólo cinco años. Y más despistado todavía, cuando supone que esta hoja esperó la hora de dicha Alianza para fijar posición, no ya ante la idea de desarrollo — expresa idea básica, como ya se vio, de nuestro ideario o ideología Demócrata Social Nacionalista de 1928— sino ante la “ideología del desarrollismo”.

Es lo que veremos en el próximo número, siguiendo nuestras relaciones con el desarrollismo desde el Punto IV, en 1949, a la Alianza para el Progreso en 1961. O sea, durante esos importantes primeros doce años de la “ideología”, ignorados por libro tan fervorosamente adepto de ella. Habrá ocasión (esperamos) de aludir también a la situación de Alianza y desarrollismo en 1966, según resulta de la reciente reunión del CIES en Buenos Aires.

Arturo Ardao

TERCERISMO Y DESARROLLISMO (II)

Marcha, N° 1301, 22 de abril de 1966

En el Capítulo IV de nuestra respuesta al reciente libro sobre **El tercerismo en el Uruguay**, capítulo dedicado a las relaciones entre Tercerismo y Desarrollismo, destruimos ya el primero de los tres errores que destacamos en esta materia: la creencia de que el Desarrollismo surge con la Alianza para el Progreso (1961) y de que el rechazo que hemos hecho de él es una consecuencia de nuestro rechazo de la Alianza. La verdad es que el llamado “Desarrollismo” surgió en 1949, con el Punto IV del presidente Truman, y que lo rechazamos desde entonces. O sea, desde doce años antes de lo que el libro supone. Pasamos ahora al segundo error.

B) **Nuestra posición frente al desarrollismo, el desarrollo y la industrialización.** La consideración de este asunto nos obligará a volver sobre los orígenes del “desarrollismo”, para seguirlo luego en su evolución. Se podrá ver así con qué fundamento se sostiene que no nos hemos interesado ni por el desarrollo ni por la industrialización (págs. 113 a 123).

Surgido el Punto IV, su primer ensayo orgánico de aplicación en Latinoamérica tuvo lugar precisamente en el Uruguay.

O sea que para la primera aplicación orgánica del desarrollismo (no decimos del desarrollo), fue elegido nuestro país. Se trata de un episodio muy olvidado que se produjo en el mismo año 1949 de la inicial promoción histórica del término *subdesarrollo* y consiguiente *ideología del desarrollismo*.

A principios de enero de 1949 pronunció Truman el habitual discurso presidencial de inauguración de las sesiones del Congreso, en el que presentó un amplio programa de política interna. Pocos días después, el 20 del mismo mes, al prestar juramento por su nueva presidencia, trazó ante el mismo Congreso un amplio programa de política internacional. Las dos piezas se complementaban. La segunda vino a contener lo que muchas veces se ha llamado Plan Truman, pero que no debe confundirse ni con la Doctrina Truman, definida en marzo de 1947 con la ayuda a Grecia y Turquía (verdadero "estallido" de la Guerra Fría), ni con el Plan Truman de armamento de la América Latina, formulado en mayo de 1947.

Este nuevo Plan Truman de política internacional, de enero de 1949, comprendía cuatro Puntos, u objetivos; I, apoyo a las Naciones Unidas; II, apoyo a la recuperación de Europa (en la que se hallaba empeñado desde 1947 el Plan Marshall); III, Pacto del Atlántico Norte (que se suscribiría poco después); IV, asistencia a los países subdesarrollados. Decía así este histórico Punto IV: "*Un audaz programa nuevo para utilizar los beneficios de nuestros adelantos científicos y de nuestro progreso industrial a favor del desarrollo y crecimiento de las áreas subdesarrolladas*".

Otros párrafos del discurso aclaraban el sentido de ese punto. No se trataba de ayuda económica con fondos oficiales, como en el caso del Plan Marshall.

En el plano oficial se trataba sólo de lo que se iba a llamar Asistencia Técnica, de costo limitado. En base a ella, se crearían las condiciones para una masiva inversión del capital privado norteamericano, destinado a ser el verdadero instrumento del

desarrollo. Reside aquí la médula de la doctrina o ideología desarrollista tal como inició su vuelo de águila en aquel discurso de Truman.

"*Con la cooperación —decía— de las grandes empresas, el capital privado, los agricultores y los obreros de este país, este programa puede aumentar grandemente la actividad industrial de otras naciones y elevar sustancialmente su nivel de vida*". No es del caso entrar aquí en disquisiciones sobre la coyuntura económica norteamericana de la inmediata posguerra, recargada con un excedente de capitales en demanda de colocación exterior. La adicional coyuntura política del apogeo de la guerra fría, produce esa peculiar combinación de planificación y libre empresa —en escala internacional— que vino a ser el Punto IV.

El propio Truman se adelantó a prever la objeción de "imperialismo" que cabía hacersele. Agregó: "*Esas nuevas empresas económicas deben ser proyectadas y fiscalizadas de modo que beneficien a la población de las zonas en que sean establecidas. Las garantías para los inversores deben ser contrarrestadas con las garantías para los intereses de la población cuyos recursos y cuyo trabajo van involucrados en ellas. El viejo imperialismo —la explotación en beneficio de los extranjeros— no tiene lugar en nuestros planes. El que encaramos es un programa de producción basado en conceptos de justicia democrática*".

Quedará para la historia, con el carácter de verdadero documento, esa definición presidencial del imperialismo. Que lo llamara "viejo", se comentó en la época que pudo ser un acto fallido, por traición de un subconsciente "neo-imperialismo" (que vendría a ser padre de lo que se iba a llamar más tarde el "neo-colonialismo"). No faltó quien fuera más allá, y desechando la hipótesis del acto fallido, sostuviera que, en documento oficial tan meditado, muy conscientemente había querido Truman referirse por contraste a un imperialismo de nuevo cuño. Más allá de estas cavilaciones, aun admitiendo la mejor

intención subjetiva de aquellos párrafos, es lo cierto que el sistema mismo, en lo que tiene de impersonal, conducía —y condujo— a la apertura de toda una nueva etapa en la historia del imperialismo. (Ningún lector podrá en adelante sentirse escandalizado por el empleo de este término, legalizado y definido como ha quedado en la palabra oficial de la Casa Blanca.)

Esa nueva etapa es la etapa del desarrollismo. A partir del término “subdesarrollo”, por él fundado oficialmente, el Punto IV impulsará lo que se iba a llamar “ideología del desarrollismo”. El desarrollo —clásica idea del economismo moderno, liberal o social— puede perseguirse de muchas maneras. El Punto IV lo persigue por la vía de la inversión de capitales privados norteamericanos en los países subdesarrollados, es decir, conforme a otro léxico, países coloniales y semicoloniales. Es esa concepción del desarrollo lo que constituirá inicialmente el desarrollismo como ideología. Desarrollismo entonces se vuelve ecuación de inversionismo. Y aun más: por mucho tiempo, en la aplicación del Punto IV, la idea de inversión (por parte del país desarrollado) pasa a dominar sobre la idea de desarrollo (del país subdesarrollado). Del punto de vista oficial norteamericano el inversionismo se vuelve, más que el desarrollismo, el alma del Punto IV.

Ya en mayo del mismo año 1949, cuatro meses después de formulado el programa, una correspondencia desde Washington, de Malcolm Hobbs, informaba: *“En la actualidad trabaja más gente y hay más oficinas en funcionamiento relacionadas con el Punto IV —el programa de exportar técnicos e instructores norteamericanos a las regiones menos desarrolladas del mundo— que en cualquier otro proyecto del gobierno”*. Y aclaraba:

“La filosofía de la cuestión es más o menos como sigue: Estados Unidos está comprometido en un papel mundial como campeón de la libre empresa y del capitalismo. Se ha hecho aliado de países socialistas, semisocialistas y hasta derechistas; ha intervenido incluso en ciertas empresas controladas por el

Estado. Pero para todos y para el Congreso ciertamente, Estados Unidos es el campeón mundial de la libre empresa. Hasta la fecha, todos sus métodos de influir en el exterior —el Plan Marshall, la Doctrina Truman, los programas de armamento, etc.— han sido operaciones controladas por el Estado. ¿No es ya tiempo de que los Estados Unidos de la libre empresa comiencen a exportar libre empresa, en lugar de ayuda gubernamental?”

Y luego este párrafo sustancial, que nos conducirá en vuelo directo al Uruguay:

“Comparado con las grandes sumas destinadas a otros tipos de ayuda exterior, el Punto IV parecerá increíblemente barato. La causa de ello es que el mismo procurará mejorar las colonias y regiones atrasadas (o subdesarrolladas) mediante la exportación (oficial) de conocimiento técnico. No es un programa de exportación (oficial) de capitales. Sin embargo, está francamente destinado a crear una corriente de exportación de capital a través de las fuentes privadas. El punto llave lo constituirá una serie de tratados financieros que se firmarán con los países que reciban la ayuda del Punto IV” (los paréntesis y el subrayado son nuestros). El primer Tratado iba a ser con el Uruguay.

Pero veamos todavía lo que según la misma correspondencia se perseguía con los Tratados:

*“Se tratará de asegurar condiciones que atraigan la inversión de capital privado norteamericano. Entre éstas figurarán seguridades contra expropiaciones y contra tratamiento discriminatorio. Separadamente se estudian algunas propuestas para dar algunas garantías oficiales a los hombres de negocios norteamericanos, como estímulo adicional para sus inversiones en el exterior. **Dicho estímulo de las inversiones privadas en las regiones atrasadas (o subdesarrolladas) será, evidentemente, el importante objeto del Punto IV**”* (o sea, el naciente desarrollismo). (Los paréntesis y el subrayado son nuestros.)

En fin, lo que se esperaba de la operación:

“La Junta Asesora Nacional sobre Problemas Monetarios y Financieros Internacionales, encabezada por el Secretario del Tesoro, y que incluye fuertes banqueros, está determinando los proyectos de normas de conducta y explorando las posibilidades de lograr la salida de capital norteamericano. Expertos privados dicen que dentro de tres años Estados Unidos estará exportando cerca de dos mil millones de dólares por año, demostrando con ello que los modestos egresos contemplados para la realización del plan del Punto IV no significa necesariamente que el mismo sea una pequeña operación”.

En noviembre del mismo año 1949, el primero de los Tratados previstos —el que iba a servir de experimento para los otros— estaba firmado. Era, como ya hemos adelantado, el Tratado con el Uruguay.

El espíritu con que nosotros, los de esta casa, lo recibimos, nada tuvo que ver con la idea o ideal de desarrollo. Ya estaba dicho en la Plataforma de Principios de la Agrupación Nacionalista Demócrata Social, de 1928, redactada por Quijano: *“Es menester realizar una política de producción: **desarrollar** las fuerzas vivas que están en potencia, pasar de la economía pastoril a la agrícola y a la industrial”.* Por más que en el curso de los años se ajustara o reajustara la concepción de las relaciones entre los tres términos —ganadería, agricultura, industria— la impulsión del desarrollo económico había sido, como siguió siendo, una constante de nuestra posición. Muy distinta cosa venía a ser el “desarrollismo” fundado en 1949, sobre la base de la inversión masiva, en las condiciones que se ha visto, del capital privado norteamericano.

De fines de 1949 a principios de 1950, realizó Quijano en esta hoja, en cuatro editoriales (2, 9 y 23 de diciembre y 13 de enero), un minucioso estudio crítico de aquel Tratado. El 3 de marzo de 1950 inició una nueva serie editorial complementaria. Recordando su precedente estudio decía: *“en resumen, sabemos que el*

tratado abre ancha puerta al capital estadounidense; que constituye el modelo de los nuevos tratados que el Departamento de Estado se propone concretar en aplicación del Punto IV; y que significa una adhesión total y sin reserva de nuestra parte, a la concepción capitalista, en su versión yanqui de la economía”. Quedaba fijada nuestra posición frente al desarrollismo.

El conjunto de ambas series, la primera dedicada al articulado del Tratado y la segunda expuesta bajo los títulos de “El salvador capital extranjero”, “Los países poco desarrollados”, “Las posibilidades de la economía uruguaya”, “El desarrollo de la economía uruguaya en el sector privado”, “El capital extranjero” (3, 14, 17, 24 y 31 de marzo de 1950), constituyen —probablemente— el primer enjuiciamiento latinoamericano de la ideología del desarrollismo. Cabe suponerlo, siendo nuestro país el primero en recibir la aplicación práctica de dicha ideología. En aquella oportunidad hizo Quijano expresa crítica de la doctrina desarrollista de Prebisch, formulada para la CEPAL en 1949, como lo recordamos en el número pasado, y hacía su crítica por la clase de papel que jugaban en ella las inversiones extranjeras.

Aquellos nueve extensos editoriales, que reunidos formarían un volumen, documentan por sí solos, en el umbral histórico del desarrollismo, la inexactitud de la afirmación (del libro al que respondemos), según la cual esta hoja se ha desinteresado del desarrollo y de la industrialización del país y de la América Latina. El desarrollo y la industrialización, en sus necesidades y en sus posibilidades, aparecían allí estudiados a través de una diversidad de problemas que resulta imposible condensar aquí. Desarrollo e industrialización, por otra parte, no encarados y propiciados por primera vez en la historia de esta hoja, fundada en 1939, ni en la de la prensa demócrata social nacionalista representada anteriormente por el diario **El Nacional** (1930-1931) y el semanario **Acción** (1932-1939). Lo que se hacía por primera vez era sólo considerarlos en relación

con el flamante “desarrollismo” engendrado por el Punto IV e ideológicamente aderezado en el seno de la también flamante CEPAL.

Por nuestra parte, escribíamos en esta hoja por aquellos días (21 de abril de 1950):

“El famoso Punto IV del Plan del presidente Truman ha entrado en una nueva etapa: la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los EE.UU. le ha dado forma en un proyecto cuya aprobación ha recomendado a aquel cuerpo.

“Una primera cosa a destacar es la inmediata finalidad política que se le asigna. Se le encara expresamente como una ‘medida de seguridad para ganar la guerra fría’. En segundo lugar resulta claramente del proyecto de la Comisión que lo que se persigue con las sumas a votarse en calidad de ayuda técnica a las naciones poco desarrolladas, es tan sólo abrir un camino a la inversión de capitales privados cuyo aporte se considera el decisivo o fundamental en la materia (...)

“El Punto IV, en su faz más importante para los EE.UU., en la que éstos están realmente interesados —es decir, la inversión de capitales privados— ha marchado con lentitud en lo que a Latinoamérica se refiere. El pacto económico de Bogotá no encontró acogida, lo que llevó a prescindir de él y abocarse a la realización de convenios bilaterales, de los que el celebrado con el Uruguay está llamado a servir de modelo. Es de darle impulso, sin duda, que se trata con el proyecto de ley que pasa ahora a la consideración del Senado de la Unión”.

De darle impulso se seguirá tratando —infructuosamente— a lo largo de la década del 50, a través de las sucesivas presidencias de Truman y Eisenhower, hasta que el advenimiento de Kennedy en 1961 marcó la cancelación de aquella primera y fracasada concepción del desarrollismo, sustituida por la Alianza para el Progreso. La ideología iba a cambiar de faz, aunque girando siempre sobre ciertos supuestos constantes. Otra vez nuestro país —esta vez como sede de la Conferencia de Punta del Este—

estaba destinado a apadrinar de algún modo el experimento desarrollista.

El pasaje del desarrollismo del Punto IV al desarrollismo de la Alianza (o neodesarrollismo), no se comprendería bien sin el recurso de lo que fue el proceso de aquél bajo las presidencias de Eisenhower (1953-1961). Es lo que tendremos que ver, como parte de nuestra respuesta a un libro para el que no existe más desarrollismo que el desarrollismo de la Alianza. A un libro donde con referencia a nuestra posición, se dice: *“El ‘desarrollismo’ es rechazado porque está vinculado a la Alianza para el Progreso, la mal nacida (...)*”. A un libro donde, porque no somos aliancistas se nos considera ajenos o indiferentes a toda idea de desarrollo y de industrialización.

Para terminar nuestra nota de hoy, que dejará ya a la espalda las etapas anteriores a 1950, debemos recordar al interesado (en estos temas), que la política de industrialización de la América Latina, dirigida desde el Norte, es anterior no sólo a la Alianza del 61 sino también al Punto IV del 49. Es anterior incluso a la Segunda Guerra Mundial. Desde siempre pusimos en guardia contra ella. Pusimos en guardia contra esa industrialización dirigida desde afuera, pero no contra toda industrialización, no contra una industrialización orientada desde adentro y adecuada a nuestras posibilidades y conveniencias.

Imposible ordenar en este tipo de notas todo lo escrito por Quijano sobre el punto, antes y después de la aparición del desarrollismo. Recordemos que en una de sus citadas notas de 1950 (24 de marzo), decía: *“Creemos que el Punto IV y el Tratado, visto éste desde el lado de Washington, tiene como principal finalidad o preocupación, el incremento industrial”.* De ahí pasaba a una serie de obligadas cautelas y distinciones, que de ningún modo importaban reservas a la industrialización misma, ya postulada como hemos visto en la Plataforma básica de 1928.

El libro al que respondemos, después de referirse a Quijano, dice: "Con más razón, en los restantes representantes del tercerismo, la industrialización no ha desempeñado ningún papel" (pág. 12). Muy poco es lo que personalmente representamos. Pero ya que fuimos tan "favorecidos" en el llamado "Apéndice Documental" del libro, permítasenos transcribir —por lo que pueda ilustrar sobre la arraigada posición de esta hoja, y también por lo que en algunos aspectos pueda conservar de actualidad—, este artículo nuestro de hace exactamente veinte años (26 de abril, 1946), tres antes de la aparición de la ideología desarrollista, titulado "La industrialización de la América Latina":

"En principio, la industrialización de nuestro país se ofrece como un desiderátum ajeno a toda discusión. Si queremos progresar económica y socialmente, debemos producir más. Para producir más es necesario intensificar la actividad industrial.

"Nada más lleno de riesgos, sin embargo, que la política de industrialización. Bien conducida, puede llevar al logro de los fines que se persiguen. Mal conducida, puede acarrear toda clase de males.

"Hay cierto tipo de propaganda por la industrialización de la América Latina que viene desarrollándose desde hace algunos años, aun desde antes de la guerra, paralelamente a la política norteamericana de Buena Vecindad. Propaganda dirigida en gran parte desde el norte, a la que en nuestros países se le suele hacer coro con ausencia absoluta de espíritu crítico.

"A primera vista pareciera que una alta industrialización es la vía mejor para alcanzar nuestra independencia económica. Es así, sin duda. Pero siempre que esa industrialización se cumpla en determinadas condiciones. La insistencia norteamericana en que nos industrialicemos obliga a analizar con cautela las condiciones en que se

está realizando la industrialización del continente. ¿No es del caso desconfiar si ellas serán realmente las que convienen a nuestra emancipación económica?

"La verdad es que a través de todos sus actos se revela que EEUU concibe nuestra industrialización como un vasto plan de expansión de sus propias industrias.

"Lógico y natural que así sea. ¿Puede alguien esperar que EEUU, como cualquier otra potencia en su lugar, se lance por puro idealismo a fomentar la industrialización de un continente entero, cargado de posibilidades, como es el nuestro? Las consecuencias, a la corta o a la larga, serán: 1º la pérdida para su industria de los mercados de consumo de la América Latina, abastecida por la propia producción de ésta; 2º la pérdida para su industria de las ingentes materias primas de sus países, requeridas en lo sucesivo por nuestra propia producción industrial; 3º la competencia para su industria, en los mercados mundiales de una nueva gran potencia industrial, como tendría que serlo la América Latina (hagamos abstracción de múltiples consecuencias de otro orden).

"Es preciso convencerse de una buena vez: a EEUU de ningún modo le interesa la libre industrialización de nuestro continente. La industrialización es algo fatal y está en marcha desde hace muchos años. Lo que va de nuestro siglo, limitándonos a él, presencia un progresivo crecimiento de nuestra vida industrial, que se ha hecho vigoroso en las últimas décadas, en especial en algunos países como Brasil y Argentina. No pudiendo evitar esa industrialización, EEUU se ha aplicado a dirigirla y aprovecharla. En eso está desde antes de la guerra. Esta ofreció una oportunidad maravillosa para echar las bases efectivas de una política que llevara a ese resultado, y EEUU se hallaba bien preparado para no dejarla perder. Que no la perdió, lo testimonia la secuela de convenios

económicos de los últimos tiempos, con el remate tragicómico –penacho y mostrador– de Chapultepec.

“¿A través de qué medios se apresta EEUU a dirigir y aprovechar nuestra industrialización? No es fácil determinarlos a todos. Pero se perciben las direcciones fundamentales. De un punto de vista inmediato EEUU se beneficia ya de ella, por el solo hecho de que es su industria pesada, la destinada a suministrar las maquinarias y demás instrumental indispensable para la instalación de las nuevas plantas industriales a establecerse.

“Pero lo decisivo está en otro lado. Está en que la industria norteamericana se dispone a tomar a su cargo la industrialización del Sur, fenómeno que se percibe y se denuncia en la generalidad de nuestros países. Este es el más promisor de los campos de inversión directa para el capitalismo yanqui. Lo hace estableciendo en nuestros países sucursales y plantas de ensamble que significan una invasión de su industria, no ya por la conquista de mercados de consumo o de materias primas, sino por la expansión física de la misma actividad productora. De ese modo nos industrializamos: pero bajo la forma de una industria cuya propiedad, dirección y usufructo está en el exterior.

“Hay que agregar todavía que la tendencia es a crear o fomentar producciones que, en lugar de propiciar la unidad económica de nuestros países, por la armonización de sus necesidades recíprocas, nos atan directa o indirectamente al mercado norteamericano. Directamente, cuando ese mercado es el destinado a consumir nuestros productos. Indirectamente, cuando siendo otros los mercados consumidores, EEUU se erige en intermediario, acaparando nuestro comercio exterior, como es su tendencia, por la vía de cuotas de exportación que exceden a sus necesidades.

“Controlando y dirigiendo la industria y el comercio de la América Latina, EEUU se constituye en una potencia monopolizadora de nuestra economía. A más de un siglo de la Independencia, el monopolio español es sustituido por el norteamericano. Las formas y los fenómenos son distintos, la esencia es la misma. ¿Es posible que la industrialización de nuestro continente deba seguir fatalmente ese rumbo? El obstáculo mayor para impedirlo no está en el inmenso poder yanqui. Está en la miopía, la venalidad y el servilismo de nuestros círculos llamados dirigentes”.

Arturo Ardao

TERCERISMO Y DESARROLLISMO (III)

Marcha, Nº 1302, 6 de mayo de 1966

En esta serie de notas de respuesta al reciente libro **El tercerismo en el Uruguay** —que por suerte llega a su final— hemos debido ocuparnos, como cuarto y último capítulo, de las relaciones entre Tercerismo y Desarrollismo. Ha debido ser así, por la crítica que de la supuesta “ideología” tercerista ha hecho el libro, desde el punto de vista de la llamada ideología desarrollista.

En las dos últimas notas, ha quedado demostrado que no es exacto que esta hoja haya rechazado al desarrollismo “porque está vinculado a la Alianza para el Progreso”, por cuanto ésta es de 1961 y hemos rechazado al “desarrollismo” desde que surgió en 1949 bajo la forma de “inversionismo” del capital privado norteamericano. Demostrado ha quedado también en las mismas, que no es exacto que hayamos sido indiferentes, como consecuencia de aquel rechazo, al desarrollo y a la industrialización de nuestro país y de la América Latina. Desde dos décadas antes de la aparición del “desarrollismo”, o sea, desde hace cuatro décadas, la idea de desarrollo y de industrialización

han desempeñado un efectivo papel —como pudo verse— en nuestra ideología Demócrata Social Nacionalista.

Ideología Demócrata Social Nacionalista y no supuesta (supuesta porque nunca ha existido) “ideología” tercerista. Nuestro rechazo del llamado *desarrollismo* (ya que no, claro está, del *desarrollo*), ha sido resultado de nuestro Nacionalismo, entendido como Antiimperialismo, o sea, como defensa de la nacionalidad frente a la absorción imperialista. O sea, todavía, como liberación o emancipación *nacional* —de la nación o patria chica y de la nación o patria grande (América Latina)— frente a la subyugación que traba, precisamente, su desarrollo.

En este aspecto, el desenfoque del libro ha estado en atribuir nuestra resistencia a la ideología “desarrollista”, a nuestro tercerismo. Pudo observar que el anti-tercerista marxismo-leninismo ha venido impugnando también al desarrollismo ideológico (ya hay toda una literatura al respecto). Pudo observar, en consecuencia, que no era por terceristas que lo impugnábamos nosotros, sino por antiimperialistas. Y aquí está el verdadero nudo de la cuestión, y si se quiere, la clave de todo el libro. Lo que el libro se ha aplicado a demoler es el antiimperialismo, más que el tercerismo. Y no cualquier antiimperialismo, sino el de **Marcha**, lo que es tanto como decir la médula misma de una posición orgánicamente definida y consecuentemente sostenida desde 1928.

Interesante, y hasta doctrinariamente valioso, pudo haber sido un libro con ese directo enfoque. Es decir, concebido como una crítica de nuestro Nacionalismo Antiimperialista. Y hasta pudimos nosotros haberlo recibido con los debidos respetos, por antagónica de nuestra posición que fuera la suya. No es el desacuerdo político —aunque él exista— lo que personalmente nos ha conducido a esta respuesta, sino el desarreglo intelectual resultante de referir a la llamada “tercera posición”—mera actitud de política internacional que arranca de 1947— concier-

biéndola como “ideología”, nuestro muy anterior Nacionalismo Antiimperialista.

Esa equivocada referencia, en una obra que declara “*descargar todo el peso sobre las fuentes documentales*”, ha tenido verdaderos documentos de la verdadera ideología política que se ha tratado de demoler en uno de sus aspectos fundamentales. Y este desconocimiento, que desenfoca al libro desde su primera línea, lo desquicia definitivamente cuando en la parte final, lanzado a fondo contra nuestro semanario, enfrenta a éste con la ideología del “desarrollismo”. Lo desquicia definitivamente porque a él, que ya era doble –desconocimiento de nuestra ideología en su historia y en su contenido, y desconocimiento del tercerismo, también en su historia y en su contenido– se añade todavía el desconocimiento del desarrollismo, igualmente en su historia y en su contenido.

Hemos visto ya cómo el “desarrollismo” arrancó del histórico Punto IV del presidente Truman, de enero de 1949, que promovió oficialmente por primera vez, a la escena internacional, el término y el concepto de *subdesarrollo*. Origen muy pronto olvidado y ahora habitualmente desconocido por la literatura desarrollista. Hemos visto también que fue el Uruguay, en el mismo año 1949 –por razones políticas más que económicas– el país elegido para experimento del primer Tratado “desarrollista”. Episodio también olvidado por unos y desconocido por otros.

El Tratado fracasó, como fue previsto desde estas columnas. Pero fracasó también, a lo largo de la última Presidencia Truman (49-53), todo el Plan del Punto IV, en cuanto a la inversión masiva de capitales privados norteamericanos en América Latina. El mismo impulso diplomático del primer momento fue languideciendo, no siendo ajeno a ello el antagonismo político de demócratas y republicanos en las postrimerías de la administración Truman. Los grupos financieros (vencido Taft en las elecciones internas), volcaron su apoyo al candidato republicano Eisenhower, y desde su campaña electo-

ral hizo éste del inversionismo privado, la pieza maestra de la política económica con América Latina. Con mayor razón, después de electo. No se hablará más del Punto IV, expresión “trumanista”, pero se seguirá hablando, en cambio, de desarrollo. El inversionismo privado iba a seguir siendo –lo iba a ser ahora más que nunca– el gran instrumento del desarrollo latinoamericano. Más que nunca también, en consecuencia, *desarrollismo es sinónimo de inversionismo*.

Resultó impresionante en 1953 la inicial ofensiva inversionista de la administración republicana, ofensiva llevada a cabo por Eisenhower, desde la Presidencia, Foster Dulles desde el Departamento de Estado y Moors Cabot desde el cargo de Secretario de Estado Adjunto para la América Latina. Con los capitales privados se trataba de exportar el principio mismo de la libre empresa. Pero, claro está, *para el desarrollo*.

A esa trilogía se sumó muy pronto, a mediados del mismo año, el Dr. Milton Eisenhower, hermano del presidente, enviado por éste en misión a los países del Sur. A principios de agosto, recién terminado el viaje, se anticipaban algunas conclusiones, explicándose entre otras cosas que, ante pedidos latinoamericanos de “un Plan Marshall para la América Latina”, la misión puso de manifiesto que “*la administración consideraba la obra del desarrollo latinoamericano, como propia de la iniciativa privada*”. En un discurso adicional, el Dr. Eisenhower puntualizó: “*Me parece claro que gran parte de la ayuda debe llegar de fuentes privadas, fuentes privadas dentro de los respectivos países, así como de fuentes privadas de Estados Unidos*”. Esto nos llevaba a comentar entonces: “*Ha sido una misión a priori y no a posteriori ‘inversionista’. El inversionismo, gran ‘conclusión’ de la misión Eisenhower, no ha sido en realidad una conclusión, porque lejos de aparecer al final de la misma, estaba ya en su punto de partida*” (7 de agosto, 1953).

Sin embargo, el informe completo de la misión del Dr. Milton Eisenhower se publicó recién a fines de noviembre. Esa demora

tiene una importancia histórica fundamental. Durante cuatro meses los datos de la misión fueron sometidos a un intenso estudio, en el que ejerció positiva influencia la creciente resistencia oficial latinoamericana, al evangelio del inversionismo privado norteamericano. Frente a este inversionismo, se predicó el doble recurso al ahorro nacional latinoamericano, por un lado, y a los préstamos oficiales del Eximbank (Banco de Exportación e Importación), por otro, todo ello en relación, además, con la crítica del tratamiento arancelario de Estados Unidos a los productos del Sur. El Dr. Eisenhower, recogiendo esa presión, en torno a *“la necesidad que tiene Sudamérica de capitales para fomentar su sólido desarrollo económico”*, aludió al ahorro nacional y a préstamos del Eximbank. *“El capital privado extranjero tiene (sólo) un papel complementario importante”*.

Decíamos entonces: *“Creemos que es la primera vez que la administración republicana actual hace semejante reconocimiento, después de insistentes declaraciones del Presidente Eisenhower, de Foster Dulles, de John Moors Cabot y del propio Milton Eisenhower. Por primera vez ha cedido el énfasis en la inversión de capitales privados norteamericanos...”* (4 de diciembre, 1953).

De ahí la importancia histórica fundamental que hemos atribuido a aquella demora del Informe de la Misión Eisenhower. En el lapso de su elaboración, una primera crisis se produce en la inicial ideología desarrollista, entendida lisa y llanamente como ideología inversionista. Es entonces que comienza, aunque muy lentamente todavía, el giro de mentalidad que conduciría al fin, muchos años más tarde, al “neo-desarrollismo” de la Alianza para el Progreso. Se objetivó muy bien, en unas inmediatas declaraciones de Moors Cabot, en el mes de diciembre:

“Voces latinoamericanas a las cuales escuchamos con el más elevado interés en los Estados Unidos, han sugerido reciente-

mente que no favorecen más inversiones norteamericanas en sus respectivos países.

“Permítaseme hacer esto sumamente claro: que el gobierno de Estados Unidos no trata de forzar inversiones americanas en país alguno que no desea recibirlas. Consideramos que la política de un país respecto a nuevas inversiones extranjeras, le concierne solamente a él, de acuerdo con las concepciones de los intereses nacionales”.

Aquella primera crisis del inversionismo fue transitoria. Muy poco después, en febrero de 1954, Moors Cabot presentaba renuncia. Un comentarista de Washington escribía: *“Cabot se había convertido en foco de controversias cada vez mayores, en vista de su oposición a la política del gobierno en diversos aspectos económicos referentes a la América Latina”*. Caído Moors Cabot y encarpetao el informe del Dr. Eisenhower, volvió el desarrollismo a su punto cero. Henry Holland, sustituto de M. Cabot volvió a ser, con Foster Dulles detrás, el intérprete de aquel enfático inversionismo privado que pugnaba por abrirse paso desde el Punto IV, hasta la nueva y más honda crisis que tuvo por escenario la Conferencia Económica de Río de Janeiro, clausurada a principios de diciembre de 1954.

Fue aquel un episodio decisivo en la historia del desarrollismo, porque marcó la quiebra definitiva de su inicial concepción de inversionismo privatista. Dispuesto a resistirlo, un importante bloque latinoamericano apoyó una iniciativa chilena para crear un Banco Interamericano para el Fomento (Desarrollo) Económico. Estados Unidos se opuso, fiel a su reiterada doctrina de que el desarrollo debía venir ante todo por la vía de inversiones del capital privado norteamericano. El choque fue muy duro, las críticas latinoamericanas muy airadas. Se habló de un “abierto rompimiento” y de “un ambiente tenso”, en medio del cual, con la abstención de Estados Unidos, se resolvió que un Comité de expertos designados por los Bancos Centrales de nueve países

latinoamericanos, planearía la creación de un organismo financiero propio para Latinoamérica.

De ahí en adelante, hasta la finalización de la segunda Presidencia Eisenhower, se asiste a la historia de una doble frustración: por un lado, la frustración de los esporádicos conatos de los países del Sur por superar la dictadura arancelaria de los Estados Unidos e impulsar su desarrollo por un medio distinto que el inversionismo privado norteamericano; por otro lado, la frustración, ahora definitiva, de la vasta empresa del desarrollismo ideológico concebido como sinónimo de dicho inversionismo de los capitales privados del Norte.

De esa doble frustración iban a surgir al final del período, en forma prácticamente simultánea, dos fundamentales revisiones: la revisión latinoamericana de sus propios métodos en la persecución del desarrollo, y la revisión norteamericana de su clásica política económica latinoamericana, hecha girar durante una década en torno a la ideología del desarrollismo que había engendrado el ya olvidado Punto IV. El punto de partida del proceso que condujo a esas revisiones debe verse en aquella Conferencia Económica de Río, de 1954, con el tenso antagonismo de posiciones de que fue teatro. El punto de llegada debe colocarse en 1960, el año de la ALALC, creación latinoamericana, y de la Alianza para el Progreso, creación norteamericana, anticipada desde ese año por Kennedy en su campaña electoral.

Se asiste entonces a una verdadera cruz de caminos del desarrollismo. El viejo desarrollismo —viejo de una década— dirigido de Norte a Sur, como puro inversionismo privado, sin más, muere definitivamente. Más que de un desarrollo de las industrias del Sur, se había tratado de un desarrollo de las industrias del Norte, bajo el signo de la libre empresa. Se impone ahora un nuevo concepto de desarrollo que se halla guiado por una idea a la que aquel viejo desarrollismo fue ajeno: la idea de la *integración* económica de Latinoamérica, cuya primera piedra oficial debe verse en la rebelión que tuvo lugar

en el seno de la citada Conferencia de Río. Es una idea latinoamericana y el desarrollismo dirigido desde el Norte la recogerá a su modo, para formular una especie de neodesarrollismo guiado por una *integración* económica no ya latinoamericana, sino panamericana. Del primer movimiento, acicateado por paralelas experiencias europeas, surge la concepción del Mercado Común Latinoamericano, del que la ALALC vino a ser un tímido primer paso. Del segundo movimiento surge la concepción de la Alianza para el Progreso, un instrumento más adecuado a los nuevos tiempos, para los hombres del Norte, que el rápidamente envejecido Punto IV y su secuela.

No es por casualidad que ambas instituciones, ALALC y Alianza, aparezcan en forma prácticamente simultánea. Con todas sus diferencias de origen, de objetivos y de espíritu, son el fruto de un nuevo cuadro histórico, configurado sobre las ruinas del caduco primer desarrollismo. Ni qué decir que independientemente de los problemas políticos y técnicos que suscite la ALALC como antesala de un posible Mercado Común Latinoamericano, la idea del desarrollo de la economía continental por la vía de su *integración*, es una *muy vieja y muy cara idea de los nacionalismos antiimperialistas, al modo del que ha venido sosteniendo desde 1928 el núcleo de esta hoja*. Distinta cosa es la integración económica hemisférica, fuente de graves riesgos, con la que aquella ha andado tan mezclada.

Algún día habrá que estudiar a fondo, como nudo histórico en el proceso del desarrollismo, el ciclo que va de 1958, con la "Operación Panamericana" de Kubitschek y el Plan de Desarrollo de Frondizi, hasta 1961, el año de entrada en vigencia de la ALALC, y de concreción de la Alianza en Punta del Este. En ese estudio, deberá constituir capítulo especial el año 59, el primero de la Revolución Cubana, cuando el propio Fidel Castro confiaba en el inversionismo público norteamericano, año en que tal vez más que en ningún otro resultó confusa la revisión del viejo desarrollismo.

El 8 de mayo de ese mismo año 59, en editorial de esta hoja fijábamos nuestra posición relacionándola con la de algunos líderes latinoamericanos, y anticipando la recepción que íbamos a hacer de la todavía no formulada Alianza para el Progreso. Terminábamos así:

“América Latina sigue con su cuadro económico de subdesarrollo y necesidad creciente de capitales.

“En esta situación, el Caribe produce un nuevo líder revolucionario que también recorre América preconizando una determinada política económica en las relaciones hemisféricas. En el ambiente psicológico y diplomático de la ‘Operación Panamericana’, Fidel Castro impugna asimismo el inversionismo privado en el Sur. Pero a diferencia de Figueres, pone sus esperanzas en un inversionismo norteamericano de carácter público, realizado en gran escala en todo el continente conforme a un plan interamericano común. (...) Por nuestra parte creemos que este desarrollo y el proyecto de Mercado Común, deben encararse ante todo sobre la base de una nueva orientación del ahorro nacional. De todos modos, es lo cierto que por todos lados resulta definitivamente condenada la política de inversiones privadas que en cierto momento el gobierno republicano pareció dispuesto a imponer en grandes dosis a la América Latina. Pero no ha de creerse por ello que el otro tipo de inversiones ahora reclamado ofrece menos peligros.

Todo lo que hemos venido diciendo constituye —creemos— sobrada demostración —frente al libro al que respondemos— de cuál ha sido la verdadera posición de esta hoja frente al desarrollismo, el desarrollo y la industrialización. Nuestra crítica del viejo desarrollismo de la década del 50 (inversionismo privado) tuvo la más rotunda confirmación histórica. En cuanto al giro que el problema toma en el tránsito de la pasada a la presente década, ha podido verse la complejidad que asumió y

que mantiene, al interferir la Alianza para el Progreso, impulsada desde el Norte, con los planes de integración latinoamericana. Bajo el título de “Integraciones Económicas” escribíamos en editorial de esta hoja el 15 de mayo de 1959:

“Asistimos a un activo proceso de transformación de conceptos y de realidades en el campo de las relaciones políticas y económicas del continente, y aun del hemisferio.

“Míresele como se le mire, ese proceso, inseparable de otros que ocurren en otras zonas del mundo, está llamado a darle una fisonomía nueva a la vida de estos países en el curso de los próximos años o de los próximos lustros. Que esa nueva fisonomía sea la que más nos convenga, dependerá de la lucidez y de la eficacia con que obren las generaciones actuales en los pasos necesarios que van jalonando la transformación.

*“Una serie de fórmulas o de **slogans** se llevan y se traen, entremezclándose entre sí, al mismo tiempo que los hechos, algunos irreversibles, se van entremezclando con los planes y los discursos. Comunidad económica, federalismo económico e integración económica, con referencia unas veces a Latinoamérica y otras al conjunto del hemisferio; industrialización de la América Latina y diversificación de su producción; Mercado Común Latinoamericano; acuerdos regionales; inversión de capitales privados o no; Banco Interamericano de Fomento.*

“En un mundo que cambia profundamente con tanta rapidez, tener idea clara del rumbo de los cambios es la primera necesidad, tratándose, como se trata, de cambios a guiar u orientar. Sucede, sin embargo, que en el curso de debates y reuniones internacionales no ya los medios a poner en práctica, sino los objetivos mismos, se presentan en medio de una gran confusión. Cuando se desciende de aquellos objetivos más generales o vagos, como el mejoramiento del nivel de vida de nuestros países y la promoción de su desarro-

llo económico, las contradicciones se agolpan. Tiene su lógica el que así sea. Los problemas son complejos y los intereses y puntos de vista de cada país son diferentes y a veces opuestos.

"Será necesario que una lenta decantación de las cuestiones y las soluciones se vaya produciendo en el correr del tiempo. Pero parece imprescindible que desde el comienzo se haga el debido deslinde de asuntos que es habitual tratar de manera global, siendo en realidad, por más relacionados que estén, de naturaleza diferente.

"El ejemplo más representativo lo ofrece la idea de comunidad o integración económica. Se presenta en dos grandes planos: la integración económica de los países latinoamericanos entre sí y la integración económica de la América Latina con los Estados Unidos.

"Para ciertos puntos de vista, la única integración que preocupa o interesa es la primera; para otros puntos de vista es la segunda; para otros, en fin, son ambas. Cada una de las tres maneras de ver el asunto tiene su razón de ser. Lo que no tiene razón de ser es que el tema de la integración económica de América se aborde sin las debidas discriminaciones, pasándose insensiblemente de un concepto de integración a otro, como si se estuviera hablando siempre de la misma cosa.

"Hay una fórmula de panamericanismo económico, en plena ofensiva por estas fechas, para la cual lo fundamental es la realización de una gran comunidad económica hemisférica. Esa fórmula tiene similitud con la de la Euráfrica, o comunidad económica entre Europa y Africa, que tanto pesa en las actuales preocupaciones europeas. Europa, parte del mundo altamente industrializado, se integraría con Africa, continente subdesarrollado en condiciones de proveer, al mismo tiempo que materias primas, vastos mercados de consumo y de colocación de capitales. Del mismo modo, Estados Unidos, con su supercapitalismo industrial, encuentra su natural complemento en la subdesarrollada

América Latina, poseedora de materias primas y receptora de capitales y productos industriales.

"Para esta concepción, desaparece todo interés por la articulación económica de los países latinoamericanos entre sí, así como para los teóricos de la Euráfrica resulta fuera de plan el entendimiento interno de los países africanos. Se trata de concepciones orientadas en ambos casos unilateralmente de Norte a Sur, o sea, de países dirigentes a países dirigidos. En el caso de la América Latina participan de ella muchos gobernantes y conductores de nuestros países, por razones que no son siempre las mismas.

"La concepción opuesta, la que da primacía a la integración económica latinoamericana, responde en forma directa al interés y a las aspiraciones de nuestros pueblos. Un conjunto feliz de circunstancias la ha vuelto poderosa en nuestros días. Tal vez la fórmula que la ha popularizado más es la del Mercado Común Latinoamericano, adaptación a estas tierras del Mercado Común Europeo. Pero su discusión se hace habitualmente en forma conjunta con la integración hemisférica, la de Estados Unidos y los países del Sur. Entonces los objetivos se superponen y confunden.

"La verdad es que, para muchos, la comunidad económica latinoamericana es inconcebible, separada de la integración con el Norte. De ahí que la unan a un fuerte inversionismo de capitales norteamericanos en nuestras tierras y que pongan las más grandes esperanzas en el Banco Interamericano de Fomento o en préstamos multimillonarios del gobierno de Washington.

"Por nuestra parte, consideramos que el objetivo fundamental de la comunidad económica latinoamericana debe perseguirse reservándole la mayor libertad de movimientos respecto a las grandes unidades económicas del mundo".

INDICE

TERCERA POSICION, NACIONALISMO REVOLUCIONARIO Y TERCER MUNDO

Una teoría de sus supuestos

Volumen III

APENDICE

Aldo E. Solari

EL TERCERISMO EN EL URUGUAY

Prefacio	643
El tercerismo y los acontecimientos internacionales	645
IMAGENES DEL TERCERISMO (I)	
„El tercerismo y la libertad del espíritu	655
IMAGENES DEL TERCERISMO (2)	
El tercerismo y el imperialismo	662
IMAGENES DEL TERCERISMO (III)	
Nacionalismo e internacionalismo	672
IMAGENES DEL TERCERISMO (IV)	
El tercerismo y la democracia	690

IMAGENES DEL TERCERISMO (IV)

El gran mal: Estados Unidos	696
Difusión del tercerismo	706
Causas del tercerismo y obstáculos para su desarrollo	723

APENDICE DOCUMENTAL

“Sí, la guerra ha sido en vano” (Marcha , 23 de agosto de 1946)	763
El divorcio entre yancófilos y rusófilos (Marcha , 31 de enero de 1947)	767
“Frente a la guerra que se prepara” (Marcha , 12 de setiembre de 1947)	770
“Tercera posición” (Marcha , 9 de abril de 1948)	773
El antiimperialismo de Carlos Quijano (Marcha , 13 de octubre de 1950)	774
“La tercera posición” (Marcha , 20 de abril de 1951)	775
“Sobre tercera posición” (Marcha , 11 de mayo de 1951)	779
Puntualizaciones (Marcha , 8 de junio de 1951)	783
Nosotros los “terceristas” (Marcha , 16 de julio de 1954)	787
Fragmentos de un Manifiesto de la FEUU (Octubre, 1953)	790
Los procedimientos comunistas (Jornada , Organó de la FEUU, marzo de 1950)	794

Nuestra tercera posición

(Jornada , Organó de la FEUU, octubre de 1950)	799
Actitud del comunismo y del peronismo (Jornada , Organó de la FEUU, mayo de 1953)	807

POLEMICA

Arturo Ardao y Carlos Real de Azúa

INTRODUCCION

Dramatis personae	813
-------------------------	-----

Arturo Ardao

Sobre el tercerismo en el Uruguay (Marcha , 17 de diciembre de 1965)	825
(Marcha , 24 de diciembre de 1965)	836
(Marcha , 31 de diciembre de 1965)	845

Carlos Real de Azúa

El tercerismo replanteado (Epoca , 4 de enero de 1966)	852
Una historia complicada (Epoca , 5 de enero de 1966)	861
Los tres enfoques de un planteo (Epoca , 7 de enero de 1966)	867
El antiimperialismo, ¿una obsesión? (Epoca , 8 de enero de 1966)	873

Arturo Ardao

Tercerismo en el Uruguay (Marcha , 14 de enero de 1966)	881
--	-----

Respuesta a un tercero
(**Marcha**, 14 de enero de 1966)..... 886

Carlos Real de Azúa

El tercerismo: de la posición a la doctrina
(**Epoca**, 19 de enero de 1966) 892

De nuevo el antiimperialismo
(**Epoca**, 21 de enero de 1966) 899

Tercerismo y nacionalismo
(**Epoca**, 22 de enero de 1966) 907

Arturo Ardao

Tercerismo en el Uruguay
(**Marcha**, 28 de enero de 1966)..... 917

Carlos Real de Azúa

Segunda respuesta a un segundo
(**Epoca**, 4 de febrero de 1966) 921

Arturo Ardao

Tercera respuesta a un tercero
(**Marcha**, 18 de febrero de 1966) 931

Carlos Real de Azúa

Ultima respuesta a un segundo
(**Epoca**, 2 de marzo de 1966) 939

(**Epoca**, 3 de marzo de 1966) 947

Arturo Ardao

Tercerismo en el Uruguay
(**Marcha**, 4 de marzo de 1966)..... 959

Cuarta respuesta a un tercero (I). El impulso sin freno
(**Marcha**, 11 de marzo de 1966)..... 965

La zona Caribe
(**Marcha**, 18 de marzo de 1966) 973

Tercerismo y nacionalismo
(**Marcha**, 1 de abril de 1966) 984

Tercerismo y desarrollismo
(**Marcha**, 15 de abril de 1966) 993

Tercerismo y desarrollismo (II)
(**Marcha**, 22 de abril de 1966) 1001

Tercerismo y desarrollismo (III)
(**Marcha**, 6 de mayo de 1966) 1014

Se terminó de imprimir en el mes de enero de 1997
en Artes Gráficas S.A., Rivadavia 2045, telefax 28 48 88
Montevideo-Uruguay
D.L. 298.427/97